

SOCIEDAD Y POLÍTICA 11

ANIBAL QUIJANO

Guerra y política/política y guerra

CESAR GERMANA

La política educacional de Belaúnde

J. I. LOPEZ SORIA

La Teoría en el movimiento revolucionario peruano

CARL BOGGS

Gramsci vs. La democracia burguesa

ALBERTO ROCHA

Polonia: la oposición de los intelectuales

ERNESTO ALIAGA

Partido, educación y clase

PAUL SWEEZY/HARRY MAGDOFF

USA: La inflación inevitable

América Latina: nuevas guerras
made in USA

**SOCIEDAD
Y POLÍTICA**

AÑO 3 – REVISTA TRIMESTRAL – No. 11 – MARZO, 1981 – LIMA, PERU

<i>Director</i>	Aníbal Quijano	
<i>Redacción</i>	Roberto Arroyo	César Germaná
	Mirko Lauer	José I. López Soria
	Rodrigo Montoya	Peri Paredes
	Felipe Portocarrero	Gladys Roques
	Abraham Zevallos	
<i>Diseño gráfico</i>	Jesús Ruiz Durand	

INDICE

<i>La política de la guerra y la guerra de la política / Aníbal Quijano</i>	1
<i>La política educacional: del reformismo velasquista al inmovilismo belaundista / César Germaná</i>	14
<i>La teoría en el movimiento revolucionario peruano / José Ignacio López Soria</i>	27
<i>Política revolucionaria y educación popular / Ernesto Aliaga</i>	41
<i>Estrategia gramsciana y democracia burguesa / Carl Boggs</i>	54
<i>Polonia: el movimiento intelectual de oposición / Alberto Rocha</i>	66
<i>Reagan y la inflación ineludible / Harry Magdoff y Paul Sweezy</i>	77
<i>América Latina: nuevas guerras made in USA</i>	86
<i>Nota sobre la oposición burguesa</i>	90

Para suscripciones y correspondencia dirigirse a:

Apartado 11154, Santa Beatriz, Lima, Perú

Suscripción anual en el extranjero: \$ 20.00

Impreso en INDUSTRIALgráfica S.A.

 Distribución: Mosca Azul Editores,
 Conquistadores 1130 –
 San Isidro. Tlf. 415988

LA POLITICA DE LA GUERRA Y LA GUERRA DE LA POLITICA

Anibal Quijano

ADMITIR, porque es correcto, que la guerra es la continuación de la política por otros medios, lleva a indagar, ante una situación concreta, cuál política es la que requiere o es empujada a continuar de ese modo y, en consecuencia, cuáles son los intereses en juego, quiénes son sus portadores y conductores y bajo cuáles circunstancias decidieron la guerra en esta oportunidad y no en otra.

Tales son las cuestiones acerca de las cuales reflexiona y necesita reflexionar el movimiento de los trabajadores peruanos y que tampoco puede eludir la izquierda si asume con seriedad su reclamo de identificación con los intereses de los explotados, frente a los incidentes bélicos en la frontera con el Ecuador y que, probablemente, continuarán y podrán aún desarrollarse.

Lo que sigue, como contribución a este debate, continúa una línea de estudios ya iniciada antes en *Sociedad y Política* (SP-Quincenal, febrero 1978), que asume el problema desde la perspectiva de los intereses de la clase obrera peruana y de su frente de trabajadores explotados.

La reorganización de las bases del dominio del capital monopolista internacional en América Latina

Desde la década pasada y en el marco de la crisis capitalista internacional, se ha hecho notorio que estamos en pleno proceso de reorganización de los patrones de acumulación capitalista en toda América Latina.

En el Perú en particular, este proceso fue iniciado en la política del gobierno Morales Bermúdez-Silva Ruete y se desarrolla y profundiza hoy bajo Belaúnde-Ulloa y sus efectos son sentidos por la gran masa de explotados y, secundariamente, también por los grupos más débiles de la burguesía dependiente.

El sometimiento de la masa mayor de trabajadores, al desempleo, la inflación; la concentración de ingresos en la burguesía y las capas medias asociadas; la reducción del lugar que ocupan en el capital y aún su expulsión del reino, de los grupos más débiles de la burguesía dependiente, expandidos a la sombra de la burguesía imperialista durante el crecimiento industrial y su respectivo mercado interno, son precisamente las condiciones que permiten la brutal concentración del capital que viene ocurriendo, bajo el control de los grupos internacionales más poderosos de la burguesía monopolista y de la ocupación del mercado interno para el sobrante de la producción que tales grupos controlan. De ese modo se mantienen y/o se aumentan las altas tasas de ganancias que ellos requieren para sus operaciones.

Paralelamente, es indispensable la redistribución entre esos grupos, del control de los recursos de producción que puedan servir de base para esas tasas de ganancia y para la concentración de capital. En especial, los recursos energéticos (petróleo, pues), mineros, y en los países en que puede ser posible en esa escala, de los recursos agropecuarios y forestales. Es decir, el cambio con la geografía política y económica de América Latina, ya que eso abre un período de disputa por el control de recursos, territorios y zonas de influencia.

Nada de eso puede hacerse, sin articular a esta política a los grupos más poderosos de la burguesía dependiente que se han desarrollado como socios menores de la internacional en el control del capital monopolista, para lo cual hay que propiciar y fortalecer su control de los respectivos Estados.

De otro lado, en la medida en que se intensifica la pugna por el poder internacional entre el bloque capitalista imperialista y el bloque de los países del "socialismo realmente existente", en gran parte a través de la utilización de las luchas nacionales de clases y de las viejas rivalidades nacionales derivadas de la distribución del territorio del Imperio Colonial español, para el bloque capitalista imperialista y en especial para su, aunque debilitado, todavía principal líder, los Estados Unidos, resulta ahora imperativo restaurar el pleno control político y militar del área, por cualquier medio, inclusive la remilitarización del control del Estado.

La combinación de todos estos factores en el escenario latinoamericano actual y los problemas que ellos contribuyen a configurar en cada país y en la región entera, difícilmente podrían canalizarse sin el recurso de la guerra, así como las crecientes tensiones en la escena internacional global nos aproximan irremisiblemente a una gran conflagración, si no se desarrollan revoluciones en los países capitalistas más importantes.

Sabían bien lo que decían los autores del informe publicado por Brookings Institution en 1977, anunciando a los años 80 como una década de guerras en América Latina.

Estado y nación: dos procesos no siempre convergentes

El hecho de que la política del Estado burgués en América Latina, bajo el control cada vez mayor y más claro de los grupos burgueses dependientes más profundamente asociados a la burguesía internacional en el control del capital monopolista, aparezca cada vez más expresando los intereses de esa asociación y no los de la nación burguesa en su conjunto (que incluye a los explotados y a los grupos burgueses débiles), indica varias cosas:

1. Que a medida en que el capital monopólico asienta su dominio en estos países, el carácter de clase del Estado se hace más patente para todos. Esto es, su carácter burgués. Y eso desmiente la ya anacrónica cháchara de cierta izquierda que aún se esfuerza ruidosamente en "demostrar" la "semifeudalidad" de tal Estado.

2. Que la consolidación del carácter burgués del Estado, incluye la profunda reorganización del control del capital y en la misma medida la reorganización política de la burguesía, colocando en el lugar hegemónico a los grupos monopólicos y, de ese modo, en el control del Estado.

3. En el caso peruano este proceso está en pleno desenvolvimiento; pero aunque sus tendencias han avanzado rápidamente después de Velasco, la resistencia de los otros grupos burgueses no está aún totalmente destruida o neutralizada.

4. Final y decisivamente, la articulación entre la política de este Estado y los intereses del capital internacional, en contra de los intereses del resto de la nación burguesa, destaca el avance de una tendencia ya señalada años antes en la investigación social latinoamericana, de desarrollo divergente entre el Estado y la Nación. El Estado burgués en América Latina, bajo control de los grupos monopólicos, ya no es, principalmente, un centro de poder y de pretenseo arbitraje entre las clases nacionales, sino entre la burguesía internacional más sus asociados dependientes versus la masa de explotados y ante todo el proletariado nacional.

5. Las guerras, bajo esta luz, aparecen también como un instrumento de ocultamiento de esta tendencia real frente a las masas movilizadas, y de recuperación de su lealtad —vía "interés nacional"— a la política de un Estado cada vez menos nacional. Y el recurso suele ser, como los peruanos acabamos de verlo, eficaz en muchos sectores de la izquierda.

Los problemas del régimen belaundista

Este proceso de reorganización profunda de las bases y de los patrones de acumulación capitalista, en beneficio de los grupos burgueses monopolísticos internacionales y sus socios dependientes, en el Perú está en pleno curso de ampliación y de profundización bajo el gobierno de Belaúnde-Ulloa, y fue ya comenzado bajo el de Morales-Silva Ruete.

En *Sociedad y Política* (Nos. 8 y 10) ya hemos tenido ocasión de señalarlo y de mostrar sus líneas concretas de desenvolvimiento. Por lo cual no es aquí necesario detenerse en esto.

Lo que importa destacar de nuevo, en esta oportunidad, es que para poder llegar a la plena materialización (de esa política) y consolidación se requiere dos cosas muy difíciles de lograr en condiciones democráticas, aún si éstas son limitadas como aquí. Se trata, en primer término, de aplastar o de impedir del todo la resistencia de los trabajadores. Y, en segundo lugar, de hacer lo mismo con los grupos burgueses débiles y competitivos, que son, además, la masa mayor de la burguesía.

Como la situación chilena bajo Pinochet demuestra claramente, el sometimiento y destrucción de los grupos burgueses débiles, no puede lograrse sino después del aplastamiento del movimiento de los trabajadores, en condiciones de guerra interna que permitan, primero, la solidaridad de toda la burguesía contra los trabajadores, y, después, la liquidación de los burgueses más débiles en favor de los más poderosos, que son, justamente, los socios inmediatos de la burguesía internacional imperialista.

En las condiciones peruanas de hoy, esa política se ve forzada a realizarse de manera modulada y gradual, a caballo entre las recetas de Friedman y las de Samuelson, aunque la masiva votación obtenida por Acción Popular desató en este gobierno el impulso de ir rápidamente en esta dirección, bajo el manto legitimador de la democracia con respaldo electoral (Véase acerca de esto, en *Sociedad y Política* N° 10: "Los Usos de la Democracia Burguesa").

El rápido e intenso ritmo impuesto a este proceso de reajuste, en condiciones democráticas, no obstante sus limitaciones, no tardó en desatar la resistencia organizada de las masas, como acaba de verse en el reciente Paro Nacional y las numerosas huelgas parciales, y en el desplazamiento de la votación hacia la izquierda en las elecciones municipales.

Paralelamente, el descontento entre la propia burguesía y las capas medias asociadas, que alcanza inclusive a los propios grupos mo-

nopolistas, dada la magnitud e intensidad de las medidas arancelarias, monetarias y fiscales que no pueden ser asimiladas a ese ritmo, ha producido una situación que arriesga llevar a un relativo aislamiento al grupo de Ulloa en el gobierno y a conflictos y fisuras dentro de las bases políticas de Acción Popular y en su alianza con el PPC, que pueden generar una etapa de crisis política del régimen recién constituido.

De otro lado, la intensificación de las contradicciones de las bases sociales del Apra, tras la muerte de Haya y el agotamiento del ciclo de las "revoluciones antioligárquico-nacionalistas", contribuye a tales tendencias de dispersión del frente del capital en el país, preclaramente en un período de fortalecimiento de los movimientos de masas explotadas, cuyo desarrollo en estas condiciones podría abrir las puertas a una rápida polarización política entre las clases sociales, haciendo que la crisis política del régimen desemboque en una crisis social y política del orden social como tal.

Para la fracción burguesa que controla el Estado, cuyo portavoz es el Sr. Ulloa, se presenta así una cuestión vital: ¿cómo lograr las condiciones que permitan bloquear estas tendencias de dispersión del frente del capital y las de resistencia de las masas y de polarización política, para poder sostener y continuar esta política de reorganización de los patrones de acumulación y de dominio imperialista?

¿Crear los elementos que aparentaran las condiciones de una guerra interna? La tentativa está en curso. Aprovechando de las acciones reales y supuestas de reducidos y aislados grupos de izquierda, que tratan por medio del terrorismo de instalar un escenario apto para arrastrar a las masas y al resto de la izquierda a la inmediata lucha armada contra este Estado, el gobierno ha desatado una política de ocupación militar de zonas rurales, empleando a los "sinchis", de atrozamiento de sectores campesinos, que se despliega cada vez más como cacería de brujas y de legitimación de medidas de restricción a las libertades de prensa, de organización y de movilización de los trabajadores. Esta política, podría, eventualmente llevar agua al molino de los terroristas, forzando a algunos grupos de campesinos a solidarizarse con ellos frente a los abusos de los "sinchis".

Sin embargo, la desvinculación de prácticamente todo el resto de la izquierda frente al terrorismo como política revolucionaria; la canalización de los movimientos de masas por otras formas de lucha y de organización distantes del terrorismo, han impedido hasta hoy que esa represión —ella misma terrorista— adquiera la apariencia de una guerra interna capaz de justificar la solidaridad de toda la burguesía con la totalidad de la política del gobierno, aunque claro está, toda la burguesía es solidaria con la parte represiva de esa política.

La política de la guerra

Es, precisamente, en este contexto y en este momento, que salta de repente el problema de la frontera con el Ecuador, y se realizan los primeros enfrentamientos armados.

Algunos hechos han ido apareciendo a la luz pública, permitiendo ubicar las bases de este conflicto:

1. Al borde del término de su dictadura, el gobierno de Morales Bermúdez decreta la Ley de Movilización Nacional, que es, por su forma y contenido, para una situación de guerra y para legalizar un encuadramiento de corte fascista sobre la población del país.

2. Entre gallos y media noche, al iniciarse el mandato de Belaúnde, se constituye el Consejo Nacional de Defensa, presidido por el jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, como asesor del gobierno civil para esos fines.

3. Se sabe ahora que los militares peruanos y los respectivos gobiernos, en consecuencia, habían abandonado desde hace años la ocupación militar y la vigilancia respectiva en el tramo de frontera no demarcado según el Protocolo de Río de Janeiro.

4. Se sabe ahora que los militares peruanos conocían desde hace varios meses, que guarniciones militares ecuatorianas estaban siendo establecidas en varios lugares de esa zona. Presumiblemente, se sabía eso desde el régimen de Morales Bermúdez. ¿Lo sabía el gobierno de Belaúnde, desde su ascenso en julio del año pasado?

Algunas preguntas son pertinentes: Primera, ¿Entre esos hechos existen conexiones puramente casuales? Segunda, ¿Porqué si los militares peruanos sabían desde hace varios meses la presencia de guarniciones ecuatorianas en territorio peruano, solamente ahora decidieron expulsarlas por la fuerza? ¿Porqué ahora, precisamente?

Ahora, quiere decir todo lo que hemos venido señalando: tendencias de dispersión en el frente del capital, por los efectos de la política de Belaúnde-Ulloa, y porque la lucha de clases atraviesa el Apra; resurgimiento del movimiento de resistencia de las masas, expresado en numerosas huelgas, y en el último paro nacional; en la votación de la izquierda en las elecciones municipales y, aunque contradictoriamente, hasta en la precaria afirmación de Izquierda Unida. Y, por si no bastara, perspectivas de mayores dificultades económicas por el aumento de la inflación, por las fluctuaciones de los precios internacionales de las materias primas y la precariedad de las posibilidades de expansión y hasta de mantenimiento de la exportación no-tradicional.

Ahora, quiere decir, al mismo tiempo, la intensificación de las luchas revolucionarias en Centro América, la creciente intervención de los Estados Unidos por medio de envíos de armas y asesores militares al Salvador, Guatemala, Honduras y amenazas de intervención directa; a través de eso, intensificación de la confrontación entre los bloques internacionales en esa zona. *Ahora*, quiere decir el recalentamiento del conflicto entre Chile y Argentina en el Beagle y la sombra del enfrentamiento internacional en la parte sur de América del Sur; la imposición de la dictadura de García Mesa y la resistencia de los trabajadores bolivianos; la ampliación de la resistencia de los trabajadores chilenos contra Pinochet.

Ahora, quiere decir que dentro del país están abriéndose las puertas al desarrollo de una crisis social y política inmensamente más madura y peligrosa que la que permitió el golpe de Velasco contra Belaúnde en 1968. Y que fuera del país, los conflictos sociales nacionales e internacionales se encrespan y no pueden dejar al Perú fuera de su órbita, precisamente cuando aquí se ingresa en esta peligrosa curva.

Los incidentes armados en la frontera con el Ecuador, y su posible y evitable desarrollo como guerra real, no agotan pues, su explicación solamente en las necesidades de expulsar a los militares ecuatorianos de esa zona, ni —*El Diario de Marka* dixit— solamente en la disputa por el control del petróleo presuntamente abundante allí, al servicio de las transnacionales de este sector del capital, sin que —como fuera señalado ya hace tres años en nuestra revista— la redistribución de los recursos y territorios deje de formar parte del enredo; ni únicamente en las urgencias del gobierno de Roldós, de sostener su melancólica política de corte socialdemocratizante en medio de las tormentas desatadas por los viejos grupos de burguesía oligárquica y las luchas de los trabajadores.

Ahora es, en definitiva, un río revuelto donde varios pescadores concurren, aunque no todos logren las consabidas ganancias. De un lado, la fracción burguesa dominante en el Estado, que trata de usar esta guerra, como usa su democracia, para hacer pasar los principales bultos de su contrabando político, ya que esta guerra podría ser un sustituto excelente de una guerra interna inviable bajo las actuales circunstancias. De otro lado, los sectores de las fuerzas armadas que desconfían no tanto de las líneas de la política económica del belauísmo, sino de la capacidad del régimen para controlar, y todavía democráticamente, los riesgos de una crisis política capaz de activar las bases de una crisis social más profunda. Y que, en tales circunstancias, empujan la política de la guerra para lograr una capacidad mayor de control sobre el régimen civil o justificar el desplazamiento de

éste si es necesario; obtener mayores recursos financieros para el armamentismo, detrás del cual nadie deja de entrever las líneas de una pugna internacional mayor.

Así, pues, la ocasión no es accidental ni neutra. Y la política de guerra es, sin lugar a dudas, resultado preciso de la guerra de la política, en uno y otro lado.

Justificar el control sobre la población trabajadora con el pretexto de la guerra, declarando como "traición a la patria" los movimientos de resistencia de las masas; cercenar la libertad de organización sindical y política; cercar de nuevo a las masas en una malla policial, legal y administrativa, declarando ilegales las huelgas "políticas" y bloqueando las otras con numerosas cortapisas legalistas; limitar la libertad de prensa y de expresión en general, son objetivos comunes al gobierno y a las fuerzas armadas. Y, sobre todo, ahogar en el chovinismo "nacionalista" la conciencia de clase en proceso de desarrollo entre los explotados.

Los trabajadores son los inevitables perdedores de esta política de guerra, si no defienden y afirman su conciencia de clase y desde esa perspectiva encuentran los canales más aptos para sostener sus luchas y bloquear el avance de este nuevo cerco represivo que se avcina;

Lo que aún parece estar en cuestión en la definición de esta política de guerra, dentro del gobierno y dentro de las fuerzas armadas, son los límites del conflicto y su control. Sin duda, para el régimen belaudista es importante mantener abierto el conflicto, para alcanzar el control de una situación que amenaza gravitar hacia la crisis política; para continuar desarrollando su política económica logrando la moderación de la oposición de sectores burgueses y la contención represiva de la resistencia de los trabajadores. Pero la extensión y agudización del conflicto, aparejan también el aumento de la presencia militar en el cogobierno civil-militar establecido y la eventual vuelta de las fuerzas armadas al gobierno. Y estos son, sin duda, los propósitos a los que sirve la presión para agudizar la situación y declarar la guerra al Ecuador, que proviene desde los sectores ultrarrepresivos de las fuerzas armadas, de los restos del postvelasquismo que aspiran a reconstruir su poder, así como de sectores de la derecha represiva, todos los cuales comienzan a acusar al gobierno de debilidad, buscando crear las condiciones para la cancelación de la limitada democracia burguesa precariamente restablecida. Y la política de Roldós, él mismo amenazado internamente por la reacción oligárquica y la resistencia popular, puede contribuir a facilitar tales propósitos.

Luchas sociales nacionales y conflictos inter-nacionales

En el universo capitalista, un Estado-Nación es un contexto particular de luchas de clases, en cuyas determinaciones históricas actúan las peculiaridades de sus propios procesos sociales y culturales, y a través de las cuales se materializan, especificándose, las leyes generales de movimiento del capital y las resultantes de las luchas sociales internacionales.

En el caso peruano en particular, las determinaciones del capital implican el dominio imperialista. En consecuencia, los intereses anti-capitalistas de los explotados asumen necesariamente una orientación antimperialista, por razones de clase y no solamente nacionales.

Desde ese punto de vista, en tanto que la política del actual Estado burgués expresa la asociación de intereses entre la burguesía imperialista internacional y sus socios dependientes más directos, este Estado, y en especial bajo el actual régimen, no representa los intereses del conjunto de la nación burguesa y menos aún el de sus clases explotadas. Los intereses de éstas no pueden ser convergentes, hoy menos que nunca, con los que el régimen que controla el Estado defiende, a menos que alguien pueda demostrar que es interés de los explotados ser víctimas de la desocupación, de la inflación, del progresivo recorte de sus derechos democráticos de organización, de huelga, de reivindicación de mejores condiciones materiales y culturales de existencia, a todo lo cual los condena de modo tan inexorable como deliberado la política estatal.

Aunque tenga peculiaridades peruanas, la política que desarrolla el gobierno de Belaúnde-Ulloa no es una peculiaridad del Perú. Es un patrón hoy día común a todos los principales países de América Latina. Por ello, no puede tampoco sostenerse que los trabajadores ecuatorianos tengan intereses comunes con los que el Estado burgués de ese país y el régimen de Roldós, réplica aproximada del anterior régimen belaudista, defienden e imponen.

Desde la perspectiva de las clases explotadas del Ecuador y del Perú, en esta guerra están actuando los factores que pone en marcha la reorganización de las bases y patrones de acumulación y de distribución de recursos, bajo el control del capital internacional y en asociación con los Estados de estos países. En ese sentido, estamos ciertamente ante la disputa entre ambas burguesías y sus socios internacionales, por el control de recursos y territorios de gran valor potencial para el capital. Pero, al mismo tiempo y no como objetivo menor, en esta guerra se trata de doblegar la resistencia de los trabajadores de cada país a la imposición de los intereses del capital monopólico bajo la crisis, no solamente forzándolos a la unidad nacional con su

burguesía y de ese modo ahondando las divisiones internacionales en el seno de la clase, impuestas antes por la balkanización oligárquico-imperialista, sino también empujándolos a matarse entre sí como una forma de extender a nivel internacional la represión, santificándola en nombre del interés nacional.

La ocasión elegida para estos enfrentamientos por ambos gobiernos y en particular por el peruano, revela a las claras que ese último objetivo es el que primordialmente se persigue. Pues es precisamente cuando arrecia la resistencia de las masas en ambos países contra la política de la burguesía y surgen riesgos de dispersión en el propio frente burgués, que la cuestión de la frontera sale como una liebre de la manga mágica de los gobiernos y de su fuerza armada.

Como la simultaneidad de la resistencia de las masas y el descontento de importantes grupos burgueses dificulta la aplicación de las medidas próximas del régimen, el recurso de los problemas de frontera se reitera como antes bajo la dictadura militar de Morales, que logró de ese modo detener el paro nacional de enero de 1978 y neutralizar en gran parte la resistencia de las masas por la división en el seno de la CGTP y el oportunismo conciliador de sus dirigentes.

Nada demuestra mejor todo eso que la calificación inmediata de "traición a la patria" en boca del gobierno y de los empresarios frente al acuerdo de un nuevo paro nacional resultante del último congreso de la CGTP, así como la activa preparación de medidas legislativas destinadas a impedir ilegalizándolas todas las huelgas y a castrar administrativamente la organización sindical, mientras crece la presión represiva para recortar nuestros derechos de prensa y de organización.

Y en el otro lado de la frontera, los recientes enfrentamientos entre las masas y el gobierno de Roldós, que continúan otros igualmente amplios expresados en huelgas y represiones, ponen también al descubierto que la política de guerra en ese país nace igualmente menos del "interés nacional" en la frontera y mucho más de las necesidades del régimen ecuatoriano en el cuadro de su política interna.

De todo eso se desprenden dos conclusiones necesarias. Una, que por debajo de la rivalidad fronteriza actúa un común interés a ambas burguesías y sus socios dominantes, de encerrar a las masas en el cuello de botella de una guerra latente o abierta para legitimar la represión y ahogar en chovinismo su conciencia de clase. Otra, que entre los explotados de ambos lados de la frontera hay igualmente un común interés de clase: la lucha contra el capitalismo, contra el dominio imperialista, contra la política de sus respectivos Estados. Y ningún chovinismo puede servir para escamotear de la percepción de las ma-

sas de ambos países y en especial para sus sectores más conscientes, la esencial solidaridad de clase por encima de las fronteras.

El que estas elementales realidades no hayan pasado por la cabeza de ciertos sectores de la izquierda peruana —particularmente de la que se aglutina en la Izquierda Unida y se expresa en *El Diario de Marka*— al enjuiciar los enfrentamientos en la frontera con el Ecuador, y que por el contrario se hayan dedicado esos grupos a competir con la burguesía en una frenética demostración del más crudo chovinismo, sólo da cuenta de la precariedad de las bases de la conciencia política de tales grupos y periódicos, del grado de anegamiento oportunista de su reflexión y de su práctica políticas, al mismo tiempo en que se reclaman de identificación con los intereses de clase de los explotados.

Los trabajadores y revolucionarios conscientes han podido, así, tener una medida cabal de la profundidad de esa identificación. Pero eso no exime a aquellas agrupaciones de la obligación de reaccionar con honradez y reexaminar su conducta, de defender sus propios avances en el camino hecho al lado de las masas, de liberarse del oportunismo chovinista.

De nada vale apelar a una pretensa falta de experiencia, o a las dificultades inherentes al estudio y al manejo concreto de las relaciones entre interés nacional e interés de clase. La experiencia internacional es abrumadoramente vasta, y son célebres los ejemplos de traición chovinista al proletariado revolucionario por la mayoría de la socialdemocracia alemana en la Primera Guerra Mundial, como lo son igualmente los de la posición consecuente y clara de los revolucionarios espartaquistas alemanes y de los rusos, en ese mismo momento. ¿No fue Lenin, él mismo, quien se embarcó en el tren del Kaiser contra el Estado Zarista, en plena guerra?

Hacia una política de clase

Debe quedar enteramente clara que para los trabajadores y los revolucionarios socialistas, los problemas nacionales no pueden ser enfocadas sino desde la perspectiva de los intereses de clase y en modo alguno a la inversa. Sólo desde esa posición puede tratarse los problemas nacionales despojándolos de su envoltura mistificada por la ideología burguesa.

En la cuestión específica de las fronteras, no puede pedirse ciertamente a los trabajadores que admitan pasivamente la invasión del territorio de su país por ejércitos al servicio de burguesías extranjeras. En tal sentido, la política de la clase no consiste en un pacifismo abstracto, de simple rechazo a la guerra o a la necesidad de ella.

De lo que se trata es de definir una política propia de los trabajadores frente a la de su respectiva burguesía, acerca de los problemas de frontera. *Puesto que los explotados no pueden tener ningún interés especial en sostener las guerras que desatan sus dominadores, disputándose recursos y ganancias, tampoco tiene sentido para ellos participar en una guerra de defensa del territorio de su país invadido, sino a condición de no ceder un ápice en sus propias luchas contra la política de la burguesía.* Por el contrario, la historia contiene significativos ejemplos de que, bajo ciertas condiciones, las guerras implican la profundización de la crisis político-social que permite a los explotados avanzar en la destrucción del Estado de la clase enemiga.

Por eso es, precisamente, que todo intento de manipulación chovinista de la conciencia de clase de las masas, debe ser enérgicamente combatido. De parte de la izquierda, el chovinismo es una criminalidad política contra los intereses de los explotados.

En segundo lugar, la clase obrera y las demás capas y clases dominadas por el capital, no pueden olvidar que sus intereses más profundos son idénticos a los de los trabajadores del otro país, en este caso del Ecuador. Su primordial obligación de clase consiste, en consecuencia, en buscar todas las formas de establecer con ellos todo tipo de relaciones aptas para desarrollar esa esencial solidaridad contra su enemigo común: la burguesía de esos países, y sus socios imperialistas. Ese es, en todas partes, el modo preciso de impedir las guerras burguesas o de usarlas para los fines de la revolución de los trabajadores.

En tercer lugar, la defensa cerrada de la independencia política de la clase obrera y de los demás explotados, implica el fortalecimiento de sus organizaciones de base, de los impulsos a la unificación democráticos, de desarrollo de su programa de lucha por el poder, por la destrucción del Estado burgués y la constitución de la democracia directa de los trabajadores. Puesto que es, ante todo, por temor a ese desarrollo que las burguesías buscan ahora entraparnos en sus guerras, no podemos dejar de redoblar nuestra lucha en esa dirección.

Como la burguesía busca y buscará con sus guerras el encuadramiento de los trabajadores bajo el control de las fuerzas armadas, como está ya previsto en la perversa Ley de Movilización Nacional que el régimen belaudista ha hecho suya, solamente la lucha por impedir su materialización, por defender la vigencia de los derechos democráticos a través de su ejercicio constante y de su ampliación y profundización, puede realmente permitir a los trabajadores sostener su independencia de clase y utilizar con toda fuerza todas las condiciones, inclusive las guerras, para forzar a la burguesía explotadora, imperialista

ta y dependiente, a respetar esos derechos y a no insistir en sus guerras frente al riesgo real de la revolución a la que ellas pueden abrir las puertas.

La federación socialista de América Latina

Las fronteras latinoamericanas y las del área andina en particular, son resultado de los intereses balcanizadores de las burguesías imperialistas y de sus aliados oligárquicos. Y han servido para justificar el militarismo represivo en estos países y el drenaje de nuestros recursos en su servicio.

La lucha de los explotados de estos países no puede desarrollarse y triunfar sino a través de la acción común y organizada de todos ellos por encima de las fronteras. Esto es, la lucha por el interés de clase de los explotados implica la lucha por la unidad política de nuestros países.

Y en esa perspectiva, los trabajadores y revolucionarios luchamos contra las divisiones de fronteras y las guerras a que dan lugar, no solamente luchando contra las burguesías de cada país, sino también levantando la bandera de la unificación de nuestros pueblos en una Federación Socialista de América Latina.

La lucha por la revolución socialista, por la democracia directa de los trabajadores, es el único camino viable para esa unidad, reclamo de una larga historia de luchas nacionales y objetivo indeclinable de nuestra propia lucha de clase.

LA POLÍTICA EDUCACIONAL: DEL REFORMISMO VELASQUISTA AL INMOVILISMO BELAUNDISTA

César Germaná

"Sólo el socialismo pueda resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolar s, y en general todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior monopolio de la riqueza".
(J.C. Mariátegui, "Principios programáticos del partido Socialista", Ideología y Política. Lima, 1979).

LA decisión del gobierno de Belaúnde de modificar el sistema educativo del país aparece como una tentativa de salida a la profunda y generalizada crisis de la escuela capitalista, que la "reforma" del régimen de Velasco no sólo no pudo resolver sino que en ocho años de aplicación ha agudizado. Sin embargo, esta vía de salida —al igual que la seguida por el régimen militar— se presenta doblemente impracticable: tanto por el lado de la escuela, que se empobrece material y culturalmente; como por el lado de la sociedad, que se muestra incapaz de utilizar plenamente las capacidades científicas y culturales que la escuela podría ofrecer. Más aún: las propias necesidades del actual modelo de acumulación capitalista señalan los límites de las posibilidades del Estado de satisfacer realmente las crecientes demandas de educación de capas cada vez más amplias de la población.

Se pone hoy, por lo tanto, en el centro del debate el problema de la educación. Los ideólogos de la burguesía buscan legitimar su sistema educativo, presentándolo como expresión de las aspiraciones populares. Frente a ellos, le toca a la crítica socialista desmontar esta política educativa y mostrarla como instrumento que utiliza la bur-

guesía para afianzar su dominación de clase. Sin embargo, para que este combate haga parte de la revolución socialista, será necesario criticar de raíz los principios básicos que rigen el sistema escolar, situando el debate en términos distintos a los de la burguesía. En este sentido, no se trata de buscarle salidas al actual sistema educativo sino de cuestionarlo radicalmente; desmistificando la ideología burguesa y poniendo en evidencia los privilegios y desigualdades de la escuela que en ella se inspira. Tocamos así el núcleo central del problema de la educación: la escuela como instrumento concebido para reproducir los roles sociales y los modelos valorativos de una sociedad organizada sobre relaciones sociales de explotación. Por esta razón, esta escuela no puede ser "usada" revolucionariamente; su utilización —en las diversas formas que se presenta la reforma de la escuela capitalista— necesariamente lleva a afianzar la dominación de la burguesía: reproducción de la división clasista de la sociedad.

Desde esta perspectiva, el diseño de un proyecto educativo alternativo al de la burguesía no pasa por la construcción de un "modelo" de escuela realizable hoy y en esta sociedad, sino por el desarrollo de una línea de lucha que, desde hoy y desde esta sociedad, comience a poner en discusión la escuela capitalista, como institución separada de la vida cotidiana, y que haga de esta crítica un instrumento de lucha para combatir el sistema social actual. Solamente así será posible que el movimiento obrero y popular descubra que también la escuela es un importante y específico terreno de lucha anticapitalista. Además, en esta línea política, se encuentran los elementos que posibilitarían la convergencia de los intereses más profundos de importantes sectores de las capas medias (profesores, profesionales y técnicos, estudiantes) con los de la revolución socialista, desviando de esta manera la tendencia hacia el predominio de sus inmediatos intereses económico-corporativos.

La "reforma de la educación" del régimen velasquista

Para analizar las bases y las perspectivas de la política educativa de la fracción burguesa actual en el poder del Estado, necesariamente se tiene que partir del examen de las características del sistema educativo vigente de las contradicciones que lo atraviesan. Solamente así encontraremos la explicación de las causas que llevan a los representantes del capital a plantearse su impostergable modificación.

Las líneas fundamentales de este sistema educativo fueron establecidas por el Decreto Ley 19326, promulgado por el gobierno militar en marzo de 1972. Su diseño y puesta en marcha fue realizado por los sectores más radicales de las capas medias tecnoburocráticas, que

formaban parte del régimen velasquista, en combate con las fuerzas políticas e ideológicas que representaban los intereses de la vieja sociedad oligárquica, de un lado; y del emergente movimiento obrero y popular, de otro.

El marcado radicalismo antioligárquico de estos grupos que impulsaron la "reforma de la educación" le dieron a ésta, en su fundamentación ideológica y en su diseño organizativo, características que —no obstante responder a las necesidades abstractas del capital— no se ajustaban a las condiciones específicas de funcionamiento del débil y subdesarrollado capitalismo peruano. En este desajuste entre las finalidades y objetivos asignados al sistema educativo por la tecnocracia, de un lado, y la realidad social y educativa, de otro, se encuentra el núcleo principal de la oposición burguesa a la política educativa del velasquismo. La brecha entre proyecto y realidad se iría haciendo más profunda en el proceso de implementación de la "reforma", sobre todo desde 1975, cuando la política de austeridad del capital limitara fuertemente los gastos en los servicios sociales atendidos por el Estado. Por ello la crítica burguesa a la educación, que el belaudismo resume, se va a centrar en el señalamiento del carácter "utópico" de la reforma educativa, con lo que se quiere significar la inadecuación de la escuela "a las necesidades y a la realidad socioeconómica del Perú" y el reclamo consiguiente de una política educativa "realista".

En lo fundamental, la "reforma de la educación" se proponía hacer funcional el sistema educativo respecto a las necesidades de calificación de los diversos niveles de roles sociales que demanda la estructura productiva del capitalismo dependiente en proceso de modernización. Esta perspectiva implicaba la modernización y racionalización del sistema educativo apuntando a darle eficacia y credibilidad necesarias para lograr una imbricación estrecha con la producción. Para ello, se reformularon los fines, los métodos y los contenidos del sistema educativo reorientándolos hacia el trabajo y el desarrollo nacional, entendido éste en el sentido de la modernización capitalista de la sociedad peruana, tal como lo planteaba el proyecto diseñado por el gobierno militar. También se buscó que la organización del sistema escolar plasmara esa propuesta en términos de una estructura de carácter profesionalizante, cuyo eje principal serían las Escuelas Superiores de Educación Profesional (ESEP), en donde se formarían los Técnicos de mando medio.

Esta funcionalidad de la educación constituyó el rasgo central de la depuración capitalista de la escuela llevada adelante por la "reforma de la educación" en correspondencia con el modelo de desarrollo que proponía el régimen militar. Pero, el mismo proceso de la refor-

ma de la escuela puso en evidencia las características específicas inherentes a la educación regida por los intereses del capital. Y lo hizo de diferentes maneras.

Primero, acentuando el carácter discriminatorio y selectivo del sistema escolar y, en este sentido, garantizando la reproducción de la estratificación clasista de la sociedad. Lo consigue al tratar de manera desigual a las diferentes capas y clases sociales: básicamente, refuerza la situación privilegiada de los minoritarios grupos dominantes, marginando a la población mayoritaria del país. De un lado, se han mantenido los mecanismos tradicionales de discriminación tanto en lo que se refiere al acceso a los servicios educativos —mantenimiento de una importante masa de población analfabeta (en la fecha se calcula en 1 millón 860 mil personas; en el periodo 1973-1980 se alfabetizó sólo a 323,815 personas) y la no incorporación a la escuela de un importante sector de la población escolar (aproximadamente un millón de niños)—; como en lo relativo a los niños que abandonan la escuela antes de terminar (el índice de deserción en el primer grado de básica regular fue de 13.5 por ciento en 1968; para el mismo grado en 1980 alcanzó el 19.7 por ciento). De otro lado, se ha ido desarrollando un nuevo mecanismo de discriminación social ligado al fenómeno de la devaluación de los títulos y al creciente desempleo de los profesionales: con el masivo crecimiento de la población universitaria (100 mil en 1970; 250 mil en 1980) y el creciente proceso de estratificación entre las universidades, y al interior de cada una de ellas de las profesiones que ofrecen, se asegura a la mayoría de estudiantes títulos poco útiles para desempeñarse en el mercado de trabajo. Estos procesos de selección afectan preponderantemente a los niños y jóvenes de las clases populares a quienes o bien se les margina de la escuela o bien se les "echa fuera" de ella, pues son los más débiles para participar de los servicios educativos. Pero, aún más, los que logran mantenerse en el sistema escolar son sometidos a una nueva selección, la que está implicada en la naturaleza del rol profesional: son los jóvenes con menos recursos económicos los que son llevados a las profesiones que desembocan en el subempleo o en el desempleo.

En segundo lugar, acelerando el proceso de estratificación del sistema escolar; haciéndose más evidente la existencia de dos tipos de escuela: una, para los hijos de la burguesía y de las capas medias ricas; otra, para los hijos de los trabajadores y de las capas medias pobres. En la base de este fenómeno se encuentra el explosivo crecimiento de la matrícula y la creciente reducción de los gastos del Estado en la educación. Como el sector público asume la mayor proporción de la matrícula (83.8 por ciento en 1980) y como los gastos destinados a satisfacer esa demanda han disminuido fuertemente (del 18.4

por ciento de los gastos del gobierno central en 1975, al 10.1 por ciento en 1980), se ha producido un paulatino empobrecimiento de la calidad de la educación pública (reducción de maestros calificados, aumento del número de alumnos por profesor, deterioro de la infraestructura educativa: centros educativos, aulas, mobiliario, material didáctico, etc.). Frente a ella, la educación privada, organizada como verdadera empresa capitalista con un número reducido de alumnos y con abundantes recursos económicos puede ofrecer una educación de superior calidad, colocándose bien por encima de las escuelas del Estado. Así, la estratificación del sistema escolar no sólo pone en evidencia la estructura de clases del sistema social sino que la reproduce y garantiza.

Tercero, ampliando la separación entre la escuela y la sociedad. La escuela como institución ha ido perdiendo contacto con la realidad social que la rodea, lo que puede ser visto por lo menos en un doble sentido. De un lado, en relación con los contenidos de la enseñanza: lo que la escuela enseña, lo que transmiten como conocimientos y como cultura los profesores, está vaciado de contenidos vinculados con la realidad circundante (fábrica, sindicatos, comunidades, política, etc.), convirtiéndose el proceso de aprendizaje en una experiencia aburrida, por su carácter arbitrario y repetitivo; haciendo abstracción de la diversa realidad económica y social, la escuela busca unificar así formalmente aquello que la propia realidad separa, pero a cambio de ello pierde su carácter vivo y creador. De otro lado, en el sentido del carácter autoritario y burocrático que asume la gestión de la tarea educativa: divorciada de la realidad social en la que se desenvuelve, la escuela excluye a alumnos, padres y profesores de toda decisión significativa en relación a la escuela; pues estas decisiones se centralizan en la burocracia que autoproclamándose técnica y políticamente neutra dirige y controla el sistema educativo en beneficio de los intereses de la burguesía.

La "reforma de la educación" no sólo sirvió como revelador de esta escuela sino que puso de manifiesto sus contradicciones. En su eje básico —la funcionalidad de la escuela en relación a la producción— se encuentran implicados por lo menos tres principales problemas. Uno primero, en relación a la acelerada demanda de servicios educativos por parte de la población: para adecuar la oferta del sistema educativo a las reales necesidades del sistema productivo se hubiera necesitado una violenta selección, relegando a las masas populares únicamente a los niveles educativos inferiores; política ésta que inicialmente intentó seguir el gobierno militar (en el periodo 1969-1970) mediante una profunda racionalización tecnocrática del sistema universi-

tario, aunque sin lograr resultados significativos. En segundo lugar —y este es el problema más importante al que se enfrentó la "reforma de la educación"— se encuentran las limitaciones que impone las características propias del sistema económico capitalista del país, subdesarrollado y dependiente, rasgos que se acentuarán con la política reformista del gobierno militar: sólo en la perspectiva de un desarrollo autónomo, centrado en la industria, hubiera sido posible un desarrollo adecuado a la creciente masa de bachilleres profesionales y licenciados universitarios que eran los objetivos de la Ley de Educación. En tercer lugar, al mismo tiempo que se busca hacer funcional a la educación, la política reformista se orientaba a convertir la escuela en un mecanismo de integración y homogenización ideológica, mediante la renovación de los modelos de valor y de pensamiento, finalidades que se presentan incompatibles con el carácter discriminador y selectivo de una escuela modernizada.

De esta manera, la escuela diseñada por la "reforma" no logra satisfacer ni las demandas sociales de una educación más amplia y de mayor calidad, ni alcanzar su adecuación a las exigencias de la producción. Lo que está en la base de esas contradicciones no es la "inadecuada implementación de la reforma", como señalan los ideólogos de la burguesía, sino la contradicción fundamental del propio capitalismo —agravada por la situación de dependencia y subdesarrollo— y que se presenta como la oposición entre el tipo de organización social basada en la lógica del desarrollo capitalista (la maximización de la ganancia) y las necesidades colectivas que escapan a la ley del mercado y a todo criterio de rentabilidad. Es en este sentido que podemos encontrar la explicación de cómo el capitalismo tiende a descuidar los servicios educativos, a subutilizar los productos de la escuela, lo que se refleja como la crisis de los contenidos y métodos de enseñanza y como la desorganización del sistema escolar.

Los estudiantes y los profesores son cada vez más conscientes de esta situación. Los primeros descubren en el carácter repetitivo y arbitrario de los contenidos y métodos de la enseñanza que les es impartida, la perspectiva no sólo de no encontrar trabajo sino que de encontrarlo, tener que desempeñarlo de manera insatisfactoria; percibiendo la educación que se les imparte como una estafa, incapaz de garantizar sus aspiraciones de ascenso social e inclusive de satisfacer sus demandas de enriquecimiento científico y cultural. Para los segundos, su trabajo se les presenta frustrante: no son sólo los bajos sueldos en relación a otros profesionales, ni las duras condiciones en las que tienen que trabajar, sino la conciencia cada vez más generalizada del carácter insatisfactorio de la tarea educativa, de la ausencia de sentido de la ciencia y la cultura que transmiten, pues las consideran cada vez

más pobres e inútiles. Es allí en última instancia en donde podemos encontrar el profundo sentido anticapitalista del movimiento estudiantil y magisterial: bajo el capitalismo es imposible ser plenamente educador y estudiante.

En conclusión, después de ocho años de "reforma de la educación" se encuentra un sistema escolar cada vez más discriminador y selectivo, separado de la vida cotidiana, gestionado de manera burocrática y autoritaria y cuya credibilidad, tanto para los trabajadores como para la burguesía, está en crisis. En estas condiciones, los principios y la organización del sistema escolar necesitan ser modificados; aunque el sentido de esta transformación tenga signos diferentes: mientras que la burguesía busca hacer de la educación un mecanismo más eficaz de dominación de clase, limitando o atenuando sus contradicciones; para los trabajadores no existe ninguna salida que no signifique la abolición de la escuela como reproductora de la división clasista de la sociedad.

La política educativa del belaundismo

En lo fundamental, la política educativa del régimen actual se orienta a sistematizar —dándole una justificación ideológica— algunas tendencias del desarrollo de la educación peruana, presentes en los últimos años. En efecto, como consecuencia del explosivo crecimiento de la matrícula (en particular, la que corresponde a los niveles medio y superior) y de una limitada demanda de cuadros profesionales por el sistema productivo, la separación entre la educación y la producción se ha hecho más profunda, lo que ha generado una creciente "devaluación" de los productos del sistema educativo. Si bien la funcionalidad de la escuela como reproductora de roles sociales utilizables por el sistema económico era una concepción coherente con el proyecto de desarrollo que impulsó el régimen velasquista —aunque en la realidad, como hemos buscado mostrar, esa imbricación escuela-sociedad no se cristalizó por ninguno de los lados de la ecuación, haciéndose visible sus contradicciones en el periodo 1975-1980—; en la actualidad, cuando la política económica del belaundismo impulsa una acelerada reorganización de los patrones de acumulación del capital, la funcionalidad de la educación ya no tiene justificación. Por el contrario, la política educativa se centra en la renuncia explícita a la funcionalidad de la escuela, impulsando la inflación de los roles sociales que ésta produce. De esta manera, en esta nueva perspectiva, sin limitar el acceso al sistema educativo, e inclusive contribuyendo a su ampliación, desvinculando la escuela del sistema económico mediante la devaluación de los roles sociales, se busca desviar la presión

de las nuevas capas de trabajadores sobre el mercado de trabajo. Así, la inmensa mayoría de los jóvenes no sólo estudiará poco y mal, sino sin ninguna garantía de que lo que estudien les sirva para ubicarse en el mercado de trabajo.

El nuevo papel que se le va a asignar a la educación tiene que ver —por lo tanto— con las tendencias actuales de comportamiento del capital en el país y que la política del régimen Belaúnde-Ulloa representa y ejecuta. En lo fundamental, este modelo de acumulación se basa en una más profunda articulación del capital que opera en el país con la estructura internacional de producción, lo que internamente significará: una creciente concentración de la producción en las actividades de exportación y una mayor apertura a la penetración del capital monopólico internacional en el control de esos sectores productivos. Las consecuencias de la relación entre la reorganización del modelo de acumulación y el modelo de educación será evidente: la reducción del mercado de trabajo, la limitación de los gastos destinados a atender los servicios colectivos, la acentuación de una ideología de orientación tecnocrática serán los problemas que el sistema educativo debe resolver. Es a partir de allí que la nueva política educativa impulsará una educación "no funcional", pues el sistema no tiene necesidad sino de un contingente muy limitado de roles sociales calificados. Por ello, la escuela capitalista tenderá a operar más bien como instrumento destinado a garantizar la dominación ideológica de la burguesía y a actuar de manera muy desequilibrada respecto a la producción. Para satisfacer las limitadas necesidades del capitalismo dependiente, los cuadros profesionales y técnicos serán seleccionados en los colegios y universidades particulares; pero al mismo tiempo, mantendrá en el sistema educativo una enorme masa de estudiantes que no obtendrán títulos o que si los obtuvieran les serían de muy poca utilidad.

En el anteproyecto de la "Ley general de educación y cultura" que el belaundismo ha propuesto para su aprobación en el Parlamento, se encuentra ejemplificada la nueva política educativa sostenida por el régimen actual. Dos son sus preocupaciones básicas: el énfasis en el carácter de la educación como instrumento de dominación ideológica y el diseño de una estructura del sistema escolar que lo convierte en un fin en sí, desvinculado de las exigencias del mercado de trabajo. Lo primero es presentado como el objetivo de una educación orientada a "configurar la identidad y el ser nacional". Lo segundo como una estructura que se autoalimenta, buscando ampliar la vida escolar.

El núcleo principal de la ideología que se encuentra en la base de la propuesta belaundista de unificación cultural de la nación, estaría

dado por los principios del liberalismo burgués, con algunas efusiones terminológicas de vago nacionalismo cuyo punto de partida está en la ambigua fórmula de "el Perú como doctrina": la valoración abstracta del ser humano, sin considerar sus condiciones históricas y sociales de existencia; la exaltación de la libertad e igualdad formales, como capaces de permitir el pleno desarrollo de los hombres; el sostenimiento de la democracia liberal como única forma de convivencia política; el reclamo de la unidad nacional, como vía de integración de individuos desiguales social y económicamente. Bajo el manto de este trasnochado liberalismo burgués, que se convierte en la base de la reelaboración de los fines del proceso educativo, se apunta al sojuzgamiento y rechazo de los intereses, valores e ideales de las clases explotadas del país, e inclusive a la renuncia de una escuela más directamente vinculada a la producción.

Pero la no funcionalidad de la escuela, que hemos venido señalando como elemento central de la política educativa del belaudismo, no sólo está dada por la orientación ideológica que se busca dar a la educación, también por el diseño de una estructura del sistema educativo que lo institucionalice como cuerpo "separado", como fin en sí, sin vinculación orgánica con el cuerpo social. Así, por ejemplo, los dos primeros niveles en los que se propone dividir el "sistema de la educación nacional" (primaria y secundaria) ya no son vistos como etapas terminales que lleven al mercado de trabajo, tal como lo preveía la ley de 1972, en cuanto a la educación básica laboral y al primer ciclo de la educación superior (ESEP), sino que tienen como objetivo ser un medio para alcanzar la educación superior (universitaria o tecnológica). Este papel tendría también la nueva educación laboral y la secundaria diversificada (agropecuaria, industrial, comercial, administrativa): en última instancia, todo el sistema educativo estaría dirigido al nivel superior de la educación, buscando alargar la vida escolar de los jóvenes, sin que por ello se les asegure títulos útiles en la vida práctica.

El contenido de clase de la política educativa del belaudismo no puede ser más evidente: se presenta como expresión de las necesidades del capital monopólico interesado en reducir los servicios colectivos, pero sin que ello lleve —por lo menos en los momentos actuales— a reprimir brutalmente las demandas sociales. Ausente la preocupación por la eficacia y credibilidad del sistema educativo, fundamentalmente se orienta a administrar los escasos recursos —que la política de austeridad del capital impone— para satisfacer las crecientes demandas de la población por servicios educativos. Por ello, esta política de "liberalización" y "devaluación" del sistema escolar tenderá a hacer más clasista la escuela y a agudizar la crisis que la atraviesa.

En este sentido, nada más demagógico que afirmar —como lo hacen los ideólogos belaundistas— que esta política educativa pueda caracterizarse como “democrática”, “nacionalista” y “científica”. No es democrática, porque sólo de manera formal puede asegurar a todos los peruanos “igualdad de oportunidades a educarse”: no puede garantizar realmente que todos los niños y jóvenes puedan acceder al sistema escolar, ni tampoco eliminar el carácter discriminatorio que tiene éste, pues reproduce la estructura de clases existente en la sociedad. Tampoco se trata de una política educativa nacionalista, porque no expresa los intereses de población mayoritaria del país, sino que por el contrario busca socializar a los niños y jóvenes en modelos de pensamiento y de valores que reproducen los impuestos por la burguesía internacional. Finalmente, esta política educativa es incapaz de desarrollar la ciencia y la tecnología: un sistema de ciencia y tecnología que exprese las necesidades de las mayorías populares sólo puede desarrollarse en el contexto de una forma de organización de la producción y de la sociedad radicalmente diferente, en donde el criterio básico sea satisfacer las necesidades humanas y no la rentabilidad del capital.

Para garantizar la eficacia del funcionamiento de este proyecto, el régimen belaundista necesita mantener e inclusive vigorizar el carácter burocrático del control del sistema educativo, reforzando la centralización de la tarea escolar en el Estado a través del Ministerio de Educación y poniéndola en manos de los técnicos, marginando de esta manera a los que están verdaderamente afectados por este proceso: maestros, alumnos, padres. Además, la centralización burocrática de la administración de la educación tiene otro objetivo: imponer un conjunto de principios que le den homogeneidad y coherencia, de tal manera que se consiga una igualación formal de un sistema educativo que es por naturaleza estratificado y jerarquizado; e involucrar a profesores y alumnos en una ideología común tendente a legitimar el orden social existente.

Por esta razón, la presencia decisiva del Estado en la gestión educativa no se opone al papel preponderante que se le asigna a la educación privada. Por el contrario, ésta se constituye en el eje sobre el cual se busca la homogenización del sistema escolar, al cual le sirve como modelo ideológico y organizativo. En este sentido, la escuela privada se presenta como la trinchera última para la defensa del sistema escolar basado en los intereses del capital.

De otro lado, para que esta política educativa pueda ser llevada adelante y pueda funcionar, tiene que contar con el apoyo, o por lo menos con la neutralidad, del magisterio. Sin embargo, a pesar de las

declaraciones de voceros del gobierno belaundista reconociendo la importancia del maestro, no existen condiciones para que pueda establecerse una alianza estable entre el régimen y el magisterio. Dos serían los obstáculos a los que tendría que enfrentarse esta propuesta. De un lado, la política de austeridad del capital, que se traduce en la disminución de los gastos en educación del gobierno (para 1981 corresponde al 8.5 por ciento de los gastos del gobierno central, proporcionalmente inferior al presupuestado para 1980), con lo que se tiene una reducción de los ingresos reales de los maestros y deficientes condiciones de trabajo. Pero no sólo se trata de estos intereses económicos corporativos, pues, de otro lado, el empobrecimiento de la calidad de la educación (fines, contenidos, métodos) no sólo llevará a los maestros a oponerse, al gobierno sino también —y esa conciencia tiende a generalizarse— al propio sistema capitalista, pues son las relaciones sociales que éste supone lo que les impide desarrollar plenamente su tarea educadora. Por estas razones la alianza del movimiento magisterial con la burguesía es improbable: ésta lo rechaza y oprime. Más bien, existen las condiciones reales para el cuestionamiento de la política educativa de la burguesía y para el rechazo a convertirse en instrumentos de sostenimiento del orden social vigente. Sin contar con el magisterio para un activo reforzamiento del papel integrador y homogenizador de la escuela, la política educativa burguesa llevará necesariamente a una inestabilidad acentuada de la educación; así como al desarrollo de una perspectiva de lucha que permita impulsar un movimiento de impugnación de esta escuela.

Pero, evidentemente, no será ésta la única contradicción que determine los límites de la política liberal del belaundismo frente a la educación. La expansión de la matrícula que es posible prever, así como el consiguiente aumento de las necesidades de su financiamiento, chocan con las crecientes limitaciones que el capital, en una época de crisis, pone a los gastos que no le permitan aumentar sus ganancias. Y es que —como ya lo hemos señalado— lo que está en crisis no son sólo las diversas modalidades de organización del sistema escolar, sino el propio sistema capitalista sobre el cual se basa y que determina su desarrollo. Por ello, para la fracción burguesa en el poder del Estado la salida liberal que propone como solución al problema de la educación se presenta sumamente difícil, en la medida en que son las propias contradicciones del capitalismo dependiente las que alimentan las crisis de la educación. El capitalismo no puede prescindir de la escuela, tanto como reproductora de los roles sociales y como mecanismo de dominación ideológica, pero al mismo tiempo, por sus propias contradicciones internas tiende a agravar su crisis. La educación burguesa se mostrará incapaz de cumplir con sus propios fines y, por ello,

incapaz de superar su falta de credibilidad. Pero al movimiento de los trabajadores tampoco le toca restablecerla.

Conclusiones

Si la burguesía es incapaz de encontrar una vía de salida al problema de la educación, los trabajadores no tienen ninguna que no sea poner en cuestión el principio mismo que rige la escuela capitalista. Desarrollar una línea política socialista frente a la educación no significará, en primer lugar, proponer un "modelo" de educación alternativo al existente. Ello no sólo sería ilusorio sino irrealizable por utópico y abstracto: no es posible modificar el rol de la escuela si no se transforma la estructura social y económica en la cual ésta se inserta. La escuela en el capitalismo es un aparato ideológico del Estado burgués y, por lo tanto, constituye un instrumento de los capitalistas para afianzar su dominación de clase. En este sentido, la lucha por una nueva educación no pasa por la reforma de la escuela (democratización de la enseñanza, mejores condiciones de estudio, etc.) pues es un instrumento que sirve precisamente para reproducir los privilegios sociales, sino por su abolición como tal, por su desmantelamiento como institución del Estado capitalista. Una línea de enfrentamiento a esta escuela debe comenzar por poner en discusión los principios que rigen el sistema escolar, criticarlo como mecanismo reproductor de las jerarquías sociales y roles sociales, de rechazarlo como instrumento de preservación de privilegios, conocimientos y modelos valorativos de la clase dominante. Sin embargo, para que ese cuestionamiento sea eficaz necesita formar parte de un proyecto de crítica global al capitalismo (fábrica, estado, cultura), cuyo punto de referencia básico está dado por un amplio frente de clases explotadas dirigido por la clase obrera.

Esta perspectiva implicará una revolución en la concepción, fines, métodos y condiciones de enseñanza. El rechazo de la escuela como institución separada, que tiende a reforzar la dominación ideológica burguesa, aislando a niños y jóvenes de sus condiciones cotidianas de vida, se traducirá en la socialización de la educación, núcleo principal de esta línea política alternativa. En esta propuesta está planteado un doble conjunto de problemas. De un lado, la lucha por la administración colectiva de la escuela: rechazando el carácter burocrático y autoritario de la escuela capitalista y reemplazándolo por el control de las organizaciones de padres, alumnos y maestros de tal manera que la escuela responda a los intereses de los grupos mayoritarios del país. De otro lado, el ingreso a la escuela, como contenido de la enseñanza, de la realidad circundante (productiva, gremial, política) y, por lo tanto, su integración en la comunidad. En este sentido, la reformula-

ción de los métodos y contenidos educativos en cada uno de los campos del saber científico permitirá vincularlos estrechamente a las experiencias de los alumnos y posibilitará que la escuela se constituya en un centro vivo de trasmisión de una nueva cultura y de un saber científico más avanzado.

Esta socialización de la educación no es un proyecto utópico. Las condiciones para su planteamiento ya están maduras: los métodos y contenidos de la instrucción transmitida de una generación a otra y por mediación del docente han entrado en crisis junto con la visión del mundo que le servía de fundamento y con la clase burguesa que las usaba. Lo absurdo de los contenidos y métodos educativos parecen ahora más evidentes que antes: la separación entre escuela y experiencia diaria es tan grande que gran parte de la enseñanza resulta exterior, arbitraria y que fácilmente se olvida.

En la lucha por una nueva educación, papel importante le corresponde cumplir al movimiento magisterial. Hemos señalado que bajo el sistema capitalista es imposible ser plenamente educador; fundamentalmente porque la racionalidad del capital limita el desarrollo de la ciencia y la cultura, empobreciéndolas por su subordinación a los criterios de rentabilidad: el maestro es llevado a realizar una tarea educativa de carácter repetitivo y alienado, impidiéndosele un verdadero enriquecimiento personal y social. Por ello, en la base de las luchas del movimiento magisterial —cada vez de manera más generalizada y consciente— se encuentra el rechazo a la opresión ejercida por el sistema capitalista. En el fondo, el cuestionamiento de la escuela capitalista no significa sino el cuestionamiento de una sociedad organizada en función de las necesidades del capital y la exigencia de un nuevo modo de vida social, de un trabajo no alienado y de una nueva jerarquía de valores.

LA TEORÍA EN EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO PERUANO

José Ignacio López Soria

LA indiferencia que el movimiento revolucionario en el Perú ha venido mostrando con respecto a la teoría ha sido paralela a su despreocupación por el problema del Estado y de la actualidad de la revolución. Parece, sin embargo, que de lo que menos ha carecido la izquierda en el Perú ha sido precisamente de teorías. Y hasta puede decirse que el problema del Estado y la cuestión de la revolución como tarea del día han sido puntos básicos de la agenda política de no pocas agrupaciones de izquierda.

Hay que aclarar desde el comienzo que por teoría revolucionaria no entendemos aquí la especulación de gabinete de intelectuales radicalizados ni la copia mimética de recetas, sino la *elaboración teórica de las condiciones objetivas de existencia*. Es cierto que el problema del Estado y el de la actualidad de la revolución han estado presentes en no pocas organizaciones e ideólogos de izquierda, pero es no menos cierto que estuvieron como postulado ético o estético o como categoría epistemológica, es decir, como una especie de *deber-ser* que ha terminado orientándose hacia la región de la utopía porque no nacía de las condiciones objetivas de existencia de las clases potencialmente revolucionarias. Se trataba, en última instancia, de la urgencia ética, estética o epistemológica de negar sin superar o de superar sin negar esas condiciones.

Y hay que aclarar también que la teoría, cuando es realmente elaboración teórica de las condiciones objetivas de existencia social, está íntimamente ligada a la praxis revolucionaria porque ella misma es componente de una totalidad que las abarca a ambas: el movimiento revolucionario. El movimiento revolucionario como totalidad consta, pues, de dos momentos —la teoría y la praxis— que se interinfluyen y condicionan mutuamente. El lugar que ocupa la teoría en el movimiento y la relación entre teoría y praxis no son cuestiones que se resuelven en el vacío sino en el seno del proceso histórico. Por-

que el marxismo como teoría no escapa a las leyes de la historia. Está también trascendido de historicidad. No se puede, por tanto, reflexionar en abstracto sobre el lugar de la teoría en el movimiento. Es necesario, si se pretende escapar al especulacionismo vacío, incluir en la reflexión el momento de la praxis. Naturalmente podríamos haber escogido, para analizar este problema, el método más fácil: acudir a los textos de los clásicos e intentar una exégesis más de las muchas que ya circulan. Si hubiésemos procedido así no nos habríamos librado del mimetismo que criticamos al comienzo. No ocultamos, sin embargo, que recogemos más de una idea de tres clásicos "heterodoxos", Rosa Luxemburgo, György Lukács y Karl Korsch. Pero lo que nos interesa es iniciar una reflexión sobre el lugar de la teoría en el movimiento revolucionario peruano.¹

En función de la relación entre teoría y praxis podríamos dividir el desarrollo del movimiento revolucionario peruano en tres etapas: 1. desde sus inicios hasta 1920; 2. 1920-1930; 3. desde 1930 hasta nuestros días (introducimos después una subdivisión en esta tercera etapa).

Durante la primera etapa, el movimiento obrero en surgimiento no tenía todavía la *posibilidad objetiva* de proponerse la cuestión de la revolución como tarea del día. El movimiento mismo era la respuesta espontánea a la inmediatez de las condiciones objetivas de existencia provocadas por la introducción de las relaciones de explotación capitalistas. Se trata, por tanto, de un *movimiento de oposición a las consecuencias* del modo de producción capitalista pero que no problematiza la esencia del mismo. La protesta es la principal forma de manifestación de esa respuesta. Pero la protesta surge de la inmediatez del ser social del naciente proletariado, de la pequeña burguesía y de los sectores de la aristocracia de la tierra que se veían seriamente afectados por la introducción del capitalismo en las relaciones de producción. Esta condición objetiva del movimiento se expresa teóricamente en una ideología —anarquismo y anarcosindicalismo— capaz de recoger la protesta pero objetivamente incapaz de ofrecer caminos de salida que supongan una superación efectiva de la situación dada. Es la época clásica del *anticapitalismo romántico*, es decir, de una forma de oposición al sistema que nace de la vivenciación de las contradicciones pero no de su cabal comprensión.

La organización que brota de este movimiento, en consonancia con las condiciones objetivas del mismo y con la ideología que le es

1. Decimos "iniciar una reflexión" porque lo que ofrecemos aquí es un conjunto de apuntamientos teóricos y metodológicos para el estudio analítico del problema en cuestión. Naturalmente un resultado importante que se espera de ese análisis es la revisión de las categorías y sugerencias metodológicas que aquí ofrecemos.

propia, es también fruto espontáneo de la inmediatez del ser social del naciente proletariado y de los sectores mencionados. Más que de una organización clasista se trata de una agrupación de corte mutualista que intenta, por la vía de los auxilios mutuos, socorrer a los individuos que sufren las consecuencias de la introducción del capitalismo. No son todavía los intereses de clase sino los intereses inmediatos los que impulsan a la unificación. La organización no aparece mediada por la conciencia de clase sino por la *conciencia empírica* de los miembros de las clases explotadas. No es raro, por tanto, que una organización de este estilo sea de carácter policlasista, en un intento de conciliar los intereses inmediatos de los sectores afectados por el capitalismo.

El problema del Estado no entra dentro de la problemática del movimiento —o lo hace sólo de manera utópica— porque éste tiende a desconocer toda forma de Estado. Dado que el movimiento mismo, aunque es el primer momento del desarrollo de la lucha de clases, no nace de los intereses de clase, no es raro que no se entienda el carácter clasista del Estado. La consecuencia teórico-ideológica es la atribución del carácter de explotador a todo tipo de Estado, lo que lleva a la negación mecánica del Estado en cuanto tal y de todo posible Estado. El problema de la actualidad de la revolución no se advierte ni como barrunto, aunque la palabra revolución no se separe de los labios de los anarquistas. En ellos la revolución es un postulado ético o estético tan general que no comporta consecuencia práctica alguna.

El anarquismo es, sin embargo, la mejor expresión teórica de esta etapa del movimiento. La inmediatez del movimiento se expresa de la mejor manera en la espontaneidad del anarquismo y del primer sindicalismo. El problema está en que el anarquismo —como teoría y como praxis— no puede trascenderse a sí mismo porque se queda enclavado en su condición de primer momento del proceso revolucionario. Todo movimiento primerizo es anarquista, pero todo movimiento anarquista es sólo primerizo. En ese primer momento se da una estrecha relación entre teoría y praxis: la teoría es expresión de la inmediatez de las condiciones de existencia, y la praxis, resultado de la espontaneidad y del instinto "natural" de defenderse, se resuelve en oposición a las consecuencias de la situación dada. Ocurre entonces que la relación entre teoría y praxis, mediada por una organización de corte mutualista, se sitúa en el nivel de la inmediatez y no puede objetivamente trascender este nivel porque ni en los extremos (teoría y praxis) ni en el elemento mediador (organización) se dan factores objetivos que permitan esa trascensión.

A lo largo de los años 20 —segunda etapa del movimiento revolucionario— van cambiando las condiciones objetivas. No son ya los sectores afectados por la introducción de las relaciones de producción capitalistas los gestores principales del movimiento sino aquellos que, estando dentro de la producción capitalista, constituyen el objeto (sujeto) directo de explotación. En la medida en que este nuevo sector social elabora su propia experiencia histórica, llevando a conciencia sus propias condiciones de existencia, se va generando una teoría que se presenta como la antítesis, por negación-superación, de la teorización, anarquista. La superación del anarquismo no es, pues, resultado de una refutación especulativa sino fruto del hecho de llevar a conciencia las nuevas condiciones de existencia. Ha cambiado el sujeto de oposición a lo establecido. No es ya el individuo o sector social periférico al orden capitalista sino la clase, el proletariado, que el mismo capitalismo se ve obligado a producir como condición de posibilidad de su existencia. Y es precisamente este cambio lo que constituye la *posibilidad objetiva* de que el movimiento supere su antigua condición de periférico —condición que se manifiesta de varias maneras (anclamiento en la mera negatividad, protesta como forma de oposición, incapacidad para superar la inmediatez, oposición a las consecuencias dejando intacta la esencia, etc.)— y tienda a convertirse en negación-superación del sistema. Pero hay otra consecuencia, particularmente importante para nuestro problema, del hecho del cambio de sujeto revolucionario. El sujeto gestor de la teoría, por estar de lleno dentro del sistema, no necesita salir de sí mismo para aclarar los mecanismos de funcionamiento del capitalismo. Conociéndose a sí mismo conoce la esencia de la explotación capitalista. Se da, pues, la identidad sujeto-objeto sobre la que volveremos más adelante.

El movimiento adquiere ahora un carácter clasista, tanto en la teoría como en la práctica, por la vía de la trascendencia (negación-superación) de la inmediatez de la etapa anterior. El carácter de clase se manifiesta en la práctica especialmente en el problema de la organización. La organización no es ya fruto instintivo y espontáneo de la inmediatez sino que comienza a estar mediada por la conciencia de clase. En otras palabras, la organización conoce ahora un proceso de transformación que se caracteriza por el paulatino abandono de su condición de *organización a la defensiva* para comenzar a generar los elementos organizativos (teóricos y prácticos) que harán de ella una *organización a la ofensiva*, es decir, una organización que postulativa y tendencialmente se presenta como alternativa de poder. Y tiene la posibilidad objetiva de presentarse como alternativa de poder —

pesar de su evidente debilidad cuantitativa— porque, por estar mediada por la conciencia de clase del naciente proletariado, responde a los intereses de una clase en cuya *particularidad* se expresan los intereses de la *totalidad*. Tal organización no tiene, por tanto, necesidad de enmascarar los intereses de clase que defiende sino más bien hacerlos patente, porque, como acabamos de decir, en la realización de esos intereses está puesta la esperanza toda de la sociedad. La organización, que comienza a estar mediada por la conciencia de clase, es decir, por la elaboración consciente de las condiciones objetivas de existencia social, busca ser una organización de clase tanto en el nivel de la lucha económica (sindicatos) como en el de la lucha política e ideológica (partido). Ocurre entonces la diferenciación de los sectores sociales y de las tendencias ideológicas que se daban confusamente mezclados en la etapa anterior.

El deslinde ocurre, en primer lugar, en la realidad. Los intereses del proletariado como clase en formación están en contraposición antagónica con el capitalismo y sus beneficiarios directos, mientras que los intereses de la pequeña burguesía y de las surgentes capas medias están sólo en contraposición parcial a sus consecuencias. Hay aquí una diferencia cualitativa, enraizada en la realidad, que se expresa muy pronto en la práctica y en la teoría del movimiento. El sector pequeño burgués y sus intelectuales orgánicos encuentran en el primer aprismo su mejor expresión ideológica, así como el proletariado la encuentra en el socialismo de Mariátegui. El valor trascendente de Haya y de Mariátegui está precisamente en haber acertado a elaborar la experiencia histórica peruana desde la perspectiva de los intereses de estos dos sectores sociales que ingresaban a la "vida nacional". Y esta elaboración no es otra cosa que la llevada a conciencia —y la plasmación en la organización— de las condiciones objetivas de existencia de estos sectores. Tanto la separación ideológica como la organizativa son, por tanto, consecuencia de la diferencia objetiva que existe entre ambos grupos sociales. La separación de condiciones objetivas, de organización y de ideología obliga a los intelectuales radicalizados de la época y a los diversos grupos de trabajadores a definirse por una de las dos posiciones: o revolucionarismo con Mariátegui o reformismo con Haya de la Torre. Queda, pues, planteada desde entonces una disyuntiva —revolución o reforma— que se extiende hasta nuestros días. Y queda también para los intelectuales orgánicos de las clases dominantes la urgencia de dejar en claro, aunque sea por las vías de la irracionalidad, su posición de clase. No es ciertamente fortuito que frente a Haya y Mariátegui sea Riva-Agüero, el ideólogo del fascismo en el Perú, quien personifica de la

manera más cabal el prototipo de intelectual al servicio del sector tradicional de la clase dominante.²

El carácter sólo reformista del primer aprismo nos es ya tan evidente que no merece la pena detenerse a probarlo. La fraseología marxistoide de Haya no consigue ocultar dos verdades palmarias: la ancha ignorancia del autor con respecto a la teoría y a la praxis marxistas y el carácter procapitalistas de su ideología antiimperialista. Desde entonces la mejor aliada del aprismo habría sido una burguesía de corte desarrollista y reformista. Es mérito de Haya haber conseguido elaborar la experiencia histórica peruana desde la perspectiva de los intereses de la pequeña burguesía y de una burguesía nacional entonces inexistente. Haya parte de la conciencia de clase de la pequeña burguesía y piensa que a partir de ella es posible conciliar los intereses de una posible burguesía nacional, de las capas medias, del campesinado y del proletariado. No acierta, sin embargo, a caer en la cuenta de las diferencias que median entre estos grupos —cuyos intereses intenta conciliar— ni del carácter antagónico de la contradicción entre proletariado y campesinado, de un lado, y capitalismo, de otro. Por eso su propuesta, un capitalismo antiimperialista, es, dadas las condiciones objetivas, directamente contradictorias. Es precisamente esta contradictoriedad —asentada en la médula de la ideología aprista— la que, por un lado, ha motivado que el movimiento aprista esté internamente abierto al peligro del divisionismo (por la acentuación en su dirección de la hegemonía de uno de los sectores sociales sobre los demás), y, por otro, lo que le ha impedido llegar por sí sólo al poder. Con respecto al problema teórico interesa subrayar que si bien el aprismo es la primera elaboración consecuente de la experiencia histórica peruana desde la perspectiva de un capitalismo nacional, es también la última puesto que ocurre en una época en la que ya el capitalismo de tipo nacionalista es objetivamente inviable. Y no es ciertamente gratuito que los posteriores movimientos ideológicos (el primer belaundismo, el velasquismo, etc.) de corte nacionalista-capitalista hayan tenido que recurrir, cubierta o encubiertamente, a la primigenia elaboración aprista. Tanto Haya como sus discípulos apristas y no apristas han cometido un error de perspectiva histórica al pensar que era repetible en pleno siglo XX, con un imperialismo monopolista ya desarrollado, el proceso de transformación de las sociedades de desarrollo capitalista clásico. Ni uno ni otros advierten

2. No desconocemos que desde Leguía comienzan a despuntar nuevos sectores de la clase dominante que pugnarán por la hegemonía y verán expresados sus intereses en otras ideologías. El análisis de estos nuevos grupos y sus ideologías escapa a los límites del presente estudio. Interesaría, sin embargo, destacar en ellos el componente de irracionalidad y buscarle una explicación.

que el período revolucionario de la burguesía se ha cerrado definitivamente. La burguesía imperialista tiene necesariamente que supeditar a sus propios intereses todo proyecto nacional de las áreas dominadas del sistema. La ideología de Haya queda, pues, presa de limitaciones de clase que resultan insuperables. Desde la perspectiva de la pequeña burguesía y de la posible burguesía nacional no es ya teóricamente captable el sistema capitalista como totalidad. Se pueden, sí, captar determinados aspectos de él, y por eso es posible proponer un modelo de desarrollo que suaviza aristas pero deja intacta la esencia de ese sistema. Es entonces la categoría de totalidad la gran ausente de la elaboración teórica de Haya. Y esta ausencia se manifiesta teóricamente en la pretensión de elevar la particularidad de una posible burguesía nacional a la condición de *clase universal*. La teoría ocupa, pues, en el movimiento aprista el lugar que le corresponde en cuanto que ella misma es fruto de la elaboración teórica de la experiencia histórica peruana —y ello explica la vigencia del aprismo—, pero se trata de la experiencia histórica (encarnada en las condiciones objetivas de existencia) de grupos sociales que están *objetivamente* imposibilitados de comprender la totalidad y de convertirse en clase universal. Y es de esta condición objetiva de los grupos cuyos intereses expresa la ideología aprista de donde nacen la idea del Estado como ente conciliatorio y la interpretación de la revolución como un proceso gradual. Ambas concepciones, por más que se expresen en un lenguaje aparentemente subvertidor del orden establecido, dejan siempre la puerta abierta a la reconciliación con una realidad de la que se recusan sólo algunos aspectos.

En los días de Mariátegui adquiere el movimiento revolucionario en el Perú un grado de madurez que no había conocido hasta entonces. No pretendemos aquí exponer las ideas del "Amauta" ni dar cuenta de sus actividades, sino sólo recoger algunos aspectos de su obra en función de la problemática que nos ocupa. Se ha escrito bastante sobre los posibles antecedentes de las ideas de Mariátegui, pero no siempre se ha sabido caer en la cuenta de que lo característico de su pensamiento radica precisamente en ser una elaboración teórica de la experiencia histórica peruana desde la perspectiva de los intereses de clase de las clases explotadas. Que Mariátegui, antes de elaborar teóricamente las condiciones de existencia de estos sectores sociales, haya transitado por tales o cuales corrientes ideológicas es, sin duda, importante, pero no lo fundamental. Porque lo que caracteriza a un autor como marxista no es el mejor o peor conocimiento de Marx sino el mayor o menor acercamiento a lo que Marx hizo: *elaborar teóricamente la experiencia histórica desde la perspectiva de la clase revolucionaria*, o, dicho de otra manera, *dar forma teórica a las*

reales condiciones de existencia de la clase revolucionaria. En cualquiera de las dos formulaciones tenemos dos polos (condiciones objetivas de existencia o experiencia histórica objetivada en la clase, y elaboración teórica) y un elemento mediador (conciencia de clase). Mariátegui pudo llevar a teoría las reales y no sólo aparentes condiciones objetivas de existencia porque partió de la conciencia de clase, es decir, de la objetivación en la conciencia de los intereses de clase de los sectores explotados de la sociedad peruana de entonces. La teoría se hace, pues, con Mariátegui expresión teórica del movimiento revolucionario en ciernes; dicho de otra manera, la teoría es con Mariátegui el movimiento mismo hecho consciente. Y el hecho de que Mariátegui realice esta operación teórica cuando el movimiento revolucionario estaba sólo apuntando no hace sino relieves su capacidad anticipatoria.

Al llegar a este punto nos encontramos con un problema teórico de la mayor trascendencia. Cuando decimos que "la teoría es el movimiento mismo hecho consciente" aludimos a la cuestión de la *autoconciencia*, es decir, a la operación mediante la cual el movimiento se vuelve sobre sí mismo para entenderse como objeto adecuado a su conciencia. Se da entonces, y sólo entonces, la *identidad sujeto-objeto* que es, a mi juicio, la piedra angular (piedra de escándalo para no pocos) de la conciencia de clase. La conciencia del proletariado como clase ha sido moldeada por las condiciones objetivas de existencia de la clase. Cuando esa conciencia se vuelve sobre esas condiciones encuentra en ellas el objeto adecuado a su conocimiento. Puede, por tanto, decirse que el resultado (la teoría) de esta operación cognoscitiva en las condiciones objetivas hechas conscientes. Por eso la teoría así elaborada es la única que tiene la *posibilidad objetiva* de expresar adecuadamente tales condiciones. Se llega de esta manera al máximo de *conciencia posible*, supuestas las condiciones dadas de existencia. Pero hay que añadir que en este proceso de autoconocimiento el proletariado no sólo se conoce a sí mismo, sino que en sí mismo conoce la totalidad en cuanto que el ser social del proletariado es entendido como producto del conjunto de relaciones sociales del momento histórico en cuestión y de todo el proceso histórico que hizo posible ese momento. El proletariado, conociéndose a sí mismo, no sólo conoce la totalidad social dada sino su historia. Por eso, al tomar conciencia de sus reales condiciones de existencia —en lo que consiste la conciencia de clase— elabora teóricamente la historia toda. Porque las condiciones objetivas de existencia no son entendidas en su inmediato ser-ahí, en su inmediatez, sino engarzadas en un proceso histórico del que ellas mismas son componente esencial.

Quienes no manejan las categorías de *conciencia posible* y *posibilidad objetiva* se ven precisados a atribuir la capacidad anticipatoria de Mariátegui o bien a su desconocimiento de la realidad peruana y a sus prejuicios europeístas (como los apristas de ayer y de hoy) o bien a la supervivencia de los elementos utópicos del anarquismo (C. Franco, F. Guerra). Ni unos ni otros advierten (y no tienen la posibilidad objetiva de advertirlo) que la elaboración teórica de las condiciones objetivas de existencia de las clases explotadas, realizada por Mariátegui, conlleva la necesidad de develar la inmediatez de dichas condiciones hasta descubrir no sólo lo positivamente dado sino lo tendencialmente existente. Quien no es capaz de entender lo que apunta en el proceso histórico, quien queda preso de la inmediatez tiene necesariamente que desvirtuar la capacidad anticipatoria confundiéndola con la utopía. No se advierte que entre la utopía anarquista y la anticipación mariáteguista hay un abismo insalvable. El anarquismo (y, en nuestro medio, González Prada es una referencia obligada) establece dos polos: la negación con respecto a lo dado y la afirmación de la idealidad, sin solución de continuidad. La afirmación se impone entonces desde fuera de la negación como una especie de imperativo que nada tiene que ver con la realidad. La anticipación, por el contrario, se afina en la realidad negándola y superándola a un tiempo, es decir, descubriendo en esa misma realidad los factores objetivos que están ya apuntando hacia su superación. No importa que esos factores sean todavía germinales; importa sí descubrirlos y allanar el camino hacia su maduración.

Con respecto a los dos problemas teóricos señalados (autoconciencia y anticipación) no es ciertamente gratuito que Mariátegui llegue a ellos —aunque no los formule explícitamente— haciendo una "historia económica" del Perú. Pero la historia económica que traza Mariátegui no cumple, como han querido algunos intérpretes, una mera función intelectual, sino que se presenta como un intento de aclarar las raíces del ser social y las condiciones objetivas en que tiene que desarrollarse la acción y la organización para la construcción de la sociedad futura. Porque lo que preocupa a Mariátegui como teórico no es propiamente ofrecer una interpretación de la historia del Perú, diversa a la de la historiografía tradicional, sino más bien elaborar teóricamente la experiencia histórica de las clases cuyos intereses exigen para su plena realización no sólo un conocimiento correcto de las actuales condiciones de existencia sino una penetración en sus raíces y un descubrimiento de sus tendencias. Puede, pues, decirse —y en ello está la grandeza de Mariátegui— que la elaboración teórica del Amauta no es otra cosa que la expresión más acabada del proceso de autoconciencia de las clases explotadas, proceso en el cual los

explotados, en cuanto clase, toman conciencia de su propio ser social y, con ello, de sus condiciones objetivas de existencia. Desarrolla así Mariátegui una labor teórica que tiene legítimamente la pretensión de presentarse como guía de la acción porque ella misma (la teoría) es expresión consciente de la praxis social, es decir, movimiento hecho consciente. No se trata, por tanto, de una teoría elaborada fuera del movimiento y que luego se busca introducir en él a fin de despertar —desde fuera— la conciencia de clase en los explotados. Ni se trata tampoco de una teoría que hunda sus raíces en el movimiento pero que no logra trascender la inmediatez del mismo. Mariátegui partió de las condiciones inmediatas de existencia de las clases explotadas pero supo trascender, teórica y prácticamente, la inmediatez. Trascendió la inmediatez historizando (hacia atrás, raíces históricas, y hacia adelante, tendencias) esas condiciones y, por tanto, descubriendo que los explotados en cuanto clase no sólo están en oposición parcial a las consecuencias del orden social capitalista sino en oposición universal con sus supuestos. Ello significa que el proletariado en formación comienza a mirarse a sí mismo como la negación-superación del orden establecido. No es raro, por tanto, que la labor práctica de Mariátegui se oriente, más allá de la denuncia y de la protesta esporádica, a la creación de organizaciones clasistas entendidas como mediación para la realización efectiva de los intereses (mediatos e inmediatos) de clase de los explotados, como mediación entre la teoría y la praxis, entre el objetivo final y los pasos hacia él. Por eso su labor teórica no sólo no ocultó los intereses de clase que defendía sino que se constituyó ella misma en expresión conceptual de esos intereses. Conviene, además, advertir que toda esta problemática está sólo apuntada en Mariátegui pero que, en cualquier caso, el elemento mediador, la organización, no es necesariamente para Mariátegui la sustantivación de la conciencia de clase.

Y hay que remarcar, en función del problema que aquí nos ocupa, que con Mariátegui se da un tipo de unidad entre teoría y praxis que notamos como carencia en las décadas posteriores. La teoría ocupa el lugar que le corresponde en el movimiento en cuanto que ella misma no es sino expresión teórica de ese movimiento, es decir, movimiento hecho consciente. Si la teoría tenía entonces una fuerza revolucionaria de la que careció después es porque ella misma no era sino praxis revolucionaria hecha consciente. La teoría era el movimiento conociéndose a sí mismo. En la etapa anterior este conocimiento trascendía la inmediatez por eso orientaba la acción hacia la recusación parcial de las consecuencias del orden capitalista que estaba introduciéndose.

Con los años 30 comienza la tercera etapa del desarrollo del movimiento revolucionario en el Perú. Hemos dicho que la segunda etapa se caracterizó por el hecho de que al patentizarse las limitaciones de una teoría nacida de la inmediatez del ser social surgieron dos posiciones, una reformista (Haya) y otra revolucionaria (Mariátegui), que establecieron una más estrecha relación entre teoría y praxis y superaron, aunque desde diversas posiciones, la inmediatez. Veamos ahora cómo se desarrolla la relación entre teoría y praxis y el lugar ocupado por la teoría en la tercera etapa.

El sector aprista del movimiento de oposición a lo establecido se orienta ya claramente por las vías de un revisionismo teórico desde el que se intenta justificar ideológicamente y orientar prácticamente una acción reformista. El movimiento obrero liderado por el Apra, fiel a la posición ya manifiesta de no-reconciliación con algunas consecuencias del capitalismo, deja de lado las tareas revolucionarias. Su teoría comienza, por tanto, a perder la apariencia de revolucionaria que tuviera hasta entonces.

En cuanto al sector potencialmente revolucionario, podríamos distinguir tres subetapas: 1930-1956, 1956-1968 y 1968 en adelante.³ Al morir Mariátegui la dirigencia del partido comunista, en consonancia con las directivas de la jerarquía de la Komintern, se constituye en canchero de la pureza teórica, reduciéndose la teoría a un conjunto de dogma desde los cuales se justifica y trata de orientarse la acción política. Entre teoría y praxis se acuña un divorcio de la mayor trascendencia. La teoría, entendida como un conjunto de dogmas universalmente válidos y ahistóricamente aplicables a cualquier realidad, cabalga sobre la realidad. Del miembro de base no se espera sino una actitud fiducial con respecto a los enunciados de la teoría. El dirigente, por su parte, es el único intérprete de esos enunciados y el celoso guardián de la ortodoxia. A ello hay que añadir que en nuestro medio concreto el dirigente no es ni siquiera intérprete sino mero transmisor de la interpretación que hacen de los dogmas los jefes de la Komintern. Toda "desviación" de la interpretación "correcta" es denunciada como "herejía" y conlleva necesariamente el arrepentimiento o la separación del desviado impenitente. Parecería que esta ubi-

3. En el carácter de propuesta del presente estudio está implícita la posibilidad de revisar la periodificación que aquí adelantamos. Es más, como nuestra investigación no ha avanzado todavía a esto respecto, preferimos tratar toda la etapa (1930 hasta nuestros días) como una unidad, lo que no quiere decir que no reconozcamos que tanto en 1956 —con el surgimiento de nuevas agrupaciones políticas— como en 1968 —con la aparición del velasquismo— no ocurran cortes significativos en el proceso de la relación entre teoría y praxis.

cación de la teoría por encima de la realidad significase una exaltación de la teoría, pero en verdad, detrás de esta aparente exaltación, se esconde el desprecio por la teoría. Este menosprecio comenzó pronto a manifestarse en la separación obligada o voluntaria de los intelectuales. Al desaparecer Mariátegui y *Amauta*, los intelectuales —entonces en proceso de acercamiento al socialismo— dejaron de encontrar un puesto adecuado en el movimiento comunista en el Perú. No es raro que muchos de ellos, deseosos de insertarse orgánicamente en el movimiento de oposición y fieles a su primigenia posición de no-reconciliación, se acercasen al aprismo. El problema está, a mi juicio, en que la teoría se convirtió en un cuerpo extraño al movimiento en el momento en que dejó de ser praxis hecha consciente, elaboración teórica de las condiciones de existencia y de toda la experiencia histórica. Al ser deshistorizada, la teoría quedó revestida de los atributos propios del dogma y buscó sólo justificar ideológicamente la obediencia acrítica con respecto a las consignas. Y esta posición con respecto a la teoría se tradujo, en lo organizativo, en implantación de esa "férrea disciplina" que preconizara ya Zinoviev y que Stalin se encargó de extender a todas las secciones de la Komintern. Las consignas de "clase contra clase", primero, y de "frentes populares", después, que resumen la orientación de los comunistas de la época, obedecían más a las condiciones concretas de Europa que de América Latina y el Perú.

Más allá de lo que haya de imposición desde fuera o de surgimiento espontáneo en el seno del PCP, interesa subrayar que la teoría, devenida en dogma, perdió la posibilidad de fecundar creativamente a la praxis porque ella misma no era ya expresión consciente de esa praxis, elaboración teórica de las reales condiciones de existencia. Y no es ciertamente gratuito que sea entonces cuando se extiende en nuestro medio la idea de que la conciencia de clase es un conjunto de proposiciones (consignas) que la "vanguardia iluminada" tiene que introducir en las masas. Ni es tampoco gratuito que durante esta subetapa los marxistas peruanos no produzcan un solo documento que pueda ser calificado de teoría revolucionaria. Es más, absorbidos por un activismo inmedatista, ni siquiera se preocuparon de estudiar a los clásicos. Para actuar "correctamente" les bastaba atenerse a las directivas de una burocracia iluminada. La teoría se había vuelto consigna.

Manifestación típica de la carencia de una teoría concreta y mediada de la revolución es la pérdida de la perspectiva de la totalidad, pérdida que se expresa en la separación mecánica de los diversos momentos y niveles de la lucha revolucionaria. Y cuando se pierde la perspectiva de la totalidad se vuelve evanescente la posibilidad de

la revolución. Cada acto es sólo eso, un acto que se agota en sí mismo y que no porta en sí los gérmenes de su propia trascendencia para convertirse en *momento* del proceso revolucionario. Cada nivel (económico, político, ideológico) de la lucha de clases se agota en sí mismo porque no existen lazos organizativos que relacionen a los distintos niveles. La revolución es entonces entendida como el resultado de una suma de actos aislados que, por simple acumulación cuantitativa, provocarán mecánicamente el salto cualitativo. La ausencia de teoría impide ver que el acto tiene que perderse como hecho aislado para ganarse como momento de una totalidad procesual, única en la que cada componente adquiere sentido. Desde la carencia de teoría se da por supuesto que la revolución (también un acto) es el acto por excelencia con respecto al cual todo lo anterior fue preparación y todo lo siguiente consecuencia.

A partir de los años 60 se advierten en el movimiento potencialmente revolucionario otras carencias, que generalmente se suman a las anteriores. Se acentúa ahora la separación mecánica entre lo económico, lo político y lo ideológico en la lucha. Los caminos se bifurcan en el movimiento potencialmente revolucionario. Se especializan unos en la lucha económica (tendencia tradicional) y otros en la política e ideológica (nuevas tendencias). Es cierto que todas estas tendencias están materialmente dentro del movimiento revolucionario, pero formalmente se presentan no sólo divididas sino incluso contrapuestas. La teoría, en cuanto elaboración teórica de las condiciones de existencia, sigue estando ausente, en unos casos por defecto y en otros por exceso. Está por defecto en el sector del movimiento que ha reducido la teoría a dogmas expresados en consignas. Y está por exceso en los nuevos sectores que tienden a interpretar la teoría como el resultado de disciplinas particulares. La teoría —al quedar atomizada en disciplinas particulares desde las que los intelectuales radicalizados intentan interpretar parcelas de la realidad— pierde su relación con la praxis y, consecuentemente, deja de ser praxis hecha consciente. Una teoría de este tipo, por más radical que pueda parecer, no consigue fecundar creativamente a la praxis, aunque puede muy bien fungir como "guía de la acción" de los sectores radicalizados de las capas medias. Pero de lo que se trata no es de que la teoría, devenida ciencia particular, sea "guía de la acción" sino acción hecha consciente, expresión de las condiciones objetivas de existencia, momento teórico de un proceso que tiene en la acción su opuesto dialéctico. Sólo en la medida en que la teoría es elaboración conceptual de la experiencia histórica, es decir, expresión de las condiciones de existencia, puede ella convertirse en guía de la acción. Ocurre, pues, que los intelectuales radicalizados que a partir de la segunda mitad

de los años 50 comienzan a acudir al marxismo para apropiarse de algunas categorías epistemológicas a fin de interpretar más adecuadamente la realidad o parte de ella, se comportan también como "vanguardia iluminada" que trata, a lo más, de introducir desde fuera la conciencia de clase en las masas. Poco es lo que cambia, con respecto al problema que aquí nos ocupa, cuando los intelectuales, hastiados del iluminismo tradicional, se lanzan a la acción para convertirse en "vanguardia militar" dispuesta al asalto al poder.

Ya en los años 60, pero especialmente después de 1968, comienzan a aparecer los primeros síntomas de lo que podría ser la negación-superación del tipo de relación que entre teoría y praxis se dio hasta entonces. Los afanes por volver a Mariátegui, aunque no pasen todavía mucho más allá de posiciones declarativas, son especialmente sintomáticos. Hay que advertir, sin embargo, que no se trata de convertir el pensamiento de Mariátegui en una nueva dogmática, sino de reemprender la obra iniciada por él, que en lo que respecta a la teoría, consistió esencialmente en elaborar conceptualmente la experiencia histórica peruana desde la perspectiva de los intereses de clase de las clases explotadas.

POLITICA REVOLUCIONARIA Y EDUCACION POPULAR

Ernesto Aliaga

"Quien subestima la fuerza material de la ideología no hará nada bueno".

"Las amplias masas apolíticas son las que determinan la suerte de la revolución".

"¡La energía revolucionaria está acumulada en la vida cotidiana!"

Wilhelm Reich

REVISIÓN DE PRESUPUESTOS FUNDAMENTALES

LA práctica educativa popular va suscitando una serie de cuestiones en torno al quehacer político revolucionario. El esfuerzo de explicitación de algunos de estos problemas-clave puede contribuir al esclarecimiento del movimiento obrero y popular en la constitución de su proyecto alternativo. Por eso presentamos un esbozo de reflexión sobre la problemática de la revolución, que nos permite desarrollar después la dimensión educativo-cultural dentro del horizonte de la praxis revolucionaria. Esperamos que los puntos tocados, aunque no de manera exhaustiva, den qué pensar a todos aquellos que se encuentran de algún modo implicados en esta práctica social consciente.

¿Qué se entiende por proyecto revolucionario?

Desde los clásicos del marxismo, la revolución proletaria fue tematizada como una revolución social orientada a la transformación estructural del sistema capitalista. Sin embargo, ante las concepciones más o menos economistas y mecanicistas, que se traducían en una práctica oportunista, esperándolo todo de la simple evolución económico-social y de la acción parlamentaria, o en su defecto, del movimiento espontáneo de las masas, la posición revolucionaria concentra sus iniciativas en el momento político de la lucha social. En contraposición al estilo evolucionista parlamentario de los reformistas, que supone un pasaje gradual y pacífico al socialismo, el leninismo sub-

raya la importancia del factor subjetivo y de la mediación política (dirección partidaria de las masas para la conquista y destrucción del Estado) con el fin de acceder a la dictadura del proletariado y a la construcción del socialismo. Motivo por el cual, la política marxista revolucionaria ha llegado hasta nuestros días como una metodología de trabajo prácticamente encaminada a preparar las condiciones del enfrentamiento directo, y hasta inmediato, con el poder político de la burguesía. Ahora bien, ¿la revolución social puede ser pensada y actuada sólo en función de este "asalto" al aparato estatal del sistema capitalista? Nos parece que no.

La explotación capitalista se arraiga en la base material productiva de la sociedad (posesión de los medios de producción, división social del trabajo, planificación mercantil de la economía, etc.), se institucionaliza a través de la dominación política (vía la maquinaria administrativa y represiva del Estado), y refuerza su legitimación por la manipulación ideológica de la opinión pública (dirección y organización del consenso). Si el antagonismo de la lucha de clases atraviesa al conjunto social, como es relativamente fácil de constatar, el movimiento obrero y popular deberá tomar cuerpo y consolidarse a través de la contestación cada vez más profunda y multiforme de la compleja totalidad de una formación social determinada. En esta perspectiva, la insurrección armada y la conquista del poder político sólo pueden ser entendidas como elementos constitutivos del momento crucial de ruptura cualitativa, al interior de una crisis revolucionaria. Pero supone que el movimiento revolucionario de masas, por la propia dinámica diversificada de sus luchas, no apunta únicamente a esta toma del poder político, sino a la transformación radical del todo social, de la estructura económico-social y político-cultural de la sociedad burguesa.

Así pues, la praxis revolucionaria no puede concentrarse exclusiva y unilateralmente en la cuestión de la conquista del aparato estatal. Ya que el proyecto alternativo del movimiento obrero y popular deberá irse perfilando, desde el principio, como la elaboración embrionaria de una sociedad verdaderamente diferente en las diversas esferas de la vida social. De ahí la pertinencia de lograr una estrecha articulación del frente económico y del frente político de la lucha de clases, con el frente ideológico-cultural. Y si desde un enfoque revolucionario se trata de otorgar el puesto de comando a la política, reconociendo que "todo es política", sólo se puede hacer esto dentro de una acepción más amplia de lo que se entiende por política. Ya no la sola lucha por el poder, sino también la lucha por orientar creativamente la actividad colectiva en todos los campos del tejido social. De esta forma se podrá ir gestando un nuevo "bloque histórico", in-

disolublemente económico, político y cultural, dirigido a conseguir no sólo la socialización de los medios productivos, sino también la socialización del poder político y de la cultura. Se trata, entonces, de que la hegemonía del movimiento obrero y popular se solidifique en la posibilidad real, vivida y aspirada por las masas organizadas, de una revolución total.

¿Qué relación establecer entre el partido y las masas?

Este proceso más amplio del acontecer revolucionario exige que éste no repose únicamente en la vitalidad y lucidez del partido proletario, sino en la iniciativa organizada de los distintos sectores populares. Porque, finalmente, ¿quién es el sujeto histórico de la revolución proletaria? Para Marx, la emancipación de los trabajadores debería ser obra de los mismos trabajadores. El partido no era para él el emancipador de las masas, sino que eran ellas mismas las que debían romper todas sus cadenas. Sin embargo, ante las dificultades de que el movimiento obrero, atomizado y sometido de múltiples formas al capital, llegue a constituirse en una fuerza política actuante, la estrategia bolchevique piensa en la necesidad de contar con una vanguardia disciplinada y militarmente organizada, a fin de guiar eficazmente al movimiento de masas. Lenin, en el *¿Qué hacer?*, llega incluso a sostener que, puesto que el proletariado no es capaz de lograr por sí solo una conciencia política revolucionaria, ésta hay que "inducírsela" desde fuera, gracias a la acción persistente de un partido de profesionales de la revolución. Aunque el mismo Lenin se encargará posteriormente de relativizar este modelo organizacional, en la actividad crítico-práctica de la primera revolución proletaria, no se puede negar que esta concepción del partido es la más asimilada y difundida entre los marxistas revolucionarios de hoy día.

Este planteamiento organizacional, que es tributario de la vital importancia concedida al momento político de la conquista del poder, adolece de un límite fundamental. Tiende a deslizar y centrar el sujeto revolucionario en el partido de vanguardia, único portador de la conciencia revolucionaria, descentrando así al verdadero sujeto de la transformación proletaria: el conjunto de la clase organizada de manera autónoma y militante. Como una consecuencia de este hincapié puesto en la organización política, la relación partido-masas suele concretizarse de manera vertical y jerarquizada, subordinando el movimiento obrero y popular a la conducción partidaria de las diversas luchas. Esta relación no totalmente dialectizada y un tanto paternalista, posee propensiones a degenerar, por su propia lógica, en una simple "sustitución" de las masas por el partido, quien obra en nombre de los intereses de clase del proletariado y sus aliados. Con estas pre-

cisiones no se quiere decir que haya que descartar el papel del partido y su aporte a la marcha del movimiento revolucionario en las diferentes coyunturas. Tampoco se pretende defender la pertinencia de la mera acción espontánea de las masas, que además nunca es absoluta. El sentido de la reflexión apunta a concebir otro tipo de organización política que opere, básicamente, al "interior" del movimiento de masas con la autocomprensión de constituir sólo una dimensión específica de éste. De esta manera el partido, como medio e instrumento de lucha, no se trastocará en un fin por sí mismo, ya sea por la fetichización de un partido que todo lo supedita autoritariamente a su control o por la reproducción de un aparato burocrático de funcionarios aislados del conjunto del movimiento popular.

El partido adquiere una importancia desmesurada cuando se piensa que la unión entre la teoría revolucionaria y la práctica consecuente se realiza en el punto de fusión que representa el partido de vanguardia político-militar. Pero, ¿por qué no sostener más bien que este lugar de encuentro se halla en la misma lucha organizada de los trabajadores y de las masas en general? De este modo el quehacer cotidiano del partido, como intelectual y organizador colectivo de las masas, se podría desplegar en medio de los diversos movimientos sociales y luchas de contestación populares. En este enfoque, el partido no estaría en el seno del movimiento de masas exclusivamente para "engancharse" a los militantes ya probados en el combate, ni mucho menos para imponer una pretendida sabiduría infalible, sino para contribuir a la consolidación de las más variadas y novedosas instancias de lucha, conciencia y organización independiente de los trabajadores. El partido estaría ahí presente para recoger las iniciativas de las masas, para potenciarlas sistemáticamente, para generalizar las experiencias más válidas, y para coordinar acciones de conjunto en función de una estrategia global revolucionaria. Dentro de esta dinámica de animación pedagógica, el partido podría verificar constantemente que los educadores necesitan también ser educados en la consecución de una voluntad colectiva que actúe coherentemente en la obtención de sus objetivos históricos.

¿Cuál es el rol de las organizaciones populares?

La perspectiva desarrollada destaca la importancia de situarse en el horizonte estratégico de una revolución social integral. Como todo el proceso no se reduce a la toma del poder (aunque Laya que pasar necesariamente por esta mediación), ni a la acción lúcida y eficaz del partido, de esto resulta el papel preponderante que hay que asignar al auténtico sujeto histórico de la transformación estructural: el conjunto de clases y capas explotadas, dominadas y manipuladas por

el capitalismo dependiente. Las premisas expuestas implican todo un "ir hacia las masas" que deje de lado las pretensiones de elaborar el proyecto revolucionario "desde arriba" y "desde afuera" del movimiento obrero y popular. Ahora bien, este sujeto colectivo no se encuentra como actor político en el dato puro y ya constituido de una vez para siempre. Su plasmación histórica representa un desafío y un permanente esfuerzo de creación a través de las distintas coyunturas políticas. De ahí la tarea indispensable de estimular y potenciar las luchas, así como la asimilación reflexionada de las experiencias, desde la base y en la médula misma de la vida popular. En este sentido, la línea política de masas deberá apoyar decididamente el acrecentamiento de la conciencia de clase y de la autoidentidad político-cultural del pueblo. De este modo se podrá configurar un agente histórico con personalidad propia y actuación autónoma, capaz de generar un nuevo orden social.

La organización política del proletariado conseguirá ejercer su función de dirección consciente, en la medida que tenga en cuenta que las masas son capaces de elevar sus niveles de conciencia, de acumular experiencia, y de dotarse de sus propias organizaciones de lucha en una multiplicidad de terrenos de la vida social. Esta autodeterminación de los trabajadores está destinada a irse traduciendo en una gama de organismos reivindicativos, según los diversos sectores populares y las demandas formuladas. Estos órganos de lucha, en los momentos más críticos del antagonismo social, pueden convertirse a su vez en medios de autogobierno de las masas. Por eso, otorgar la máxima importancia a la conformación de estas organizaciones populares, de estos núcleos de democracia directa, conlleva el reconocimiento de que las alternativas económicas, políticas y culturales, no tendrán que pasar insoslayablemente por el "control" inmediato del partido de vanguardia o de masas. Exige también una atención especial para obstaculizar cualquier intento de utilizar estos órganos de contestación popular como simples "correas de transmisión" de la línea partidaria. Dado que la concreción del poder popular está orientada a abrir en el cuerpo social una contradicción creciente, éste debe brotar en las entrañas mismas de las relaciones sociales de producción y reproducción del sistema en su compleja totalidad. Por otro lado, sólo al interior de un movimiento obrero y popular, consistente en sus diversas manifestaciones y movimientos sociales parciales, se puede concebir una dialéctica real de mutuo enriquecimiento entre el partido (o el bloque de varios partidos) y las masas organizadas.

Así pues, lo que interesa ante todo es favorecer la aparición de la democracia directa de los trabajadores, ejercida ahora por medio de

la administración de sus propias organizaciones de lucha. Sin apresuramientos arbitrarios, quizá se podrá ir viendo en ellas los posibles embriones de las formas políticas que el movimiento popular se dará en la fase de dictadura proletaria y de transición socialista. De esta manera también, los trabajadores irán adquiriendo la convicción de que sus propias instancias de autogestión económica y de autogobierno, deberán ser contrapuestas al régimen burgués. Actuar en consecuencia requiere que se tomen, desde ahora, las precauciones adecuadas para impedir que el proceso revolucionario se burocratice a través de una subordinación pasiva a los aparatos partidarios. Esta metodología política se dirige igualmente a evitar que, una vez derrocada la clase capitalista, se construya un nuevo Estado por encima de las masas organizadas y escapando a su control efectivo. La experiencia histórica nos va enseñando que, en el "socialismo realmente existente", la dictadura del proletariado puede invertirse en una dictadura sobre el proletariado. Por eso el dar todo su alcance y significación al surgimiento continuo de instituciones auténticamente populares, encaminadas a largo plazo a la gestión directa de toda la sociedad, se halla en honda consonancia con la problemática marxista de la "extinción del Estado". Ya que el período de transición deberá consistir en que la libre asociación de los productores y del pueblo en general, realice paulatinamente no sólo la reapropiación de los recursos económicos y la socialización plena de la cultura, sino también la "reabsorción" de la sociedad política en la sociedad civil, del Estado y de todo poder político en una sociedad redimensionada por las perspectivas comunistas.

PERSPECTIVA POLÍTICA DE LA EDUCACIÓN POPULAR

La revolución no es el privilegio de una élite altamente capacitada que, aprovechando una coyuntura favorable, se apodera del aparato estatal para imponer su proyecto político. La revolución social no tiene nada que ver con un simple "golpe de estado". Se trata más bien de un fenómeno procesual, de un hecho político y cultural de masas. En la medida en que se ubica necesariamente dentro de una serie de determinaciones estructurales contradictorias y en movimiento, la revolución social, orientada a un nuevo ordenamiento del conjunto social, se va configurando a través de un denso trabajo de acumulación de fuerzas en todos los frentes.

La conciencia social

La explotación de los trabajadores por el sistema capitalista dependiente tiene sus bases materiales en una estructura económica que,

tendencialmente, reposa en el mayor desarrollo de su polo urbano-industrial. Estas relaciones productivas se institucionalizan a través de una superestructura jurídico-política fuertemente centralizada, que en nuestro país trata de afianzarse, en la hora presente, por medio de un régimen constitucional-democrático. Esta dominación política se legitima, a su vez, por las distintas formas de manipulación ideológica que la burguesía busca infundir en el cuerpo social. Sin embargo, dadas las características peculiares de este capitalismo, deformado desde el arranque y profundamente articulado al capital monopólico internacional en su calidad de subordinado, su legitimación democrático-liberal resulta muy precaria. Por eso se ve obligado a recurrir constantemente a la militarización del Estado y a adoptar distintas soluciones autoritarias y represivas, a fin de impedir el ascenso arrollador de la movilización popular. La burguesía nativa, sobre todo en el Perú, nunca ha podido ser portadora de un proyecto nacional integral y consistente, capaz de incorporar las reivindicaciones del conjunto de fuerzas sociales del país. Si bien es cierto que logra elaborar planes de gobierno provisionales, éstos los tiene que implementar por la coacción y la fuerza, más que por la persuasión y el apoyo activo de las masas populares. Este modelo de acumulación capitalista adolece, por tanto, de una crisis política permanente que, en los momentos de mayor conflictividad, se muestra como un verdadero raquitismo hegemónico frente a la resistencia de las mayorías nacionales.

Este aspecto del análisis conduce con frecuencia, en el campo popular, a plantear, y hasta a intentar, la "ofensiva frontal" contra el poder político de la burguesía dependiente. Pero no se puede olvidar que esta estructura económico-social, extremadamente desigual y combinada, repercute igualmente, de manera correlativa, en la conformación social y en el comportamiento político de las clases explotadas. Así, por ejemplo, aunque el proletariado comienza a ocupar un puesto central en el frente de los trabajadores, éste es de reciente formación, reducido numéricamente, y bastante heterogéneo en su composición social. A esto hay que añadir que el resto de clases y capas, que constituyen posibles y necesarios aliados, se caracteriza por su dispersión, variedad y debilidad organizativa. De este modo resulta que la riqueza del "mosaico" nacional, en sus diversas formas (económicas, sociales, étnicas o culturales), se presenta como un poderoso obstáculo para la constitución de un bloque social y político alternativo. Por otro lado, los siglos de dominación y penetración colonial e imperialista, han destruido y distorsionado las distintas manifestaciones de la conciencia social de las clases oprimidas. La configuración fragmentada de la conciencia popular, compuesta de elementos difusos y contradictorios, explica en parte la dificultad que encuentran estos sectores para salir de su aletargamiento histórico, de su confor-

mismo resignado, o de su integración pasiva e individualista a la lógica de la expansión capitalista, a pesar de sus crecientes movilizaciones espontáneas ante la crisis económica y las medidas antipopulares del Estado burgués.

No obstante lo señalado, a partir de la neta predominancia de las relaciones sociales marcadas por el desarrollo del capital, en las últimas décadas se va realizando una cierta depuración y homogeneidad de la formación social peruana. Como una consecuencia de este proceso, el antagonismo de las clases fundamentales de la sociedad burguesa se va perfilando de una manera cada vez más clara. En este contexto, el proletariado aparece en la escena política como la clase nacional por excelencia, con mayor visión de totalidad y llamado a elaborar el proyecto revolucionario alternativo. Sin embargo, para llevarlo a cabo deberá conseguir, inevitablemente, la hegemonía ideológica y la dirección política de todas las masas explotadas y oprimidas del país. Al respecto se puede anotar que, aunque los sectores más avanzados de los trabajadores van adoptando un comportamiento político independiente de la burguesía y liberado de las influencias reformistas pequeño-burguesas, aún queda un largo trecho por recorrer en la unificación de un movimiento popular autónomo comandado por el proletariado revolucionario. Para cristalizar la alianza de la clase obrera con el campesinado y los semiproletarios urbanos y rurales, eje de articulación del nuevo bloque social y político, se impone un complicado y vasto trabajo de concientización y educación política de las grandes mayorías nacionales. Luego es tarea impostergable de los revolucionarios el potenciar, por todos los medios posibles, la toma de conciencia crítica de las masas, a partir de su experiencia cotidiana, de su instinto de clase, de sus movilizaciones espontáneas, y de sus actuales instrumentos organizativos.

El frente cultural

Plantear una alternativa nacional globalizadora, una revolución social integral, implica la ardua labor de ir constituyendo un nuevo "bloque histórico" que abarque al todo social. Por eso tiene que ir tomando forma y operatividad, a través de la ligazón de los diferentes frentes de la lucha de clases. Ante el estilo meramente economicista, o ante el tipo de política vanguardista, la estrategia revolucionaria contemporánea tiene que otorgar su justo lugar a la esfera ideológico-cultural. Desde este enfoque de la cuestión, se deberá tener en cuenta no sólo la especificidad particular de cada uno de los frentes, sino también la relación dialéctica que tienen que ir encontrando en el nuevo proyecto de sociedad y de cultura. Corresponde además al partido proletario, el rol de la dirección conciente en este proceso

de organización de los distintos terrenos de la lucha social. Y si es verdad que, siguiendo la imagen arquitectónica de Marx, es en la superestructura ideológica donde los individuos y los grupos sociales adquieren conciencia de sus condiciones objetivas de existencia y de sus tareas históricas, la línea política de masas tiene que asumir todas las consecuencias que se deducen de esta proposición. En este sentido, no se puede desconocer que la ideología dominante en una sociedad determinada, es justamente la ideología de la clase dominante. Como sostenía Mariátegui, la burguesía es fuerte y opresora no sólo porque detenta el capital sino también porque detenta la cultura, que se manifiesta como el mayor gendarme del viejo régimen. Motivo por el cual, al mismo tiempo que la conquista del poder, la revolución acomete la conquista del pensamiento. Pero no se trata únicamente de un combate destructivo, de un ir socavando y subvertiendo el predominio ideológico de la burguesía, sino también de un esfuerzo creativo tendiente a la construcción de una alternativa hegemónica, política y cultural a la vez.

Así pues, lo ideológico no constituye un simple "reflejo" pasivo de la estructura socio-económica. Al ser un producto humano, y poseer su propia realidad histórica, las variadas representaciones ideológicas cumplen un papel importante en la estructuración de la sociedad. Pueden servir como el "cemento" que une las juntas del edificio social vigente, pero también pueden convertirse en "ácido corrosivo" y en "energía creadora", si se hallan vinculadas a la edificación de un nuevo ordenamiento social. Esto depende en gran medida de la consistencia representativa e imaginaria de los grupos que portan en su práctica social dichas elaboraciones ideológicas. Ahora bien, dado que los grupos subalternos poseen una conciencia social distorsionada y disgregada, moldeada en los paradigmas de la ideología dominante, se hace necesario un trabajo de crítica ideológica a fin de liberar sus elementos y rasgos contestatarios, capaces de entrar en plena sintonía con sus prácticas espontáneas de lucha y organización. Aquí es donde reside el espacio propicio para la realización de una "reforma intelectual y moral de masas", según la denominación de Gramsci, que permita dar mayor unidad y coherencia al movimiento obrero y popular. La revolución cultural no debe ser reservada para después de la toma del poder político, ya que toda gran revolución siempre ha sido precedida y alentada por una intensa labor de crítica y penetración cultural. De este modo, el problema de la revolución se muestra también como un problema de educación, de liberación del sujeto revolucionario, para que esté en las mejores condiciones de asumir una política de clase consecuente.

Esta temática remite, en nuestro país, al problema nacional irresuelto. Si es lógico que el desafío de construir la "unidad nacional" se plantee en términos de la totalidad social, al constituir una cuestión fundamentalmente económica y política, su dimensión étnico-cultural puede ser abordada y trabajada desde el ángulo ideológico. Motivo por el cual la lucha cultural no tiene que agotarse en el desmascaramiento de los mecanismos ideológicos de la manipulación capitalista, sino que también debe aceptar el reto de plasmar una cultura nacional popular, base de la identidad nacional. En este sentido, la nueva síntesis cultural nacional, entroncada orgánicamente al proyecto histórico global de los explotados, deberá incorporar los avances y aportes de la cultura universal, retomando y rescatando al mismo tiempo los propios valores y tradiciones, nuestras propias raíces históricas (indígenas y mestizo-criollas). En la perspectiva de Mariátegui, se puede afirmar que la revolución social en el Perú no es incompatible con la tradición, sino con el estéril tradicionalismo reaccionario. Pues la recuperación histórica, abierta al porvenir, pasa por la forja de una voluntad colectiva nacional-popular, no sólo asimilando los logros de la sabiduría mundial, sino también a partir del propio saber del pueblo, de sus costumbres y prácticas solidarias, así como de sus expresiones folklóricas, artísticas, religiosas, etc. Las organizaciones políticas revolucionarias, sin pretender inyectar una "línea correcta" fijada de antemano, tienen la responsabilidad de orientar y animar este complejo proceso a largo plazo. Del mismo modo que la burguesía organiza su circuito cultural (de producción, circulación y consumo de los bienes y servicios culturales), el intelectual colectivo, al servicio del proletariado y del movimiento popular en general, deberá preocuparse constantemente de asegurar e incrementar el circuito cultural vinculado al cambio estructural de la sociedad y al surgimiento del hombre nuevo.

Educación en la revolución

Las diferentes acciones y modalidades educativas populares, deben ser situadas y concebidas dentro del frente cultural, como un filón más de la "reforma intelectual y moral" que hay que desplegar en todas sus posibilidades. Ya que de una manera u otra, estos organismos buscan la politización de la cultura y la culturización de la práctica socio-política. La praxis revolucionaria no es aquella que se limita a la intervención del partido, ni tampoco a la sola gestión de los dirigentes. Es más bien aquella que permite al pueblo entero (al conjunto de las clases subalternas explotadas), levantarse y volverse protagonista y sujeto de su propia historia. Por eso la práctica de la edu-

cación popular se orienta a promover, en el seno mismo de la experiencia cotidiana de las masas, y más allá de sus contrastes socio-económicos, una nueva forma de vivir, de trabajar, de sentir y de pensar, que se encuentre en mayor concordancia con sus intereses históricos de clase. Se trata de un largo y complejo proceso de acompañamiento, mediante el cual se va suscitando la transformación de la "clase en sí" (objetiva) a la "clase para sí" (subjetiva). La pertinencia de este estilo de iniciativa, como ya lo hemos sugerido, se explica por el bajo nivel de auto-identidad de los sectores populares en una formación social con graves "fallas" en su articulación. Y precisamente, la educación popular en sus múltiples variantes, brinda un apoyo crítico al pasaje de la simple existencia material de la clase a su existencia verdaderamente político-cultural. Es cierto que muchas de estas experiencias nacieron en el marco de proyectos históricos reformistas, que se interesaban en la participación e integración activa de las masas populares. Pero hoy día, sobre todo en nuestro país, la mayoría de los grupos que ejercitan este tipo de educación consideran clave el hacer una opción de clase. En este sentido, entienden su actividad como una herramienta del cambio estructural de la sociedad y como una forma de educación política destinada a consolidar el proyecto revolucionario de los oprimidos.

La educación popular, a través de su orientación y metodología general, quiere significar una contribución a la lucha cultural por constituir una nueva hegemonía ideológica-política del movimiento de masas conducido por el proletariado. Sus objetivos principales consisten en potenciar el acrecentamiento de la conciencia de clase y la elaboración progresiva de una síntesis cultural nacional-popular, estimulando al mismo tiempo la autoorganización de la población en los más diversos terrenos de la vida social. Para lograr esto, se asume la tarea de favorecer la reapropiación y socialización del saber especializado, actualmente monopolizado por la clase dominante. Aquí es donde se insertan los programas de capacitación científico-técnicos, histórico-sociales o político-culturales. Pero no se trata de proporcionar una formación meramente académica, sino de un esfuerzo educativo que intenta responder a las necesidades más sentidas, en medio de las luchas reivindicativas de los trabajadores. Proceso en el cual se establece una comunicación dialogal, y donde los educadores se dejan educar por los educandos sin aspirar a un fácil "sustituisimo" o a la imposición de esquemas mentales. Por eso no tiene nada que ver con un nuevo adoctrinamiento o con la transmisión de "ideas enlatadas", sino más bien con una efectiva transferencia de instrumentos de análisis y de saber al pueblo. Pues lo que en definitiva se persigue, en esta dinámica pedagógica, es activar su capacidad transfor-

madora de la historia, despertando su memoria colectiva y fortaleciendo sus expresiones culturales más propias. Desarrollando así el espacio de la conciencia no alienada ni absorbida por la penetración ideológica de la clase dominante, se va depurando el "sentido común" elemental de las masas a fin de extraer y rescatar el "buen sentido". Este núcleo sano del saber popular constituye el "embrión" de una renovada concepción del mundo y de la historia capaz de cohesionar y motivar, incesantemente, su praxis revolucionaria. Motivo por el cual debe traducirse, desde el primer momento, en un apoyo real a las instancias organizativas ya existentes y a la aparición de nuevos organismos autónomos de clase en las distintas esferas de la práctica social.

La dirección del proceso educativo intenta formar la conciencia inmediata de los sectores populares con el objetivo de ir superando, paulatinamente, el desfase que se produce entre las movilizaciones más o menos organizadas de resistencia y contestación, y la autoconciencia de estas acciones. Como en este ámbito se va avanzando por ensayo y error, todavía no se cuenta con un método pedagógico claramente definido y plenamente elaborado. Sin embargo, se estima que el "punto de partida" obligado debe ser la vida cotidiana de las masas y el saber popular en todas sus dimensiones. Así es como el factor religioso, que forma parte de la práctica y conciencia del pueblo, no puede ser ignorado. Al respecto se impone también una iniciativa pedagógica que tienda a neutralizar sus aspectos enajenantes, potenciando su carga subversiva. Problematicando la experiencia corriente, el proceso del conocimiento va de lo espontáneo a lo reflexionado, de la seudoconcreción del transcurrir acrítico a la reproducción intelectual de la "totalidad concreta". La repetición del círculo interpretativo fundamental (acción-reflexión-acción), a una escala cada vez más compleja, y dentro del movimiento de totalización dialéctica, de comprensión de las múltiples determinaciones contradictorias del sistema social imperante, debe profundizar el alcance de la lucha organizada de los trabajadores. En todo caso, este resultado constituye el "punto de llegada", a ser verificado y evaluado constantemente. Pero para que no devenga en un itinerario fríamente conceptual, casi impenetrable en su abstracción, hay que afirmar simultáneamente los resortes emocionales y valorativos, a fin de unir sentimiento y razón, imaginación e inteligencia, hasta que se vaya configurando la voluntad colectiva popular-nacional de emancipación.

De este modo, el aporte educativo-cultural interviene desde una perspectiva definida y se desenvuelve en un terreno específico, que no hay por qué confundir con las acciones explícita y abiertamente partidarias. Lo cual no quiere decir que dentro de una realidad social unitaria, no se den entrecruces y encuentros parciales en la prác-

tica. Esto depende de los sectores populares, de los contextos locales, o de los cambios en la coyuntura política nacional. Así, por ejemplo, además de los programas de capacitación básica, nos parece conveniente el apoyar ciertos intentos de organizar las unidades de producción de manera autogestionaria, modificando o rompiendo en parte la lógica del capital, allí donde esto sea factible. No se trata de creer en la posibilidad de construir "islotos" colectivistas en el mar capitalista, sino más bien de propiciar la acumulación de experiencia técnico-social y política, que deberá ser empleada en la transformación radical del sistema. Pues son los mismos trabajadores los que tendrán que asumir, tarde o temprano, la gestión directa de las empresas y de toda la sociedad en su conjunto. Por eso pensamos que la actividad crítico-práctica de la educación popular puede canalizar un trabajo de frente de distintos organismos (partidarios o no), sin que las organizaciones políticas busquen utilizar dichas instituciones sólo como plataformas para implantar su influencia política particular, o como simples "coberturas" para la captación inmediata de cuadros. Actuar en conformidad con este planteamiento, supone respetar la autonomía relativa de la esfera cultural, reconociendo que lo que verdaderamente está en juego es la consolidación del movimiento obrero y popular. Por tanto, si en política revolucionaria se trata de retornar a la inspiración leninista, proponemos desplazar al Lenin que deja malentender que hay que dar "todo el poder al partido", para retomar resueltamente aquel otro Lenin, el de 1917, que lanza la consigna: "¡Todo el poder a los soviets!" Sin embargo, como la historia no se repite automáticamente, se impone la inmensa tarea de estimular las organizaciones de masas que serán capaces de cristalizar algún día la democracia proletaria y popular. Así, la revolución socialista en el Perú significará la integración nacional dentro de una sociedad encaminada a instaurar la eliminación de la explotación, suprimiendo toda división entre gobernantes y gobernados, y posibilitando la máxima realización de los individuos.

ESTRATEGIA GRAMSCIANA Y DEMOCRACIA BURGUESA

Carl Boggs

El presente texto es un extracto del artículo de Carl Boggs acerca de "Gramsci y el eurocomunismo" aparecido en Radical América (Vol. XIV, Nº 3, may-jun. 1980). Lo publicamos por considerar que además de un aporte a la diferenciación del pensamiento de Gramsci respecto de sus mistificaciones eurocomunistas, el texto de Boggs hace señalamientos útiles para comprender aspectos del actual proceso "democrático-electoral" de una parte de la izquierda peruana, sobre todo en lo tocante a las relaciones entre democracia burguesa y luchas de los trabajadores. Sobre este último punto hemos publicado en nuestro número anterior un artículo acerca de "Los usos de la democracia burguesa".

DE no haber sido Gramsci uno de los fundadores y primeros líderes del comunismo italiano, es imposible que su legado teórico hubiera sido tan entusiastamente reavivado para la política contemporánea del eurocomunismo. Pues, como enfatizaré, el pensamiento de Gramsci fue de hecho, *consistentemente* y aún severamente, antagónico a los temas, estrategias y objetivos que caracterizan el camino democrático: electoralismo, sindicalismo economicista, bloque antimonopólico, evolucionismo político y transformación interna del estado burgués. Desde los primeros años (incluyendo la fase de los consejos de fábrica), pasando por la formación del PCI y hasta el período final de encarcelamiento y los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci —cualquiera que fueran sus cambios de énfasis— insistió en que la transición al socialismo requería la *destrucción* total de las instituciones políticas burguesas, lo que significaría un rompimiento fundamental con todo el sistema capitalista y la construcción de una nueva y revolucionaria forma de autoridad. El cambio de las condiciones y los métodos de lucha puede requerir una reformulación de tácticas, pero este objetivo *estratégico* debe permanecer siempre en el foco. Para Gramsci, la tarea principal —ya sea en condiciones de crisis o de estabilidad— fue la creación de una red de instituciones y de una cultura proletaria independientes.

En sus escritos iniciales, Gramsci ya había desarrollado una poderosa crítica a la forma en que la actividad electoral-parlamentaria y el sindicalismo habían llegado a dominar la política del Partido Socialista, que de este modo había llegado a inmovilizarse y era incapaz de asumir las luchas anticapitalistas. La dificultad estaba en que el sistema de partido, los sindicatos y el parlamento habían evolucionado fundamentalmente en el terreno de la democracia burguesa y que, si bien tales estructuras podían ser utilizadas para luchas de masas tácticas, limitadas, no podrían llegar a convertirse nunca en instrumentos para el avance de metas revolucionarias; a pesar de su apariencia "neutral", funcionan normalmente para legitimar el poder y los intereses de la burguesía. Desde la perspectiva de Gramsci (la de izquierda revolucionaria dentro del partido socialista) el profundo fracaso del partido y de los sindicatos estuvo marcado por una declinación interna de la expresión y el espíritu populares.

Gramsci caracterizó al partido Socialista de antes de 1920 como una inactiva "conglomeración de partidos". Incapaz de tomar la iniciativa, alteró y cambió sus colores para satisfacer los requerimientos de la obtención de votos y de las conveniencias institucionales. Sin ser un abstencionista por principio, a la manera de su oponente político Amadeo Bordiga (quien rechazaba completamente toda forma de actividad parlamentaria), Gramsci argumentó que la participación socialista en la política electoral tenía sentido sólo hasta tanto forzara a la burguesía a revelar su "compromiso fraudulento con la democracia", provocara una reacción autoritaria, y de este modo abriera las puertas a la crisis y al levantamiento de masas. La meta era inmovilizar el parlamento "despojando de la máscara democrática el rostro ambivalente de la dictadura burguesa y revelándolo en toda su horrible y repugnante fiereza". Gramsci se refirió al "circo parlamentario" —una pantanosa esfera pública diseñada para engañar a las masas en la creencia de que el cambio real puede ser alcanzado sólo a través de la acción electoral y reformista— fuera del cual y contra el cual finalmente, tiene que ser dirigida la política revolucionaria. Del mismo modo que "la acción sindical, dentro de su propia esfera y usando sus propios métodos, se reveló completamente incapaz de destruir la sociedad capitalista; se ha revelado incapaz de conducir al proletariado a su emancipación...". Desde el punto de vista típico de sus ensayos en el *Ordine Nuovo*, Gramsci plantea: "El sindicalismo se ha revelado nada más que como una forma de la sociedad capitalista y no un sucesor potencial de esta sociedad. Organiza a los trabajadores no como productores, sino como asalariados, es decir, como criaturas del régimen de propiedad privada capitalista, vendedores de su mercancía trabajo". Al final, sintió que los sindicatos reproducían estre-

chos intereses personales, mercantilismo e individualismo, en lugar de solidaridad revolucionaria. Aun más, tanto en el caso de los partidos como de los sindicatos, sus crecientes estructuras burocráticas produjeron una política alienada alejada de la propia actividad de los estratos populares.

La crítica involucró no sólo un ataque a las instituciones y procesos *específicamente* italianos a los que Gramsci observó cercanamente en su propia práctica, sino un rechazo más global de la democracia burguesa en tanto dominio significativo de la lucha política. Escribiendo en una época de masivos levantamientos populares y de optimismo revolucionario, Gramsci insistió en que estas formas eran parte de la totalidad burguesa que debía ser trascendida. Así: "...el proceso revolucionario sólo puede ser identificado con un movimiento espontáneo de las masas trabajadoras que estalla por el choque de las contradicciones inherente al sistema social caracterizado por el régimen de la propiedad capitalista. Cogida en las pinzas de los conflictos capitalistas y condenada sin apelación a la pérdida de los derechos civiles e intelectuales, las masas rompen con las formas de la democracia burguesa y dejan atrás la legalidad de la constitución burguesa". Gramsci agregó que el movimiento socialista debía "difundir incesantemente la convicción de que los actuales problemas de la economía industrial y agrícola, sólo pueden ser resueltos fuera del parlamento, contra el parlamento, por el Estado de los trabajadores". Con cada avance del movimiento, de la movilización dentro de los centros de trabajo y de las comunidades, las viejas estructuras perderán su credibilidad (y legitimidad) y tomarán crecientemente el carácter de "vacíos cascarones".

Gramsci sostuvo que una falacia de todos los esquemas marxistas previos había sido "la aceptación de la realidad histórica producida por la iniciativa capitalista", lo que significa ocuparse del Estado *existente* como algo que debe ser tomado o transformado. Era necesaria una nueva aproximación a la política y el poder: "Estamos persuadidos, después de la experiencia de las revoluciones Rusa, Húngara y Alemana, que el Estado socialista no puede emerger desde dentro de las instituciones del Estado capitalista, sino que es fundamentalmente una nueva creación en relación a ellas, si no a la historia del proletariado". No la conquista del poder, sino un *proceso* de desarrollo revolucionario inscrito en cada día de la vida del proletariado y culminando en nuevas formas, esta fue la premisa básica de la teoría del *Ordine Nuovo* de Gramsci.

Planteada la quiebra estratégica de las instituciones burguesas, Gramsci buscó inspiración en la traducción sindicalista. Escribió que, "...la solución a los acuciantes problemas del período actual puede

encontrarse sólo en un centro de poder estrictamente proletario" —esto es, los consejos de fábrica (que ya habían aparecido en Turín y en otros lugares) y las asambleas populares o "soviets", que, a medida que el movimiento progresara difundirían el estilo ruso. Los consejos y los soviets, como órganos de una directa y enraizada democracia, serían los núcleos de un Estado revolucionario que —opuestamente al aparato estatal burgués centralizado— daría expresión a los históricos principios de emancipación del control y al autogobierno de los trabajadores. Como estructuras creadas por los trabajadores mismos en el nivel de la producción, ampliarían el campo de la democracia y canalizarían la revuelta popular *contra* los mecanismos políticos establecidos. Aún más, los órganos locales ensancharían la real definición de "lo político", abriendo más espacio para el compromiso psicológico en el proceso revolucionario: "La existencia de los consejos da a los trabajadores responsabilidad directa en la producción, los conduce a mejorar su trabajo, instituye una disciplina consciente y voluntaria, y crea la psicología del productor, el creador de la historia".

Gramsci y el surgimiento del comunismo italiano

Con la parálisis del Partido Socialista en medio de la crisis y después del colapso del movimiento de los consejos en 1920, Gramsci y el grupo del *Ordine Nuovo* comenzaron a guiar las fuerzas en la formación del nuevo Partido Comunista. La política del PCI —y también de Gramsci— estaba moldeada por la Revolución Bolchevique, la Internacional Comunista y lo que se entendía por leninismo. Estando de acuerdo con la concepción de un partido revolucionario disciplinado, el "leninismo" de Gramsci era menos vanguardista que algunas tendencias italianas porque continuaba remarcando el papel de las formaciones "nacionales-populares" tales como los consejos y los comités de trabajadores y campesinos de reciente formación. Y a pesar que la propia perspectiva de Gramsci fue menos insurreccional durante 1921-1926 que en los años precedentes, permaneció hostil a las instituciones políticas burguesas tan incondicionalmente como siempre. Así, mientras que las estructuras democráticas locales recibían menos atención en los escritos del PCI de Gramsci, era aún evidente la búsqueda de una síntesis "prefigurativa" del partido y los consejos. Finalmente, si bien el ascenso del fascismo influenció agudamente las prioridades del PCI durante este período (específicamente después de 1924, cuando la dirigencia se trasladó a la facción del *Ordine Nuovo*) Gramsci todavía se centraba sobre la inmediatez de los objetivos socialistas. Lo que para Gramsci significó la táctica del "frente unido", en contraste con la perspectiva del Frente Popular posteriormente adoptada por Togliatti, fue un proceso de movilización masiva que fusio-

naba las luchas antifacista y anticapitalista, dirigido no sólo contra el régimen de Mussolini, sino contra la dominación burguesa en general.

El significado real de la presencia temprana del PCI en la sociedad italiana, tal como Gramsci lo vio, fue su encarnación de una identidad revolucionaria. Por primera vez, por medio del Partido Comunista, la clase trabajadora estuvo en condiciones de romper con las tradiciones políticas burguesas y con el "estado parlamentario burgués"; el PCI abrió la posibilidad de un desarrollo socialista "autónomo" dentro de un "nuevo estado". El objetivo histórico del partido —aún si no efectivamente avanzado en los primeros años— era crear las bases de la democracia socialista sobre las cenizas de la democracia burguesa, asistir a la "explosión de nuevas instituciones democráticas" que se "contrapondrían al parlamento y lo remplazarían". Gramsci planteó, de un modo típico para este período, que "es una precondition necesaria para la revolución que ocurra en Italia la completa disolución de la democracia parlamentaria". Romper con las tradiciones burguesas significaba también un abordaje crítico (aunque de algún modo ambiguo) a los sindicatos, a los que Gramsci veía como una "fuente de ideología burguesa y de disciplina capitalista". En esto atacaba la tendencia inicial del PCI de apartarse completamente de las luchas sindicales en nombre del "purismo". Gramsci impulsó una estrategia de creación de grupos revolucionarios dentro de las fábricas, alrededor de los consejos y comités, que pudieran extender estas formas fuera de la jerarquía sindical y "ampliar la esfera de actividad".

Posteriormente, aún después de la consolidación del poder fascista, Gramsci retornó a los primeros temas del control obrero y la democracia revolucionaria. Planteó que la revolución estaba todavía en la agenda, no importa cuán ruidoso fuera el llamado de los socialistas hacia una postura esencialmente defensiva para combatir el fascismo. La línea del PCI era "opuesta tanto a la oposición constitucional como al fascismo —aún si la oposición constitucional enarbola un programa de libertad y de orden que podría ser preferible al del fascismo, de violencia y poder arbitrario". En las apreciaciones de Gramsci, la fuerza del fascismo era ilusoria; no había creado nada más que una falsa integración nacional, dejando al régimen vulnerable a nuevas crisis y renovados ciclos de movilización de masas. Anticipando una insurgencia democrática masiva contra el gobierno de Mussolini, Gramsci difícilmente consideró una escena basada sobre una estabilidad política de larga duración.

En las "Tesis de Lyon", un documento estratégico y programático escrito para el Tercer Congreso del PCI en enero de 1926, Gramsci empieza a traducir el marxismo y el leninismo al lenguaje de la his-

toría y la política italianas. Su principio rector fue la "democratización" de la estrategia leninista para adaptarla a las condiciones más complejas del capitalismo europeo; el partido revolucionario era aún indispensable, pero la conquista actual del poder tendría que estar más basada en los movimientos populares y en el consenso ideológico de lo que fue el caso de Rusia. A partir de esta premisa, Gramsci planteó que la transformación socialista tendría que moverse más allá de los límites tanto del vanguardismo (que enfatizaba una rápida captura insurreccional del poder y fórmulas organizacionales rígidas) y el reformismo social-demócrata (que apuntaba a una reestructuración interna del estado burgués). Si bien la "Tesis de Lyon" es citada algunas veces como el punto de partida del PCI por el camino democrático (posiblemente refrendado por Togliatti), una interpretación de esta naturaleza confunde la focalización de Gramsci sobre la participación colectiva como un elemento de la democracia socialista, con un compromiso estratégico con las instituciones democrático-burguesas. Sobre este problema Gramsci no hizo concesión alguna: la tarea fundamental del PCI era "organizar y unificar al proletariado industrial y rural para la revolución y la creación del Estado de los trabajadores", poniendo "ante el proletariado y sus aliados, el problema de la insurrección contra el Estado burgués...".

Estos temas fueron continuados y elaborados teóricamente en los *Cuadernos de la Cárcel*. Sacado por primera vez de la actividad política diaria, víctima de la represión fascista, Gramsci desarrolló un más pronunciado "jacobinismo" o marxismo-leninismo. A pesar de su obsesión por la lucha antifascista (o quizás a causa de ello), Gramsci dedicó gran atención a los problemas de la identidad revolucionaria, el papel transformador del partido y la función directiva de los intelectuales. Al mismo tiempo, revisó su apreciación del fascismo: el régimen no sólo era más estable de lo que él había predicho sino que su difusa ideología reaccionaria correspondía a ciertos elementos difundidos ya, presentes en la conciencia de las masas. Así, si bien Gramsci continuó enfatizando los objetivos revolucionarios —estando las condiciones objetivas para el inicio de la transición al socialismo tan maduras como siempre— adoptó una perspectiva de largo plazo. La "forzada integración" del fascismo hacía menos posible una inmediata insurrección popular. Esto produjo un cambio en los análisis de Gramsci hacia la dimensión "subjetiva", en los *Cuadernos de la Cárcel*, en los cuales las preocupaciones sobre la renovación filosófica, la práctica, la conciencia de masas, la hegemonía ideológica y el rol de los intelectuales, dieron nueva profundidad y complejidad a su teoría del partido y de la transición.

El concepto de "hegemonía" permitió a Gramsci avanzar más allá del vanguardismo estrecho y unilateral de Lenin. Desde el punto de

vista de Gramsci, de lo que carecía el marxismo ortodoxo era de una comprensión de las formas de control ideológico y de manipulación, a menudo sutiles pero penetrantes, que servían (junto con la represión) para sostener todas las instituciones burguesas. La idea de hegemonía llenó este vacío, llamando la atención sobre el papel de las diversas concepciones del mundo o "principios de organización" (compuestos de sistemas de creencias, valores, mitos, costumbres, etc.) en la reproducción de la sociedad capitalista, no sólo dentro de las esferas del Estado y la producción, sino a través del sistema educativo, el medio y la cultura, la religión, la familia, y la vida cotidiana. En la medida en que las ideologías prevaletentes son internalizadas por la población en general, toman el carácter del "sentido común". Esto fue la fuente de la perspectiva dual de Gramsci, que correspondió a sus famosas categorías de "guerra de movimiento" y "guerra de posición", y que pueden ser aproximadamente traducidas a las fases amplias de la política socialista: la lucha insurreccional por el poder y (lo que necesariamente la precede) la subversión de la hegemonía ideológica. Para que cualquier movimiento tenga éxito, tendría que llegar a constituirse en "contra-hegemónico". Tendría que socavar la dominación burguesa en todas las esferas de la sociedad civil —las relaciones sociales y de autoridad, la producción, la cultura y la educación— antes que los "asaltos frontales" contra el Estado pudieran ser efectivos. La destrucción de las viejas instituciones fue vista por Gramsci como una fase singular en la modificación histórica a largo plazo de las fuerzas sociales, que ocurre "debajo de la superficie" de las estructuras formales burguesas.

La política contra-hegemónica podría así ser conducida contra, y no a través de, el Estado existente, por la movilización de un "bloque social" o "bloque histórico revolucionario". Gramsci utilizó el término "bloque" para referirse a la síntesis histórica de los movimientos populares, definidos por su homogeneidad ideológica y su expresión política concreta, en vez de por categorías sociológicas. Sugería la formación de alianzas populares que trasciendan una rígida base de clases y coincidan alrededor de respuestas psicológicas comunes —como por ejemplo, nacionalismo, anticlericalismo, regionalismo e identidad étnica. Si bien en muchos casos no socialistas, tales llamados pueden servir como catalizadores radicalizantes en momentos históricos particulares, ligando diversos estratos (p.ej. obreros y campesinos) en un movimiento contra-hegemónico. El concepto de "bloque" en Gramsci por consiguiente, significaba mucho más que simples alianzas, coaliciones de élites o grupos políticos o configuraciones inconsistentes construidas con el propósito de ganar nuevas posiciones dentro del Estado burgués. Por el contrario, reflejaba un proceso de movilización revolucio-

naría de masas que conduciría hacia un sistema totalmente nuevo de relaciones sociales y de autoridad.

La fuerza de la teoría y la estrategia de Gramsci derivaba en gran medida del creciente rol de las fuerzas ideológicas y culturales en el capitalismo avanzado. En la medida en que el "leninismo" de los escritos de prisión asimiló también los primeros objetivos de Gramsci, la lucha popular y el control obrero, éste concluyó con una concepción de la transición más dialéctica que la de Lenin, una concepción basada en una relación orgánica y compleja entre el elemento "global" y local, entre partido y consejos, entre el proceso de destrucción del viejo Estado y el de la creación de uno nuevo en su lugar. De este modo Gramsci no sólo compartía la concepción de Lenin de identidad revolucionaria y de total ruptura con las instituciones burguesas; su modelo dualista de hecho, fue mucho más lejos que las premisas estatistas de la estrategia bolchevique, relacionando la política con la vida cotidiana, el objetivo de una revolución social y cultural y la tarea de la construcción de un nuevo Estado socialista democrático.

La Vía Eurocomunista: ¿Gramsci o Bernstein?

Llegamos finalmente a la fabricación eurocomunista de un Gramsci semioficial e instrumentalizado que, en tanto recurso de los sustentadores contemporáneos del camino democrático, guarda poca semejanza con la teoría original del Gramsci. Los conceptos gramscianos básicos han sido mal apropiados o distorsionados por los estrategas eurocomunistas. Las ideas han sido vertidas a una estructura estratégica que las ha despojado de su contenido revolucionario. Si bien este fenómeno es difícilmente nuevo dentro de la tradición marxista, lo que hace diferente el intento por legitimar el reformismo estructural en la teoría de Gramsci, es el grado en que éste ha tenido éxito. Después de todo, el lenguaje parece ser el mismo y Gramsci fue uno de los fundadores (y mártires) del comunismo italiano.

La adopción en la postguerra por el PCI de la "guerra de posición" —una gúfa doctrinaria del eurocomunismo— tal vez refleja mejor este proceso de mistificación lingüística. Para Gramsci, como lo hemos visto, la guerra de posición era realmente sólo un lado de una estrategia dualista que incorporaba también la "guerra de movimiento": mientras que la primera se refería a la fase orgánica, prolongada, de lucha ideológico-cultural y a la transformación de la sociedad civil, la última involucraba la lucha político-militar por el poder institucional. La concepción de Gramsci está basada así, en primer lugar en una reconstrucción de la vida cotidiana (conciencia, relaciones sociales y de autoridad, cultura, etc.) y segundo en el derrumbamiento de viejas ba-

rreras estructurales dentro de un contexto de crisis, polarización de clases y levantamientos populares. Los eurocomunistas han omitido completamente esta segunda dimensión —la guerra de movimiento— y en el proceso han abandonado la posibilidad real de ruptura o rompimiento revolucionario, que ha sido siempre central en el marxismo. Así, mientras que los teóricos del camino democrático prevén crisis económica, esta no es una crisis catastrófica conducente a una lucha intensa de clases y a movilización popular; mientras ven una crisis de legitimidad, ésta no es suficientemente fundamental o explosiva para provocar un ataque al estado burgués. Como lo ha señalado Henry Weber, el eurocomunismo niega de hecho, la posibilidad de una situación revolucionaria en el capitalismo avanzado.

Aún más, la misma guerra de posición ha sido radicalmente redefinida por los eurocomunistas. En lugar de ampliar el terreno de lucha dentro de la sociedad civil, para incorporar nuevas arenas de luchas populares y vida social, como la base de una formación contra-hegemónica suficientemente fuerte para producir un giro en el equilibrio de las fuerzas de clase, lo ha efectivamente reducido al dominio político-institucional burgués. De este modo el PCI, por ejemplo, ha seguido la *vía italiana* (y más recientemente el "compromiso histórico") con el propósito de ampliar el espacio de maniobra dentro de la democracia parlamentaria y de insertar el partido en la administración del poder burgués —en otras palabras, como un medio de asegurar nuevas "posiciones de fuerza" dentro de estructuras que tienen poca conexión orgánica con la existencia social diaria. Y, debido a su éxito electoral, el PCI ha hecho grandes avances en esta dirección. No obstante, consecuentemente ha fracasado en la presentación de una alternativa para la sociedad capitalista o para utilizar su poder en favor de los muchos movimientos populares "emergentes", que han aparecido en Italia desde mediados de la década del 60 (feminista, ecologista, juvenil, y movimientos obreros Rank-and-file).

Los conceptos de "hegemonía" y "bloque social" de Gramsci han corrido la misma suerte. En sus primeros usos gramscianos, la hegemonía reflejaba el lado ideológico de la dominación burguesa; para competir con éxito por el poder la clase obrera tendría que oponer al sistema de hegemonía su propia concepción del mundo o "cultura integrada" —es decir, su propia movilización contra-hegemónica. Nuevamente, es esta dimensión contra-hegemónica, que implica sobre todo la lucha cualitativa por nuevas relaciones sociales y de autoridad, lo que falta en la visión eurocomunista. La "hegemonía" es así reducida a una política no coercitiva, racional —por pluralista— (compatible con la "transición pacífica") o a una estrategia minimalista que se vincula a una mayor influencia dentro de la lógica de la democracia

burguesa. A la vista, desaparece su significado revolucionario. De modo similar, la noción de "bloque social" de Gramsci, o de "bloque histórico revolucionario" estuvo ligada a una formación emergente —una confluencia única de fuerzas sociales que emergen a través de las luchas contra-hegemónicas— que ganaba su primera expresión institucional a nivel de bases. El frentismo del PCI transformó este esquema de movilización popular en una "alianza estratégica" basada en políticas electoral-parlamentarias, coaliciones de élites y una versión de bloque antimonopólico que comprende a sectores de la propia burguesía. El eurocomunismo ha heredado esta mecanicista y elitista concepción de "bloque".

Finalmente, los partidos eurocomunistas —cualquiera que sean sus pretensiones de trazar en realidad la primera ruta democrática al socialismo— hoy en día abrazan lo que Gramsci habría criticado como un falso sentido de "democratización". Para Gramsci, "democracia" significaba democracia proletaria o socialista construida alrededor de movimientos por el control y el autogobierno directo de los trabajadores. Ello suponía una ruptura con las instituciones burguesas y el desarrollo de nuevas estructuras de poder local tales como los consejos, lo que significaba el nacimiento de una clase cualitativamente diferente de política y de poder estatal. Gramsci sostenía que con el capitalismo avanzado las formas parlamentarias llegarían a ser virtualmente impotentes, debilitadas por las usurpaciones del Estado autoritario. La versión eurocomunista de la transformación democrática, con sus raíces en la teoría de las reformas estructurales de Togliatti, busca extender y perfeccionar la democracia burguesa a través de la participación ampliada, la restricción del poder monopólico, la profesionalización del servicio público y la "descentralización" (más poder al gobierno local). Asume que logrando reformas económicas y sociales significativas, y contribuyendo a difundir una ética participatoria, la izquierda puede cortar las desigualdades de poder y de privilegio, sin tener que abandonar las libertades civiles y el sistema multi-partidario.

El problema con esta estrategia de democratización es que a pesar de su carácter aparentemente "progresista" o "avanzado", y a pesar de su apartamiento positivo del centralismo leninista, permanece confinado a los límites del pluralismo burgués. Habiendo rechazado el modelo soviético, ha fracasado en desarrollar una concepción de democracia socialista que desafíe la lógica de la política alienada (la indirecta y desprendida naturaleza del compromiso), del estatismo y de la división social del trabajo. *Concretamente*, la preocupación eurocomunista por el objetivo de un Estado internamente reformado, ignora el papel de los órganos de lucha colectivos —las asambleas de trabajadores y de comunidad, comités de acción y movimientos de base

feministas, estudiantiles y otros— en la producción de una más comprehensiva transformación democrática y socialista. Dejando de confrontar el problema de cómo generar nuevos modos de vida política, de cómo llegar a una relación diferente entre las estructuras políticas y la actividad de las masas, los eurocomunistas se han resistido a enfrentar los reales impedimentos corporativo-burocráticos a la democratización.

Al final, encontramos una estrategia "innovadora" que invoca la mística y el lenguaje político de Gramsci, pero que tiene poco en común con el Gramsci histórico real. Hoy en día, los teóricos eurocomunistas niegan enfáticamente la "actualidad de la revolución" y la posibilidad de la insurrección, la lucha social y el control popular sobre la economía y el Estado —vistos como utópicos y aún peligrosamente "aventureristas". Si bien aún formalmente adhieren a programas anticapitalistas, socialistas, tales afirmaciones están destinadas a devenir abstractas en la medida en que crecen más y más alejadas de los métodos y estrategias —y de la concepción— necesarios para realizarlos.

Esta separación de los objetivos de la estrategia, inherente a un evolucionismo lineal, orgánico, que restringe la transformación socialista a las instituciones burguesas y niega la teoría de "la ruptura", fue la esencia de la democracia social clásica —y la fuente principal de su difícil destino. Entonces, no es Gramsci sino Bernstein, quien emerge como el primer genio teórico creador detrás del sueño eurocomunista de un camino democrático.

Conclusiones

La mala apropiación y la distorsión sistemáticas de Gramsci por los eurocomunistas, plantean problemas que van más allá del destino del marxismo de Gramsci o aun de los mismos partidos comunistas. No es cuestión de preservar la integridad o pureza de las contribuciones de un teórico, ni tampoco de adherirse a la memoria de un período revolucionario ya desaparecido. Tampoco es necesario que probemos que los análisis y la concepción política de Gramsci fueron correctos en el largo plazo, y mucho menos que ellos deben ser directamente aplicados en el contexto presente de los países desarrollados.

El problema es algo completamente diferente: el impacto potencial de fuertes corrientes socialdemócratas en Europa occidental y los EE.UU., en el futuro desarrollo de los movimientos socialistas y progresistas. En tanto que las perspectivas social-demócratas han llegado a ser dominantes —y aún de moda— dentro de la izquierda en un cierto número de países, las presiones favorables a un pragmatismo estrecho parecen insuperables. Por otro lado, tales presiones tienden a li-

mitar la clase de preguntas que pueden ser planteadas; restringen los alcances y posibilidades de la concepción, del lenguaje y de los objetivos revolucionarios. Igualmente estas presiones refuerzan tendencias ya fuertes que insisten en que la transformación social puede equivaler a poco más que a reformas limitadas obtenidas dentro del marco político existente. El eurocomunismo está firmemente situado dentro de esta estratégica concepción del mundo evolucionista, por mucho que proteste contra aquellos que han anticipado su eclipse como una fuerza revolucionaria. Y al igual que anteriores fases de social democratización, está siendo defendido y justificado en nombre de imágenes y símbolos revolucionarios del pasado, que han sido vaciados de contenido político. No es difícil entender porqué esto debe ser cierto. Todas las estrategias de cambio social requieren alguna forma de legitimación teórica. Así como los legados de Marx y Lenin han sido empleados para justificar el centralismo burocrático en la Unión Soviética y en todas partes, en el eurocomunismo la estatura heroica de Gramsci es invocada para racionalizar lo que equivale a un reciclaje de la verdadera socialdemocracia, a la que el propio Gramsci se oponía y detestaba tan fuertemente.

En Europa meridional y en los EE.UU., sectores de la izquierda han tomado los conceptos de Gramsci de lucha ideológica, democracia, participación de masas, alianzas políticas, etc., como un antídoto contra el vanguardismo leninista, la dictadura del proletariado y el modelo soviético del Estado de partido único. Guiados por una asunción simplista de que la única alternativa estratégica está entre un leninismo pasado de moda y un reformismo estructural moderno y "realista", esta concepción asocia inevitablemente el legado de Gramsci con la visión de un camino armónico, lineal y parlamentario al socialismo. Si bien vocea los típicos temas gramscianos —la transformación de las relaciones sociales, la cultura y la vida cotidiana— no explica cómo estos objetivos pueden ser alcanzados sin crear simultáneamente las bases institucionales de un nuevo Estado democrático, sin hacer apremiante el objetivo de la lucha social. De allí que, en medio de la crisis económica y política, encontramos a las corrientes socialdemócratas contemporáneas absorbidas dentro de una lógica burguesa: para el eurocomunismo esto sólo puede significar un refugio dentro de la política de austeridad, de ley y orden, y de influencia burocrática; mientras que para fuerzas similares en los EE.UU. —donde no existe un movimiento socialista de masas— esto significa integración dentro de la órbita del Partido Demócrata.

POLONIA: EL MOVIMIENTO INTELECTUAL DE OPOSICION

Alberto Rocha

Aunque con determinaciones y rasgos específicos, el actual proceso polaco se inscribe en el contexto de la crisis del "socialismo realmente existente" y constituye un momento de maduración contradictoria de las luchas del proletariado de los países de Europa del Este contra los dominadores de un Estado no sólo apartado del control de las masas, sino convertido en instrumento de opresión sobre ellas, a pesar de que ellas fueron la fuerza principal que permitió la existencia de ese Estado. En Polonia, desde las primeras revueltas de Poznan, la clase obrera ha logrado avanzar en su independencia frente al control burocrático. La derrota de los Consejos Obreros de 1970, en los que esa clase pugnaba por instaurar su propio poder, y la confluencia de otros factores internos e internacionales, permite que ahora sea bajo la forma de un sindicalismo de clase, independiente y opuesto al Estado, como continúa la lucha del proletariado por su liberación. Asediado por diversos peligros (el reformismo liberal, la reacción católica e imperialista, los tanques rusos), el resultado de esta lucha no está todavía definido. Pero hasta donde ha llegado, marca un punto de viraje en la lucha contra la burocracia opresiva y constituye una huella que los obreros de los demás países de esa órbita no tardarán en caminar.

Publicamos aquí parte de un trabajo más amplio del c. Alberto Rocha. Hemos elegido estas páginas por referirse a un aspecto poco conocido del proceso polaco. En números siguientes iremos publicando otros materiales sobre Polonia.

HEMOS señalado anteriormente que el conjunto de la oposición al régimen totalitario polaco se compone del movimiento obrero, movimiento intelectual y de la acción por la defensa de los derechos del hombre de la iglesia católica. Estas tres vertientes de la sociedad polaca comenzarán a organizarse y a manifestar a partir de 1956 —la primera insurrección de la clase obrera polaca. Actualmente estas tres fuerzas sociales se encuentran fusionadas en un solo movimiento de oposición, después de haber superado problemas y definido un progra-

ma común de acción. Dos grandes etapas podemos definir en el desarrollo del movimiento intelectual de oposición: la primera etapa va de 1956 a 1968; la segunda de 1972 a 1980.

1. *La Oposición Evolucionista 1956-68*

La insurrección de 1956 se encuentra al origen del nacimiento del movimiento intelectual de oposición. Esta insurrección presionará el régimen hacia un proceso de democratización y de reformas, produciéndose una cierta liberalización en el seno de la sociedad que favorecerá el desarrollo de la vida intelectual y cultural relativamente independiente. Dos corrientes intelectuales de horizontes, sensibilidades y pensamientos políticos diferentes se van a constituir: la Corriente Revisionista y la Corriente Católica.

a. *La Corriente Revisionista*

La Corriente Revisionista está conformada por comunistas liberales, y comunistas rebeldes. Todos ellos buscan abrir un proceso de reformas, de humanización y de democratización del sistema. Quieren una participación crítica en la vida pública y su acción la dirigen desde el interior del Estado-Partido. Se distinguen por su origen marxista con posiciones socialdemócratas, titistas, trotskistas, etc. Son tolerados por el partido a pesar de su anti-sovietismo. Forman parte de esta corriente Władisław Bienkowski, Leszek Kołakowski, Edward Lipiński, Krzysztof Pomian, Wyktor Woroszyński, Adam Wazyk.

b. *La Corriente Católica*

La Corriente Católica trata de representar las aspiraciones e intereses sociales de la masa de creyentes. Es notable por su anti-marxismo, por ser favorable a la alianza con la URSS y por dar su apoyo moderado a Gomulka. Esta corriente es sumamente activa y sus miembros constituyen el Grupo *SNAK*. Fundan la Casa Editorial *SNAK*, publican la Revista *SNAK* (mensual) y la Revista *Tygodnik Powszechny* (semanal). Asimismo son los animadores de varios clubs de intelectuales católicos. Este grupo es tolerado por la burocracia y algunos de sus miembros elegidos en la Dieta. Los intelectuales más conocidos son Stefan Kisielewski, Jerry Zawiejski, Stanisław Stomma, Tadeusz Mazowiecki. Dentro de esta corriente la Revista *Wież*, dirigida por Tadeusz Mazowiecki, expresaría sus posiciones de izquierda. En esta revista se desarrollaron los primeros intentos de vincular las dos corrientes mencionadas, que hasta ese entonces discrepan y desconfían mutuamente.

Las dos corrientes son los primeros núcleos de crítica relativa al sistema. Ambas corrientes son toleradas y coexisten con la burocracia. Su

acción se orienta desde el interior del sistema y participan directamente en las estructuras de este (Estado, Partido, Dieta, etc.), evitando de este modo el conflicto con el poder burocrático. Estas dos corrientes no conforman aún una real oposición, pues son prisioneras de una cierta concepción evolucionista que cree aún en la posibilidad de cambios desde el poder burocrático totalitario. Lo que explica el por qué de la no formulación de un programa político independiente. Esta oposición no constituye aún un movimiento.

e. La Derrota de la Oposición

A fines de la década del 50 y a comienzos de 1960 el POUP dirigido por Gomulka acentúa considerablemente su stalinismo terminando con el débil proceso de democratización y de reformas comenzado en 1956. Esto afectará directamente el desarrollo de las dos corrientes mencionadas. El revisionismo en tanto corriente política es liquidada durante estos años y sus miembros son alejados de todo poder e influencia. Mas su influencia intelectual continuará hasta 1968.

En 1968 se produce la rebelión democrática de los estudiantes en defensa de sus libertades fundamentales. Estudiantes y profesores manifiestan conjuntamente. Los acontecimientos terminan con la represión brutal de las movilizaciones y la destrucción de la oposición. Judíos e intelectuales cargan con la responsabilidad de los fracasos de la burocracia. El poder central burocrático termina con los márgenes de libertad y democracia que aún quedaban y con toda la oposición. Varios intelectuales se ven obligados a emigrar hacia el Occidente. La sociedad será sometida nuevamente a las tinieblas del stalinismo. Siendo calificados estos hechos como la "Revolución Oscurantista" (Wladyslaw Bienkowski) o el "Pogrom Cultural" (Leszek Kolakowski).

d. La "Carta Abierta al Partido Obrero Polaco"

El trabajo de mayor lucidez científica y revolucionaria producido durante la primera etapa es la "Carta Abierta al Partido Obrero Polaco" de Karol Modzelewski y Jacek Kuron. En sus orígenes este trabajo es una memoria inacabada de 128 páginas. Descubierta por la policía, el 14 de noviembre de 1964 en una incursión operada en casa de K. Modzelewski, y requisado. A comienzos de 1965 los dos autores reelaboran el trabajo sobre la base de la documentación del primero, bajo la forma de "Carta Abierta al Partido Obrero Polaco". El documento es depositado en la sede del Comité Universitario de las Juventudes Socialistas, y dirigido a los miembros de la dirección.

La obra se caracteriza por hacer un análisis marxista socioeconómico de la sociedad polaca y por su propuesta de programa político. La burocracia es estudiada en tanto clase dominante que tiene el

monopolio total del poder. Este poder se funda en el control del Estado-Partido. Por otro lado, la sociedad se encuentra desposeída de toda iniciativa y capacidad de decisión, privada de sus libertades democráticas y el hombre privado de sus derechos fundamentales. La clase obrera privada de su organización, de su programa, de sus medios de control y autodefensa, dominada y explotada. La economía es comprendida en tanto proceso dinámico de industrialización, proceso de "producción por la producción", y por lo tanto basada en el beneficio privado de la nueva clase burocrática, y el carácter asalariado de la mano de obra. La crisis económica del sistema es entendida en tanto la contradicción entre el potencial industrial desarrollado y el bajo nivel de consumo impuesto por las políticas de recesión y de austeridad. De allí que estos dos autores proponen la necesidad de la organización de la clase obrera, la necesidad de que esta se dote de un programa político y se constituya en tanto clase revolucionaria. La alternativa para ellos es el camino de los Consejos Obreros, es decir una revolución social.

Esta obra ha sido considerada en Occidente como uno de los primeros documentos marxistas revolucionarios provenientes de los países del Este y la URSS. Este documento es la partida de nacimiento de la nueva y joven generación intelectual de oposición; aquellos que en 1968 eran todavía estudiantes.

2. *La Oposición Revolucionaria 1972-80*

Durante 4 años la Inteligencia polaca de oposición permanece en silencio y completamente dispersa. Durante la insurrección del movimiento obrero de 1970 los intelectuales no tienen ninguna participación. El exilio y la cárcel de muchos de ellos los había debilitado completamente. La insurrección de diciembre de 1970 abrirá nuevas perspectivas para su desarrollo.

A partir de 1972 comienza la reorganización de la oposición intelectual; se configuran tres grandes corrientes que tienden a desarrollar su acción por objetivos comunes basados en una práctica de confianza mutua y de solidaridad. Las tres corrientes vienen de horizontes diferentes pero todas parten de la misma realidad social.

a. *La Corriente Pos-Revisionista*

Esta corriente es de filiación marxista, se organiza alrededor de los principales dirigentes del movimiento estudiantil del 68 y de algunos miembros de la antigua Corriente Revisionista. Sus figuras más conocidas Jacek Kuron y Adam Michnik.

b. La Corriente Católica

Esta segunda corriente es de tradición anti-marxista, defiende los derechos del hombre y tratan de proteger la cultura y las tradiciones nacionales de la influencia soviética. En esta nueva etapa sus componentes no desarrollan ningún tipo de colaboración con el régimen totalitario. Entre sus principales animadores tenemos Tadeusz Mazowiecki, Bohdan Cywinsky, Andrej Staniszkis, etc.

c. La Corriente Liberal

Formada por una heterogeneidad de intelectuales anti-comunistas de marcado nacionalismo.

El programa común general de estas tres corrientes es la creación de una Polonia Democrática y Libre. Las tres corrientes trabajan por la organización y la movilización de todos los adversarios del régimen totalitario en un nuevo y amplio movimiento de oposición.

d. La "Carta de los 59"

En 1975 la oposición intelectual manifiesta públicamente contra el "Proyecto de Nueva Constitución" que trata de imponer el régimen. En este proyecto se sanciona el monopolio político del POUP y la dependencia de Polonia respecto de la Unión Soviética. Es sumamente conocida la "Carta de los 59", apoyada por más de 40,000 personas, que critica estos dos postulados y reclaman libertad de conciencia y de práctica religiosa, libertad de trabajo, de palabra e información, libertad de investigación. El texto del "Proyecto de Nueva Constitución" será corregido, vista la hostilidad unánime de la oposición ante la pérdida de la soberanía del Estado y la Nación. Con este acto la oposición trata de implementar una crítica parcial, de controlar y desenmascarar lo arbitrario e ilegal del poder central burocrático. Hasta el momento la oposición se reorganiza y actúa clandestinamente.

e. El KOR

1976 nueva insurrección obrera. La oposición intelectual reacciona inmediatamente. En setiembre de 1976 se forma el KOR —Comité de Defensa de los Obreros— impulsado por la Corriente Pos-Revisionista. Su objetivo dar ayuda jurídica, médica y financiera a las víctimas de la represión. Es la primera organización independiente que se constituye en Polonia sin el consentimiento del poder central. Esta organización representa la izquierda de la oposición. Como resultado de la acción emprendida va a devenir sumamente popular, pues logra la libertad de todos los prisioneros, obtiene la reintegración a sus trabajos de los despedidos y pone fin a todas las torturas. Alexander Smo-

lar es sumamente rotundo en el balance de la acción del KOR: "Jamás en la historia de los Estados Comunistas un grupo de individuos ha sabido organizarse y arrancar al poder concesiones tan importantes gracias a la sola popularidad de su acción".

El 29 de setiembre de 1977 el KOR hace un Balance de su Acción y decide transformarse en el Comité de Autodefensa Social — KOR. Sus objetivos:

—Luchar contra toda forma de represión por razones políticas, religiosas, raciales y dar ayuda a las personas perseguidas por tales motivos;

—Luchar contra toda violación de la ley y ayudar a aquellos que son sus víctimas;

—Luchar por el respeto institucional de los derechos y de las libertades cívicas;

—Sostener y defender toda iniciativa social que tienda a poner en práctica los derechos del hombre y del ciudadano.

Esta nueva organización se va a desarrollar rápidamente y su acción será cada vez de mayor envergadura. Actualmente cuenta aproximadamente con 5,000 miembros, de los cuales 32 figuran formalmente. En 1977 fundaron la Editorial Independiente *Nowa*, animada por Mirosław Chojeć. Publican un *Boletín de Informaciones* con un tiraje de 6,000 ejemplares, dirigido por J. Kuron y A. Michnik; un boletín para el movimiento democrático, *Głos (Voz)*, con un tiraje de 3,000 ejemplares y dirigido por Ludwig Dorn; un periódico bimestral *Robotnik (El Obrero)*, con un tiraje de 30,000 ejemplares, para el movimiento obrero, dirigido por Jan Litynski.

f. ROPCIO

Después de la experiencia del KOR otras organizaciones se han constituido. El Movimiento por la Defensa de los Derechos del Hombre (ROPCIO) se funda en marzo de 1977. Se distinguen por su apoliticismo y por abogar en defensa del pluralismo político dentro del movimiento de oposición. Publican la revista político social *Opinia* y la organización es animada por el historiador Leszek Moczulski y se encuentra ligada a una cierta tradición católica.

g. PPN

La Entente Polaca por la Independencia (PPN) es un grupo clandestino que difunde su programa en 1976. Luchan por la independencia política de Polonia y se caracterizan por sus posiciones liberales y nacionalistas.

h. DIP

El Grupo Experiencia y Porvenir (DIP) se funda en noviembre de 1978. Muy próximos del poder central, no critican las relaciones existentes con la Unión Soviética y reconocen el rol "dirigente" del partido. Consideran que Polonia atraviesa una crisis profunda y generalizada y proponen reformas para salir de ella. Durante el verano de 1979 publican un documento que causará una gran polémica en el seno de la oposición: "Informe Sobre el Estado de la República y Sobre las Vías que Conducen a su Saneamiento". En este trabajo hacen una descripción y análisis crítico general de la sociedad polaca. Sus principales animadores Stefan Bratkowski (periodista) y Andrej Wielowiejski (economista).

Los últimos años de la década del 70 están marcados por el gran desarrollo intelectual y cultural del movimiento de oposición. Varias casas editoriales clandestinas se van a fundar, *Clin*, *3 de Mayo*, *Joven Polonia*, etc. Asimismo nuevas publicaciones clandestinas aparecerán. La Revista político literaria *Zapis*, publicada por la Editorial Nova, tiene un tiraje de 2,000 ejemplares, y en ella escriben intelectuales de renombre. La Revista *Krytyka*, trimestral político de orientación socialista, influenciada por Kuron-Michnik. *Bratniak*, revista bimestral de política, editada en Gdansk con un tiraje de 3,000 ejemplares, en relación al Grupo Polonia Joven. *Aspekt*, órgano del Movimiento Democrático Libre. *Placowka*, con un tiraje de 10,000 ejemplares representa al Movimiento Campesino. *Respublika*, publicado en Varsovia, es de tendencia liberal. *Puls*, *Gospodarz*, *Spotkania*, etc. Los obreros del Astillero Lenin de Gdansk publican su periódico semilegal *Robotnik Wybrzeza*, y durante la última huelga han publicado su periódico *Solidarnosc*. De otro lado, ensayos y trabajos de diferente índole circulan clandestinamente, y la producción literaria ha florecido considerablemente.

i. La Fusión

Los acontecimientos del verano de 1980 encuentran un movimiento obrero y un movimiento intelectual fusionados en un solo movimiento de oposición. Lo más importante es que tras este movimiento se organizaba y metamorfoseaba la sociedad entera. El poder central burocrático será de esta manera impedido de utilizar la violencia y la represión. Las negociaciones pacíficas, expresión de la confrontación de dos correlaciones de fuerzas y de poder, serán necesarias para salir de la crisis. Digamos relativamente pacíficas, pues un sector del movimiento intelectual, su ala izquierda, en prisión, será impedido de participar en estos acontecimientos. 1980 es el fenómeno revolucionario que el movimiento obrero forjó en la inteligencia y en la sociedad en-

tera, y la fuerza de las ideas que la inteligencia propagó en el movimiento obrero.

3. *La Teoría de la Resistencia y de la Organización Independiente de la Sociedad: Jacek Kuron*

Hemos visto que el movimiento intelectual de oposición ha pasado por dos etapas históricas de su desarrollo político. Cada una de estas etapas definen un determinado pensamiento y prácticas concretas, diferentes concepciones de sociedad y de universo. Sobre todo la segunda etapa es decisiva en la medida que la inteligencia se organiza en tanto movimiento intelectual de oposición, es decir en tanto movimiento independiente del poder central burocrático. La inteligencia desarrollará un gran esfuerzo de producción y de teorización intelectual, proponiendo nuevas alternativas al conjunto de la sociedad. Tres intelectuales se destacan netamente por la calidad de sus trabajos. Leszek Kolakowski sumamente conocido por sus "Tesis Sobre la Esperanza y el Porvenir". Adam Michnik remarcable por sus trabajos "El Nuevo Evolucionismo" y "La Iglesia y La Izquierda — El diálogo Polaco". Jacek Kuron, el intelectual más representativo de la Oposición, es notable por su trabajo "Por una Plataforma Unica de la Oposición", y sus artículos "La situación actual y el programa de la Oposición", y "Antes que todo reforzar la autogestión", etc. Todos los trabajos mencionados han sido escritos en la década del 70 a excepción del segundo artículo de J. Kuron escrito durante los acontecimientos de 1980. En ellos encontramos desarrollado el pensamiento de la oposición intelectual durante su segunda etapa: el análisis crítico del sistema social, la composición y formas de organización de la oposición y las alternativas a proponer al conjunto de la sociedad son los diferentes problemas y reflexiones que han dado coherencia y madurez al pensamiento político del movimiento.

En las líneas que siguen nos limitaremos a presentar los planteamientos fundamentales del pensamiento de J. Kuron.

Respecto del origen del sistema totalitario considera que fue impuesto a Polonia por las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética, hace 35 años. Entonces el Estado Polaco no es soberano, el país se caracteriza por su dependencia política y económica de las URSS. Asimismo la burocracia nativa y su partido son dependientes ideológica y políticamente de los intereses de la burocracia soviética. Estas características del Estado y del partido, así como la geopolítica del país, se tornan en los límites del movimiento de oposición, pues derrocar el poder de la burocracia traería como consecuencia la intervención militar de la Unión Soviética. La cuestión del poder no es condición si-

ne qua non para el desarrollo del movimiento de oposición en la presente etapa.

El sistema sociopolítico se funda en el monopolio total de las decisiones y en el control general de toda iniciativa social. La sociedad se encuentra completamente desposeída y sometida por el poder absoluto del Estado-Partido de la burocracia. "El sistema sociopolítico Polaco puede ser definido como un conjunto de condiciones lo más aptas a proporcionar al partido y al gobierno un control absoluto sobre la existencia de los individuos... Las mismas autoridades controlan igualmente la radio, la televisión, las ediciones, las escuelas, la policía, la justicia, las universidades, las instituciones de investigación, los clubs deportivos y las diversas organizaciones... Nosotros somos el objeto de un mismo control central".

La crisis que atraviesa el sistema es inherente a él mismo e incapaz de resolverla. Solamente una solución es posible en el marco de verdaderas negociaciones entre las autoridades oficiales y el pueblo en general. La oposición democrática debe tomar la iniciativa proponiendo un programa de reformas, es decir un programa de soluciones económicas, sociales y políticas que permitan tratar la crisis. Se trata de lanzar un movimiento de presión social.

La oposición es un movimiento social de todos los que resisten al actual sistema político-económico, conformada por el movimiento obrero, el movimiento campesino, el movimiento cristiano (La Iglesia) y el movimiento intelectual y de estudiantes. Esta oposición se caracteriza por sus principios de insurrección moral y de radicalismo social; y en tanto movimiento se funda en la cooperación de todos sus componentes.

La oposición es un movimiento de resistencia de masas contra el Estado-Partido Totalitario, es un movimiento de protesta abierto y organizado, basado en la solidaridad de sus componentes y en la autodefensa nacional. El movimiento de oposición se propone que la sociedad se organice independientemente del poder central estatal; que la sociedad se autoorganice en movimientos, instituciones y asociaciones independientes y autogestionados. De esta manera se trata de imponer un pluralismo sin autorización, defender las libertades democráticas, los derechos del hombre y del ciudadano, cuestionar radicalmente el sistema y retomar la iniciativa social. Por una Polonia Democrática y Libre.

Conclusiones

Los acontecimientos del verano 1980 han metamorfoseado la sociedad polaca en un proceso de autoorganización independiente a ni-

vel nacional y al interior de ésta el movimiento de oposición ha desarrollado una correlación de fuerzas también a nivel nacional. El proceso es irreversible y por eso el triunfo del movimiento de oposición, cuya fuerza fundamental la constituye el movimiento obrero, es una semirrevolución. La primera que sale victoriosa en el conjunto de países del Este y la URSS.

La clase obrera polaca pasando por las insurrecciones de junio de 1956, diciembre de 1970 y verano de 1976 es la legítima gestadora de la semirrevolución del verano de 1980. Quiere decir que esta clase ("en sí") ha adquirido su propia personalidad política, se ha independizado ideo-política y organizativamente del poder central burocrático y de las estructuras del partido y sindicato oficiales ("para sí"). Este es el proceso sociopolítico que Marx definiera como "La Autoorganización de la Clase", el camino de la Comuna de París, de Los Soviets, de los Consejos Obreros, etc.

En constante interacción con la clase obrera y en un mismo proceso se ha desarrollado un movimiento intelectual de oposición, de diferentes tendencias políticas y agrupadas en diferentes organizaciones, que sobrepasando toda práctica 'vanguardista' (el Vanguardismo es un movimiento de capas medias [intelectuales, estudiantes y empleados] que adopta la ideología del proletariado [socialismo, revolución, etc.] y el marxismo y se constituye en partido político, no para contribuir a que la clase obrera haga la revolución sino para sustituirla completamente en su tarea histórica) se ha fusionado al movimiento obrero constituyendo un solo y gran movimiento de oposición.

La burocracia constituye una nueva clase social, vacía ideo-políticamente, sin perspectivas históricas y dependientes de los intereses estratégicos de la burocracia de la Unión Soviética. Esta clase ha perdido consenso social en el conjunto de la sociedad polaca y solamente resta que tire de lado la doctrina oficial del "marxismo-leninismo" (caricatura de marxismo y de leninismo) para presentarse en su real naturaleza de dominación y explotación.

El "socialismo realmente existente", entendida como una formación social concreta, se encuentra en crisis y las perspectivas son a que esta se agudice. Polonia es atravesada por una contradicción fundamental, Estado-Partido-Sociedad, y este conflicto avanza rápidamente a su polarización con el aislamiento de la burocracia y el fortalecimiento del movimiento general de oposición. Una revolución será inminente, como inminente el socialismo que nunca fue construido.

No se trata de la crisis de hegemonía de la nueva clase burocrática, ni de la crisis del sistema Estado-Partido solamente, lo que nos haría pensar en una revolución política, se trata de la crisis global de

una formación social, por tanto la revolución será total, es decir una Revolución Social que transforma profundamente las estructuras económicas, jurídico-políticas e ideológicas y el modo de vida.

La revolución y el socialismo en Polonia serán posibles si se desarrollan y fortalecen los movimientos revolucionarios en el conjunto de los países del Este y la URSS, cuestionando el poder central burocrático en cada uno de estos países. Y todo esto está en relación íntima con el avance de la revolución socialista al interior del sistema capitalista internacional. El debilitamiento político de los dos grandes centros de hegemonía mundial (EE.UU y URSS) abrirá las fronteras al Oeste como al Este.

El triunfo de la clase obrera polaca ha abierto nuevamente las puertas del porvenir socialista al Este. La burguesía occidental, "si interesada" por estos acontecimientos, se equivoca totalmente: la bipolaridad mundial no es el combate del movimiento de oposición polaco, ni tampoco el nuestro.

REAGAN Y LA INFLACION INELUDIBLE

Harry Magdoff - Paul Sweezy

EN un editorial publicado un día después de que Reagan derrotara a Carter, el *New York Times* escribía:

"Los votantes comprendieron muy bien que ningún hombre sabe realmente qué hacer acerca de la economía, de los ciclos de decaimiento, de una inflación cada vez mayor y del estancamiento. Con todo, ese es el tema al que la nueva administración debe dedicarse sobre todo. Sin una economía estable, no puede haber un desarrollo social significativo o una defensa y diplomacia efectivas. Y solamente un liderazgo sostenido y extraordinariamente político producirá una economía estable.

Una generación completa le ha fallado a la nación en un problema crucial tras otro. Una vez que se haya barrido el confetti y se hayan empaquetado las banderolas, es el resentimiento de las gentes por aquellos errores lo que debiera preocupar a los nuevos líderes en los próximos cuatro años". (Noviembre 5, 1980).

La situación es aún peor de lo que se informa a los lectores del *Times*. No solamente nadie sabe qué hacer sobre la economía: ningún hombre ni consejero alguno ni el que escribe el editorial del *Times* conocen las causas de los ciclos debilitantes de los cuales se quejan y contra los cuales hablan. Son muy cuidadosos en protegerse contra el descubrimiento de lo que se ha convertido en el secreto mejor guardado de la nación.

La razón para esta autoforzada ignorancia no hay que buscarla muy lejos. El estancamiento y la inflación no son causadas por políticas inapropiadas o mal conducidas. Son inherentes al, son la manifestación exterior del sistema capitalista monopólico, tal como se ha desarrollado durante el siglo pasado —el sistema del cual son principales beneficiarios los líderes económicos y políticos; enfáticamente, los señores Carter y Reagan y los propietarios y editores del *New York Times*. Si ellos se permitieran entender esto, estarían efectivamente incapacitados para la tarea del liderazgo, la cual no consiste en curar a la nación de sus males sino en sobrevivirlos, mientras convencen a la

gente que son tan parte de un orden de la naturaleza otorgado por Dios como lo son las sequías, las inundaciones y los terremotos.

Esto, claro, no es para negar que algunas políticas gubernamentales hacen las cosas peor que otras. El record de la administración Carter ha sido particularmente funesto. Carter asumió el cargo a principios de 1977, cuando la economía del país estaba en una alza cíclica que duró hasta que apareció la actual recesión, en la primavera de 1980. Así, casi todo su mandato tuvo lugar en una fase de expansión del ciclo de negocios (business cycle). Pero los beneficios de esta expansión (el PNB medido en precios constantes de 1972 creció el 12.1% entre 1976 y la primera mitad de 1980) estuvieron divididos muy desigualmente. El índice de precios al consumidor (IPC) subió en un porcentaje anual de aproximadamente 10% en el mismo período, lo que significa que los trabajadores con ingresos fijos o de aumentos lentos sufrieron severamente. Aún las ganancias de los trabajadores a tiempo completo no lograron seguir el paso de la inflación (el promedio de las remuneraciones subió 31% mientras que el IPC subió 41%). Las ganancias de las corporaciones después de los impuestos, por otro lado, corrían cómodamente delante de la inflación subiendo no menos de 54% entre 1976 y la primera mitad de 1980. (Todas las cifras son del *Economic Indicators*, Consejo de Consultores Económicos, octubre 1980).

Estas pocas cifras sumarias proporcionan toda la evidencia necesaria para explicarse la derrota electoral de Carter. ¿Pero existe alguna razón para suponer que Reagan y Co. puedan hacerlo mejor?

La respuesta es por supuesto que no hay absolutamente ninguna razón para creerlo. Las políticas económicas propuestas por Reagan y su variopinta tripulación de consejeros, no añaden nada a un programa coherente susceptible de análisis razonado. Pero es posible decir que las políticas propuestas tienen buenas posibilidades de ser implementadas, especialmente los cortes en los impuestos y en el aumento en los gastos militares que claramente echarían la leña al fuego inflacionario, mientras que aquellas que no lo hicieran, balanceando notablemente el presupuesto a través de cortes drásticos en los gastos no militares, no tienen virtualmente la oportunidad de ser implementadas. Esto no es para descontar la probabilidad de un ruín asalto al sistema de bienestar social, particularmente a aquellas secciones que proveen asistencia a los más necesitados, y por lo tanto menos poderosos sectores de la población. Es obvio que lo que podría ahorrarse por esta vía difícilmente impactaría en el déficit presupuestal actual, para no mencionar ya los déficits mayores que los cortes de impuestos y los gastos militares en aumento podrían producir.

¿Y qué de la política monetaria? ¿Existe alguna posibilidad de que los cambios en esta área pudieran tener un serio impacto en la in-

flación? No se puede descartar completamente la posibilidad. No hay duda de que una política de retención de la provisión de dinero aplicada drásticamente, podría contrarrestar la inflación. No afectaría directamente a los precios, sino que operaría más bien frenando a fondo todo el proceso de aceleración de endeudamiento, que ha sido crucial para sostener la economía durante años. En otras palabras, provocando una crisis financiera a largo alcance seguida por una ola periódica de bancarrotas y liquidaciones por deudas. Este solía ser el mecanismo a través del cual las distorsiones inflacionarias y otras de tipo estructural de la economía eran frecuentemente eliminadas en un muy temprano estado de desarrollo. A lo largo del siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, estos pánicos y debacles inflacionarios ocurrían aproximadamente cada diez años. Pero la experiencia de la Gran Depresión fue tan amenazadora que la clase gobernante de los EE.UU. llegó a la conclusión de que el pánico no era ya una forma aceptable de purgar la economía de sus fiebres y males recurrentes. Después de la guerra se adoptó una nueva estrategia. Su lógica aparente era manejar el ciclo de los negocios; pero ahora, después de más de tres decenios de experiencia, podemos ver que su contenido real era prevenir el pánico a través de la institucionalización y la perpetuación de la inflación. Las cifras que a continuación damos —tomadas de un artículo notablemente preceptivo de la revista *Morgan Guaranty Survey* (noviembre 1980)— nos cuenta la esencia de la historia.

PRECIOS Y SALARIOS EN PERIODOS DE RECESION
(Cambios porcentuales en tasas anuales)

Punto tope	Hasta	Precios de venta al por mayor	Precios al consumidor	Tasas de salarios en la manufactura
Ene. 1920	Jul. 1921	- 29.4	- 5.8	- 1.9
May. 1923	Jul. 1924	- 5.2	- 0.6	0.8
Oct. 1926	Nov. 1927	- 2.9	- 1.4	0.0
Agos. 1929	Mar. 1933	- 12.3	- 8.5	- 2.3
May. 1937	Jun. 1938	- 9.7	- 1.7	- 0.7
Feb. 1945	Oct. 1945	1.1	2.4	- 8.0
Nov. 1948	Oct. 1949	- 7.1	- 2.3	- 0.8
Jul. 1953	May. 1954	0.0	0.7	2.1
Agos. 1957	Abr. 1958	1.1	3.6	2.2
Abr. 1960	Feb. 1961	0.0	1.2	1.6
Dic. 1969	Nov. 1970	2.3	5.4	4.0
Nov. 1973	Mar. 1975	16.4	11.1	9.7
Ene. 1980	Jul. 1980	12.0	11.7	11.0
Promedios por período				
7 recesiones, 1920 — 49		- 9.4	- 2.4	- 1.8
6 recesiones, 1935 — 80		5.3	5.6	5.1

Este cuadro es notable en el sentido en que no se tiene ni siquiera que leer las cifras detalladas para absorber su mensaje: uno sólo tiene que ver la distribución de los signos menos y los porcentajes de los doble-dígitos. A lo largo de los años 40, las recesiones estuvieron marcadas por la deflación, luego de los años 40, por una inflación creciente.

Reagan obviamente no tiene la ambición o la intención de quebrar este patrón y retornar al *status quo* anterior. De hecho personalmente parece estar a tono con los "partidarios de la oferta" de su ambiente (Kemp, Laffer, Winniski, y otros) quienes, consciente o inconscientemente, están abogando por más y no menos inflación. Políticamente, por otro lado, Reagan, consultará con los veteranos sabios de entre sus consejeros (Burns, Wriston, Rockefeller, Greenspan y parecidas luminarias del medio financiero) cuyo interés principal es no inducir la inflación sino más bien contenerla dentro de límites razonables. Esto, por supuesto, no es nada nuevo: Carter y antes que él Ford y Nixon, también se preocuparon de que la inflación no se les escapara de la mano y en los últimos años ha sido la preocupación principal de la Reserva Federal bajo la dirección de Paul Vocker, él mismo un ampliamente acreditado veterano del medio financiero, a quien Reagan, según informes dignos de crédito, podría querer mantener en esa situación. Regresaremos al tema de la deflación y la depresión oportunamente; mientras tanto, es suficiente anotar que en el reino de la política monetaria, lo que se debe esperar de la administración Reagan es más de lo mismo.

Una cosa, entonces, es razonablemente segura: que la inflación continuará en el próximo período y que es más seguro que empeore a que mejore. Uno no debería cometer el error de suponer que desde el punto de vista de la clase gobernante estas sean enteramente malas noticias. Sólo se necesita verificar las cifras sobre lo que sucedió en los tiempos de Carter (ver cuadro anterior) para ver por qué esto debería ser así. Los grupos de ingresos más bajos, incluyendo a la mayoría de los trabajadores, sufrieron no sólo relativamente sino absolutamente, mientras que los receptores de las ganancias corporativas estaban ganando tanto relativamente como absolutamente.*

* Los propagandistas de los negocios insisten en que las ganancias inflacionarias son en cierta medida ilusorias. El razonamiento es que la depreciación que se deduce del ingreso para llegar a una cifra de ganancias netas está sistemáticamente minimizada porque está calculada en los activos y por lo tanto no cubrirá el gasto del reemplazo actual a precios más altos causados por la inflación. El hecho es que aún cuando esto puede ser verdad para algunas industrias, las corporaciones, como un todo, han estado haciendo suficientes ga-

¿Por qué, entonces, —puede uno preguntarse— debiera haber tanta preocupación en los círculos de las clases dirigentes acerca del problema de la inflación? ¿Por qué no relajarse y disfrutar de todo esto?

La razón, como la vemos, es doble. Primero, a pesar de que la inflación en el transcurso del pasado reciente ha beneficiado claramente a los pocos a expensas de los muchos, no se quiere decir que una inflación aumentada tendrá el mismo efecto. Si la inflación a pasos es buena y la inflación al trote es mejor, no necesariamente la inflación al galope será la mejor. Y las cifras en el cuadro nos muestran, sin dejar una duda, que el paso ha ido acelerando su ritmo en los últimos treinta años. Hasta ahora los esfuerzos para controlarla han sido infructuosos. Si esto continúa, ¿quién sabe qué nos deparará el futuro? Nuestros gobernantes están asustándose y por muy buenas razones. Segundo, y esto puede ser aún más importante en esta etapa, el hecho de que la inflación beneficie a los ricos a expensas de los grupos de ingresos medios y bajos es cada vez más obvio —y tiene consecuencias cada vez más obvias. La derrota de Ford en 1976 y la de Carter en 1980 estuvieron ambas relacionadas con la inflación. Y esto se está convirtiendo rápidamente en un axioma. Aún antes de que comience el mandato de Reagan, puede predecirse que si él fracasa aquí tan funestamente como sus predecesores, los republicanos serán poco ceremoniosamente expulsados en 1984. Pero esto no es todo. Hasta ahora, la masa de la gente ha reaccionado negativamente a la estafa por inflación —al alejarse de los escrutinios, al volverse contra la administración en ejercicio. Desde el punto de vista de la clase gobernante como un todo, esto no es tan importante desde que tiene el control en los dos partidos mayoritarios. ¿Pero quién puede garantizar que en alguna etapa, si las cosas continúan como están, la gente no llegará a la conclusión de que es el sistema mismo y no los que lo administran temporalmente, el enemigo real? Casi se llegó a eso en los años 30. La próxima vez ¿quién sabe?

Entonces, el control de la inflación, aunque no la eliminación de la inflación, es un tema genuino, un tema candente, el más importan-

nancias no solamente para expandir los pagos de dividendos sino también para acumular capital. Así, aun en la época de la más rampante inflación —una década que también incluyó una severa recesión— el stock de capital fijo (planta y equipamiento) creció sustancialmente. Entre 1970 y 1978 (los últimos años para los cuales existen cifras) el stock de capital fijo de las corporaciones (en precios constantes), aumentó en un tercio. (Cálculo de cifras en: *Survey of current business*, abril 1976 y agosto 1979). Además, mientras los propagandistas insisten en el tema de reemplazo del costo, ignoran el otro lado de la historia: la inflación reduce el verdadero peso de la deuda de las corporaciones, que ha estado creciendo rápidamente en estos últimos años.

te tema fuera de la guerra y la paz, que enfrenta la administración de Reagan. ¿Cuáles son sus opciones reales? ¿Cómo podemos esperar que reaccione en el mínimo tiempo disponible para esto?

El sentido común dice que ya que desde ahora la inflación está profundamente enraizada y se alimenta de las expectativas que crea. El único remedio es un largo período de carestía de dinero, de crecimiento lento y alta tasa de desempleo. La experiencia, por supuesto, ha ido ya lo suficientemente lejos como para desacreditar esta prescripción: a lo largo del mundo capitalista el dinero ha sido relativamente escaso, el crecimiento ha sido lento y el desempleo ha aumentado desde 1974 sin que se tenga el control de la inflación. Pero aun si, contrariamente a toda evidencia, pudiera contarse con una continuación de la misma política a lo largo de la década del 80 para producir los resultados deseados, sería muy tarde para salvar a Reagan (y muy posiblemente a los Republicanos y a los Demócratas también). Es bastante obvio que el sentido común ha perdido su utilidad como una excusa para la inacción y que se deberá probar algo realmente diferente, por lo menos en los EE.UU., si el gobierno quiere volver a ganar respeto y legitimidad ante los ojos de la gente.

¿Cuál podría ser este "algo diferente"? Aquí podemos muy apropiadamente citar lo que escribimos acá mismo diez meses atrás (*Monthly Review*), marzo, 1980:

"Lo esencial del problema es que la inflación no puede y no podrá ser ignorada indefinidamente o tolerada con el acompañamiento de piadosas declaraciones sobre pautas salario-precios, la necesidad de una disciplina monetaria y otras cosas parecidas. Tarde o temprano deberá ser manejada seriamente y sólo hay dos formas posibles: depresión aguda o controles obligatorios de salarios y de precios".

Con las elecciones acechando en un futuro cercano, Carter obviamente no pudo experimentar con la opción de la depresión profunda aun si hubiera estado tentado a hacerlo, lo que no es probable. Si hubiera escogido los controles, quizás hubiera ganado la reelección, pero decidió en contra y pagó el precio. La cuestión ahora es cómo Reagan, con un mandato de cuatro años por delante y los ominosos precedentes de Ford y Carter, manejará el tema de la inflación.

Hicimos notar anteriormente que Reagan ciertamente no tiene la intención de provocar una depresión severa, pero esto no acaba con el problema. Como escribimos a principios de diciembre, las tasas de interés están otra vez volando por la estratósfera y la economía parece estar en el punto de repetir la abrupta declinación de la primavera pasada, siguiendo el curso de lo que está de moda en denominarse la

recesión de "doble-sumergida". La primera pendiente fue escarpada pero también corta, menguada por el verano temprano, y los expertos (si es que realmente hay expertos en asuntos de este tipo), parecen estar en su mayoría de acuerdo en que esta vez será más o menos lo mismo. Pero esta no es de ninguna manera una discusión predeterminada. Hay muchas debilidades en la situación, especialmente en el área de la deuda del consumidor que hemos tenido la oportunidad de comentar muchas veces en estas páginas, y un choque inesperado, es decir, —una gran bancarrota o una crisis del dólar— que podría iniciar una reacción en cadena que rápidamente amenazaría con salirse de cauce. Reagan tendría, entonces, la verdadera oportunidad, no creada por él mismo, de poner la opción de la depresión profunda a prueba, siguiendo el ejemplo del gobierno inglés de la Sra. Thatcher. Y bien podría haber alguno entre sus antiguos consejeros de derecha que lo empujara en esa dirección.

En general, no obstante, este no parece ser un escenario muy plausible. Más bien, al primer signo de pánico financiero, las agencias del gobierno involucradas, con la Reserva Federal a la cabeza, entrarían en acción con una variedad de programas de emergencia (tomas, fusiones forzadas, fiadores, acceso inmediato a nuevos créditos, etc.) para la mayoría de los cuales se han establecido ya claros precedentes en la última década, inmediatamente después de la bancarrota, o la amenaza de bancarrota, de corporaciones gigantescas tales como la Penn Central, Lockheed, Franklin National Bank, y Chrysler. La intervención gubernamental de este tipo, forzada para la administración en el poder por la presión abrumadora de la comunidad comercial, tendría implicancias inflacionarias más bien que deflacionarias.

Nos parece que Reagan será empujado, en una situación como esta, de grado o fuerza, a adoptar la única estrategia anti-inflación que tiene algún sentido, esto es, los controles de salarios y precios. El, por supuesto, está en contra de los controles en términos ideológicos, pero también lo estuvo Nixon. Existen imperativos políticos que sobrepasan las preferencias ideológicas. Nixon se dio cuenta de esto y también, tarde o temprano, lo hará Reagan. Cuán pronto o cuán tarde dependerá de la regulación de la crisis financiera que se está armando desde hace años y que parece que se definirá en algún momento de la administración Reagan.

Mirados exclusivamente como un programa anti-inflación a corto plazo, los controles de Nixon fueron razonablemente exitosos. Fueron aplicados por primera vez en agosto de 1971 y se desfasaron al año siguiente. Esto fue durante un período de alza cíclica que duró desde noviembre de 1970 hasta noviembre de 1973, cuando se esperaba que los aumentos de precios se incrementaran de un año al otro. Como el

cuadro siguiente nos muestra, sin embargo, éste patrón fue claramente quebrado por el programa de controles.

Se hace también claro, observando el cuadro, que los controles no tuvieron éxito en la forma que algunos partidarios de estos habían esperado. Razonando sobre la pretensión de que una amplia parte del problema surge de las expectativas de continuos aumentos de precios, a los que da lugar una inflación prolongada, estas personas argumentaban que un rompimiento en el patrón reduciría las expectativas y que de esta manera resultaría una presión inflacionaria duradera y moderada.

AUMENTOS DE PORCENTAJE EN LOS PRECIOS AL CONSUMIDOR
(1968 — 1973)

De agosto 1968 a agosto 1969	5.6
De agosto 1969 a agosto 1970	5.6
De agosto 1970 a agosto 1971	4.4
De agosto 1971 a agosto 1972	2.9
De agosto 1972 a agosto 1973	7.5

Agosto es usado como el mes base porque el programa de controles de precios comenzó en agosto de 1971.

Fuente: Departamento de Comercio de los EE.UU. *Business Statistics*, 1977.

Frente a esto, la experiencia de Nixon tiende más bien a apoyar a aquellos que argumentan que los controles no reducen la presión inflacionaria sino simplemente la contienen por un tiempo, para empujar las cosas una vez retirados.

Ninguno de estos argumentos, nos parece, llega al núcleo del asunto. Es verdad que las expectativas juegan un rol en el proceso inflacionario, pero solamente porque tienen una base en la realidad. Si estamos en lo cierto, cuando decimos que la inflación es esencialmente sólo una manifestación de la forma en que el capitalismo monopolístico trabaja, entonces las expectativas inflacionarias son una parte inherente del sistema y no pueden ser eliminadas por *ningún* tipo de medidas temporales. Lo que se necesita, por lo tanto, es que *la forma en que el sistema trabaja* cambie. En otras palabras, el asunto es si los controles pueden ser injertados en el sistema como rasgo permanente y como parte de su forma normal de funcionamiento.

El problema nunca fue planteado de esta manera en el período de Nixon (ni en las diversas experiencias con controles durante la guerra), y muy probablemente no lo será cuando finalmente la administración

de Reagan tenga que enfrentársele. Pero no se irá, y vendrá el tiempo en que los beneficiarios del capitalismo monopólico tengan que elegir entre abandonar la esperanza de controlar la inflación o tratar seriamente de cambiar la forma en que su sistema trabaja.

En una entrevista para *Business Week* (diciembre 15, 1980), el archirreaccionario economista ganador del Premio Nobel, Friedrich Hayek, dice abruptamente lo que muchos de sus colegas en este país pueden pensar pero que prefieren no decir. Expresando una fuerte preferencia por lo que hemos llamado el método de la depresión profunda para combatir la inflación (para Inglaterra según Hayek, la tasa de desempleo podría ascender al 20% o más), se le pregunta a Hayek si es que él ve "peligros para continuar combatiendo la inflación con políticas gradualistas". Su respuesta es:

"Sí. Esta política lleva muy fácilmente a lo que los ingleses llaman una política de ingresos. Una vez que se inicia este tipo de política, esta nos lleva a un sistema general de control de precios. Lo que más temo es que si los actuales intentos para combatir la inflación fallan, los gobiernos recurran al control de precios y esto llevará a un sistema planeado para su economía".

Entonces aquí tenemos las alternativas reales: inflación permanente y sin duda en aumento o depresión profunda y sin ninguna duda recurrente, economía planeada.

En un sentido muy real, las dos primeras alternativas ya han sido probadas y se les ha encontrado deficientes, lo que no impedirá, por supuesto, que una o ambas puedan ser probadas de nuevo. Pero de alguna manera, la tercera está esperando su turno. Si este viene, y cuando venga, no será una "solución". En asuntos de este tipo no existen soluciones, sólo campos de batalla en los que los grupos y las clases luchan por sus propios intereses y sus propias concepciones de lo que la sociedad debiera ser. La "economía planeada" es uno de estos campos de batalla, absolutamente nuevo en este país. A la clase gobernante existente compuesta por propietarios corporativos e individuales, que ha hecho lo que ha querido desde el principio, no le gusta la idea de cambiar la batalla a otro terreno. Las clases dominantes no están todavía preparadas para el cambio. Queda por verse cuál de ellas será capaz de acomodarse a la nueva situación más flexiblemente y obtener de ello la mayor ventaja.

(*Monthly Review*, diciembre, 1980) Traducción de Tanya Pacheco Barcelli.

AMERICA LATINA: NUEVAS GUERRAS MADE IN USA

La activación de los conflictos fronterizos en América Latina en este decenio tiene que ser vista, también, dentro del marco de la confrontación internacional de las grandes potencias y los intereses del imperialismo. Hacia ya más de dos años "Sociedad y Política Quincenal" publicó el texto que presentamos a continuación y que mantiene —si no acrecienta— su vigencia. Por su actualidad y su brevedad nos permitimos presentarlo una vez más a nuestros lectores.

CON notable coincidencia, saltan problemas en las fronteras de Argentina-Chile y de Ecuador-Perú, mientras se mantienen latentes los del "corredor boliviano", se avivan por momentos las disputas entre Colombia y Venezuela, se disimulan mal las ambiciones vecinas sobre Guayana y Surinam y no terminan de apagarse los rescoldos de la "guerra del fútbol" entre Honduras y Salvador.

Un año atrás, Brookings Institution, entidad en Washington con reconocida influencia en la política exterior norteamericana, hacía pública una tesis según la cual estallarían guerras en América Latina durante los próximos diez años. Y citaba, por supuesto, esos mismos conflictos como los principales.

Una larga y trágica experiencia permite sospechar que cuando los imperialistas predicen guerras es que están preparándolas. ¿Por qué ahora? ¿A qué apuntan?

Imperialismo y militarismo

El retaceo de América Latina y la desunión entre los explotados no han sido los únicos resultados e instrumentos que el imperialismo cosechó con las guerras de fronteras. El militarismo latinoamericano es uno de los hijos privilegiados de esa política.

Ha sido en nombre de los problemas fronterizos, derivados de la "balcanización", que han surgido los ejércitos como "castas" privilegia-

das, consumiendo ingentes recursos en desmedro del bienestar de las masas trabajadoras.

Sin embargo, el militarismo latinoamericano no ha sido, principalmente instrumento de la defensa de las fronteras, sino ante todo, de custodia del orden de dominación y de explotación dentro de cada país, bajo la hegemonía del capitalismo imperialista.

La sucesión de regímenes militares en estos países fue durante una primera etapa, la respuesta oligárquico-imperialista al desarrollo de movimientos y de débiles gobiernos democrático-nacionalistas, esto es, antioligárquicos y antimperialistas. Posteriormente, desde mediados de los años sesenta, el militarismo es el instrumento del reajuste de las bases y las formas de la asociación explotadora entre los capitalistas imperialistas e internos y de defensa última del régimen capitalista contra el avance del socialismo.

Como demuestra la experiencia actual de Chile, Bolivia, Uruguay, Argentina, Brasil, en sus formas extremas, el militarismo es la última trinchera de defensa del capitalismo, bajo control imperialista. Y bajo la crisis presente, la política de represión económica y política contra las masas, que el actual gobierno militar lleva a cabo en el Perú, saca a luz el mismo hecho.

¿Qué gato anda encerrado en los actuales problemas de fronteras?

Cualquier observador de la escena latinoamericana, no puede dejar de observar el entrecruzamiento de ciertos procesos claves:

1.—La intensificación de la competencia inter-imperialista, sobre todo entre las burguesías de Estados Unidos, Alemania Federal y Japón, bajos los efectos de la crisis capitalista internacional.

En América Latina, esa agudizada competencia entre imperialistas, se manifiesta, por ejemplo, en el casi indisimulado apoyo del capital alemán a los sectores "duros" de las dictaduras militares de Chile, Brasil, Bolivia y presumiblemente Argentina, sin perjuicio de que la socialdemocracia alemana, usando la cara democrática del capital, busque ganarse a quienes se oponen desde una posición burguesa y pequeño burguesa al militarismo fascista.

Mientras tanto, y eso explica en parte el "carterismo", el Dpto. de Estado norteamericano, ya bajo críticas de los sectores más reaccionarios de su burguesía y del Pentágono, trata de iniciar un camino de reinstitucionalización y de relegitimación del dominio burgués en estos países, tanto para amortiguar el avance de las luchas de clase en una dirección revolucionaria socialista, con la alternativa de la redemocratización burguesa limitada, así como para contrarrestar la pre-

sencia de capitales imperialistas competitivos que apoyan a los "duros", y preservar el control de su "traspatio" estratégico.

2.—La intensificación de la disputa de poder internacional, entre el bloque imperialista en su conjunto, aún bajo la declinante hegemonía norteamericana, y el bloque de Europa del Este, bajo el comando de la Unión Soviética.

Este conflicto, cuyos terrenos centrales están hoy en el Africa, en el Medio Oriente, e indirectamente en el Mediterráneo europeo, no deja de estar ya presente también, aunque de modo limitado, en América Latina, a través del comercio de armamentos rusos y de la ampliación del intercambio comercial con los países del bloque del Este.

3.—El desarrollo de las luchas de los explotados, en una dirección revolucionaria, con la presencia creciente de la clase obrera como líder del nuevo movimiento de las masas trabajadoras, recientemente en Colombia, Ecuador y Perú, y no obstante las trágicas derrotas previas, renaciendo vigorosamente en Chile, Bolivia, Argentina, Brasil.

4.—En algunos países —Brasil, México, Argentina, y por sus recursos petroleros Venezuela— la asociación capitalista monopolista, ha logrado ya un peso económico y político que empuja a las respectivas burguesías a disputar la hegemonía interna en América Latina.

Un tiro sobre varios pájaros

En este convulso escenario, volver a azuzar las guerras de fronteras es para el capital imperialista y principalmente para la burguesía norteamericana un modo de resolver perversamente algunos de sus problemas centrales en América Latina.

El problema de fondo, sin embargo, es el desarrollo de las movilizaciones revolucionarias de las masas explotadas de toda la región suramericana. Exacerbar los viejos resentimientos artificialmente producidos por la "balcanización" previa, desviando la atención de las masas de la lucha por sus propios intereses de clase; llevarlos como carne de cañón para enfrentar a sus hermanos de clase de otros países, y de ese modo convertir y extender la represión interna en una matanza internacional, son sin duda los objetivos básicos de las guerras de fronteras que el imperialismo comienza a desatar.

A través de esa política, están tratando de resolver el control de recursos energéticos decisivos, como el petróleo de la plataforma continental del Atlántico argentino y de la cuenca ecuatoriana, el control de la rica cuenca amazónica y de la cuenca del Plata, etc. Aparte de, por supuesto, retomar el pleno control militar y estratégico del subcontinente frente al riesgo de la presencia del bloque del Este.

El fortalecimiento del militarismo y sus implicaciones, el mayor endeudamiento de nuestros países para asegurar el control de nuestras finanzas y de nuestros recursos, bloquear las reticencias de débiles sectores burgueses frente a la presión financiera; y el desarrollo del pleno control imperialista de la región, serían el sueño acariciado de los capitalistas internacionales y de sus socios internos más importantes.

Y, en última instancia, si todo ello no tiene éxito seguro, si esas guerras se desencadenan, podríamos tener una América Latina ya no solamente "balcanizada" como antes, sino peor aún "medio-orientizada", o sea en una situación equivalente a la del Medio Oriente actual: campo de disputa de poderes internacionales, sobre el sufrimiento de las masas; masacres contra los sectores más avanzados de ellas, como en el Líbano o en Jordania; barreras chovinistas a la unificación de los explotados contra sus dominadores.

La Federación Socialista de América Latina: los trabajadores contra la guerra

Contra los vesánicos sueños de los capitalistas y sus agentes militares y civiles, las masas trabajadoras y ante todo el proletariado revolucionario de todos los países de América Latina, no pueden dejar de luchar y de oponer sus propios objetivos.

Ya no es posible para el imperialismo capitalista llevarnos a sus guerras, a sus formas internacionales de represión, al servicio de sus intereses. Las masas trabajadoras están movilizadas, la clase obrera es cada vez más consciente de su lugar en la dirección de esas luchas. No estamos desarmados totalmente.

Contra el chovinismo seudonacionalista, que busca enfrentarnos entre hermanos explotados para impedir un nacionalismo de clase, antimperialista por ser anticapitalista, el objetivo de unificación de nuestros pueblos latinoamericanos es parte esencial de nuestras luchas por destruir el dominio capitalista en cada país.

NOTA SOBRE LA OPOSICION BURGUESA

Gradualmente, pero en corto tiempo, se ha venido abriendo y generalizando el descontento entre las filas de la burguesía no inmediatamente beneficiada con la política económica actual. Y más aun, el descontento está constituyéndose parcialmente en oposición burguesa, y actualmente comienza a buscar articulación política.

A los continuados avisos pagados y declaraciones de los dirigentes de las organizaciones corporativas de la burguesía, reclamando la moderación de la política arancelaria, de la elevación de las tasas de interés, de la tasa de inflación y de devaluación monetaria, e inclusive de parte de la burguesía monopolista industrial reclamando el mantenimiento del CERTEX, los "Chicago boys" han venido contestando dilatoriamente primero, maniobrando para ganar tiempo mientras se promulgaban sus medidas principales y se colocaba al país frente a hechos consumados, y, más recientemente, por medio de pequeñas y en el fondo formales concesiones, especialmente respecto de la política arancelaria en la cual se hace una flexión para la importación de insumos industriales, en la continuidad del CERTEX aunque por debajo de las expectativas de los descontentos, y la reducción de la tasa de devaluación monetaria.

Aunque estas recientes concesiones pueden servir para conseguir una corta tregua en el conflicto intraburgués, en lo que se refiere a su grado de agudización inmediata, ellas no parecen, sin embargo, haber sido suficientes como para desmontar la oposición. Lejos de eso, las brechas abiertas en el partido Acción Popular, tras la legislación municipal resistida universalmente, y el anuncio de Alva Orlandini sobre la creación de su propio grupo de asesoría económica para enfrentarse al de los "boys" de Ulloa; el manifiesto descontento de algunos sectores del PPC que Muffarech canaliza; el último gesto del Comando Conjunto de hacer público su desacuerdo con la reglamentación del modelo Kuczynski de contratos petroleros con las transnacionales, menos según parece, por las ganancias que se entregan y más por los límites del control sobre un rubro considerado estratégico, son todos ele-

mentos que concurren a configurar un cuadro de generalización del conflicto intraburgués.

El hecho cierto del descontento de las fracciones burguesas medias y pequeñas, y en particular contra una política económica tan ostensiblemente colocada al servicio del interés específico del capital monopolista internacional e interno, ha llevado desde la partida a los sectores mayoritarios de la izquierda agrupados en Izquierda Unida (IU), a preconizar y hasta a reclamar formalmente la alianza política de esas fracciones burguesas con el movimiento popular y con la IU.

De ese modo, se redescubre —nada menos que en este período— el viejo sueño del PCP de contar con una burguesía nacionalista y progresista, a cuyo carro sumarse para luchar contra el imperialismo, y contra cuya idea y posibilidad histórica real combatiera Mariátegui frontalmente.

En realidad, lo que ocurre ahora es una confusión entre la posibilidad efectiva de una alianza política formal del movimiento obrero-popular y la oposición burguesa, de un lado, y el hecho de que para los fines de clase del movimiento de los explotados no puede ser indiferente el que exista en un momento como éste un conflicto intraburgués potencialmente importante para debilitar las bases políticas de un régimen al cual las masas se están oponiendo.

La convergencia de un conflicto en el seno de la burguesía y de otro entre las masas explotadas y el Estado burgués, puede servir a la oposición burguesa para tratar de ganar el apoyo de las masas para una alternativa de recambio burgués del comando del Estado, si aquellas no tienen una alternativa de clase y son susceptibles de ser embaucados y uncidas al carro de un sector burgués contra otro. Es decir, cuando las masas no están movilizadas realmente contra la dominación imperialista, porque esta es capitalista.

En cambio, que un movimiento de masas trabajadoras pueda conquistar el apoyo de algún sector de la burguesía, en el Perú hoy, para oponerse a la profundización del control imperialista de la economía, es algo que solamente con apoyo de una lógica nominalista, operando en un vacío histórico-social, puede algún sector del movimiento obrero-popular peruano sostener. O, de otro modo, sólo vistiendo con lenguaje radical una política burguesa o pequeño burguesa, para oscurecer la percepción política de los trabajadores sobre las tendencias de las luchas de clases en una situación concreta como la actual.

De hecho, la actual oposición burguesa tiene dos reivindicaciones importantes: la moderación de la rebaja arancelaria, para no ser totalmente desmantelada la base de generación y apropiación de plusvalía que hoy tiene esa oposición burguesa; y la estabilización de la tasa de

inflación, en tanto ello pueda depender de la política estatal y en este caso de su política monetaria y crediticia.

En cambio, la Izquierda Unida no ha llegado hasta ahora a presentar una política alternativa que fuera distinta de la que, precisamente, más odiaba y odia la mediana burguesía en el Perú: esto es, apenas una reiteración de la política de estatizaciones del régimen velasquista, ahora presentadas como instrumento antimperialista a pesar de la experiencia; el mantenimiento de los subsidios a las subsistencias, y, curiosamente, inclusive la defensa del CERTEX, se combinan en las consignas de la oposición de la Izquierda Unida.

¿Es que hay quien pueda pensar hoy en el Perú, que la mediana burguesía puede estar dispuesta a formar un frente para la vuelta de la política velasquista? Y segundo, ¿tiene sentido para los explotados asumir ahora la defensa de la experiencia misma contra la cual se luchó a lo largo de una década entera?

Podría parecer a muchos que de allí se deriva un interés común a ambos sectores de oposición. No es así, para nada. Hay una convergencia en el tiempo. No un interés común. Por el contrario, para esas fracciones descontentas, este régimen tiene aún un margen importante de maniobras concesivas para administrar el conflicto, porque sabe que las fracciones descontentas de la burguesía actual en el país, están mucho más interesadas en la contención legal o violenta de la resistencia de los explotados. Y la prueba cabal de ello, es la defensa activa que organizaciones como CONACO y la Sociedad de Industrias, que cobijan a parte de esas fracciones burguesas, han emprendido por la ley antiterrorista y en especial su prédica abierta por la necesidad de promulgar la ley antibuelgas y antisindicatos. Y es totalmente comprensible que así sea.

La alternativa de alianzas y la práctica burocrática y parlamentarista que la IU lleva a cabo, es un camino a la derrota de las masas.

Frente a eso, la lucha por la unidad organizativa de las masas, por la centralización de sus direcciones democráticamente elegidas; la lucha por una alternativa de poder revolucionario, y no de simple recambio burgués del actual régimen, son las condiciones de la resistencia ahora y de la victoria después.

SOCIEDAD Y POLÍTICA

Lima, 12 de abril de 1981

SOCIEDAD Y POLITICA es una publicación vinculada al Movimiento Revolucionario Socialista (MRS), como instancia de elaboración y de debate de los problemas de la revolución socialista en el Perú, y está abierta a todos los que puedan contribuir con honradez y con solvencia a este debate.

PERSPECTIVES LATINO-AMERICAINES

Revue de sciences sociales du Centre d'Information
et de Recherche sur l'Amérique Latine (CIAL)

publiée avec le concours du Centre de Recherches
de l'Université de Paris VIII

No 1

OCTOBRE-DECEMBRE 1980

SOMMAIRE

Présentation	2
André GUNDER FRANK : La crise économique et l'État dans le Tiers-Monde	3
Sergio CAJARVILLE - Luis CARVAJAL : Tendances de l'investissement français en Amérique latine dans la période 1968-76	43
Roberto PIZARRO : La crise mondiale et la nouvelle étape capitaliste en Amérique latine	71
Gilberto MATHIAS : État et capital face à la crise : notes sur la transformation actuelle des régimes politiques en Amérique latine	103
Luis KALKI GLAUSER : Échecs populaires et attentes continentales : l'Amérique latine dans les années 70	127
Note de lecture	185

Collaborateurs, traducteurs du numéro : Dominique MICHEL
Nicole PERRIO

EDITIONS ANTHROPOS

Direction - Rédaction - Administration - Abonnements :
12, avenue du Maine, Paris 15, Tél. 548-42-58 - 222-76-82

Le numéro : 25 F. Abonnement annuel pour quatre numéros : France : 100 F.
Étranger : 120 F.

Directeur de la publication : Michel Beaud

SOCIEDAD Y POLÍTICA

"... los trabajadores y revolucionarios luchamos contra las divisiones de fronteras y las guerras a que dan lugar, no solamente enfrentando a las burguesías de cada país, sino también levantando la bandera de la unificación de nuestros pueblos en una federación socialista de América Latina". (*Aníbal Quijano*, pág. 13)

"En el anteproyecto de la Ley General de Educación y Cultura que el belaudismo ha propuesto para su aprobación en el Parlamento, se encuentra ejemplificada la nueva política educativa sostenida por el régimen (...): el énfasis en el carácter de la educación como instrumento de dominación ideológica y el diseño de una estructura del sistema escolar que lo convierte en un fin en sí, desvinculado de las exigencias del mercado de trabajo". (*César Germaná*, pág. 21)

"Hoy en día, los teóricos eurocomunistas niegan enfáticamente la 'actualidad de la revolución' y la posibilidad de la insurrección, la lucha social y el control popular sobre la economía y el Estado, vistos como utópicos y aun peligrosamente 'aventureristas'". (*Karl Boggs*, pág. 64).

"Una cosa, entonces, es razonablemente segura: que la inflación continuará en el próximo periodo y que es más seguro que empeore a que mejore. Uno no debería cometer el error de suponer que desde el punto de vista de la clase gobernante estas sean enteramente malas noticias". (*Harry Magdoff y Paul Sweezy*, pág. 80).